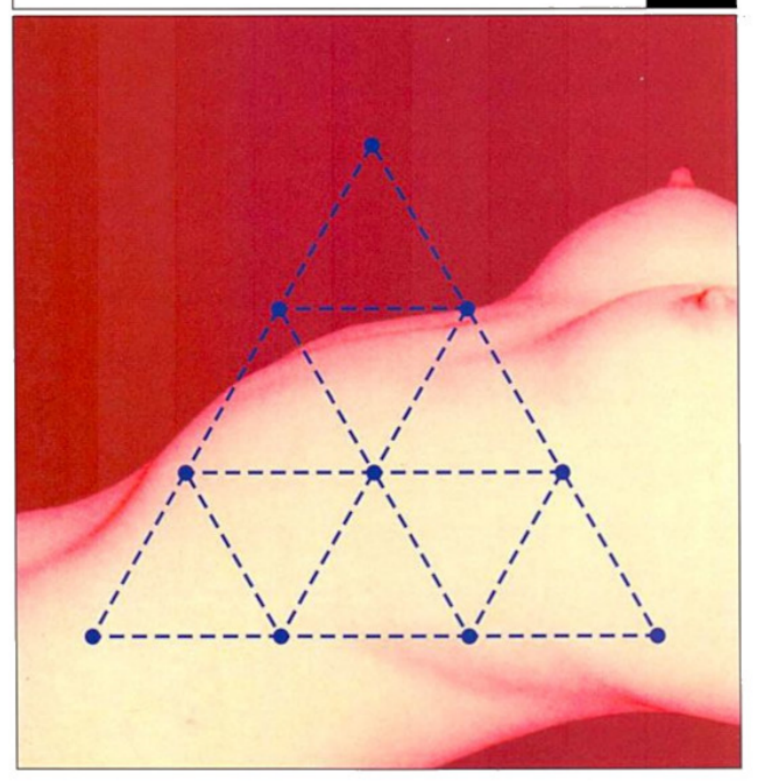


Ignacio García-Valiño

La caricia del escorpión

Finalista Premio Nadal 1998





Finalista Premio Nadal 1998

La caricia del escorpión es una historia de amor y supervivencia en una situación límite, una alegoría de las relaciones de pareja. Su protagonista, un excéntrico profesor de matemáticas, pitagórico y con ramalazos autistas, es incapaz de conciliar su necesidad de soledad con las prerrogativas y renuncias de una vida en común. El sexo como desencuentro se halla muy presente en la frenética búsqueda de la propia identidad que le arrastrará por caminos cada vez más tortuosos, hasta implicarlo en un sangriento asesinato.

Narrada con gran fluidez, desde el delicado registro del humor y la ternura, esta novela resulta una conmovedora defensa de la existencia compartida en los tiempos del individualismo feroz.



Ignacio García-Valiño

La caricia del escorpión

Finalista Premio Nadal 1998

ePub r1.0
Titivillus 02.11.2024

Título original: *La caricia del escorpión*
Ignacio García-Valiño, 1998
Colección: Áncora & Delfín,
n.º
811

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



A Miguel y a Esther,
y contra su matrimonio futurible.

Caros míos:
Dios os dé salud y gloria. No me busquéis más, pues soy desaparecido de este mundo. Di en una cueva habitada de leones, y mis parcas carnes se las repartieron a su suerte.

KINKIRIKOV EL EREMITA, *De cómo me liberé del ego. (Autobiografía de un genio, libro IV, 1998)*

CAPÍTULO I

Hubo siempre una verdad que nunca sino ahora he acertado a formularme: en nuestro largo noviazgo aprendí a amarla más en su ausencia que en su presencia. La iba haciendo parte necesaria de mi vida desde el momento en que volvía de su casa después de pasar una velada juntos, remontando la calle Delicias con las manos en los bolsillos y con ganas de seguir andando mucho rato, hasta el otro extremo de la ciudad, especialmente en los inviernos, cuando el frío reúne a la gente en sus casas, y la noche se hace más transitable en las calles vacías, más proclives a la memoria y la divagación, que son dos cosas muy parecidas. Era necesario ese rato en que las cosas, las palabras, empezaban a tomar un sentido, se asentaban dentro, y ella iba tomando cuerpo en mí, su voz, su lejana risa se iba sedimentando y yo blandamente me dejaba convencer por ella, por todo lo que tenía de falta de argumento, de pura sonoridad, un recuelo de amable timidez, palabras sueltas que iban quedando y me asistían cuando llegaba a mi piso y me encontraba de nuevo solo y contento de estarlo. La fui configurando, entonces, en los entreactos, cuando me dejaban tiempo para ir adunando ese poso de nuestros ratos perezosos, de simple gastar tiempo y no hacer al fin nada sino estar. Supongo que era lo que suele llamarse el noviazgo, algo que yo nunca me detuve a pensar (quizá me desagradaba la misma idea de noviazgo, por lo que tiene de preparación a algo posterior, cuando para mí estábamos bien así, quiero decir que no existía nada más allá de ese largo presente continuo), aunque parecía bastante patente, y Candela siempre lo entendió así. Para mí simplemente era contar con que ella y yo íbamos tomando parte, cada uno por su lado y a

su manera, en nuestra vida, mejor dicho, en la vida de ella (yo) y en mi vida (ella). Las expresiones «tenemos que», «haremos», «nuestro» nunca se acomodaron a mi modo de sentir, es algo consustancial a mí y yo creo que irremediable, más que una cuestión de riesgo, o valor, o sentido de la generosidad.

Por eso, siempre me ha quedado la duda de si yo no amé más bien a la sombra de Candela —que me seguía como mi propia conciencia por las interminables aceras, la que convivía con mi soledad—, que a la mujer real que me regaló año tras año su compañía. Qué clase de mujer me forjé yo en estos desencuentros es algo que ni ahora acierto a comprender.

Me gustó desde el principio por su forma de mirarme ladeada, como por el retrovisor, con una media sonrisa amable y algo maliciosa, con la que me daba a entender sin pretenderlo que, aunque casi todo lo que dijera fueran tonterías, poca cosa, estaba bien así, igual que lo que vendría después, y no tenía la menor importancia, que estábamos allí como podríamos estar en otra parte, en una terraza, hablando de algo parecido, en un café, intercambiando noticias del diario, resguardados bajo un alero y haciendo pronósticos meteorológicos inmediatos, o en la puerta de la filmoteca, cuando se han agotado las entradas y da igual porque era en sueco, o mareándonos en la cubierta de un transbordador, opinando hoy blanco y negro mañana, perezosamente juntos, tímidos en lo que éramos y en lo que no habíamos podido ser, su mirada portadora de una inteligencia distintiva, de un humor sin necesidad de chistes, donde no se me pedía demostrar nada; me gustó porque era una campeona del *laisser faire* y de momento no parecía tener nada contra mí y los autistas. No había ninguna razón para estar juntos, era sólo una corazonada, algo en lo que casi creímos absurdamente antes de empezar.

Si me quiso, nunca lo merecí, nunca comprendí qué vio en mí de especial. Esperaba aburrirla algún día, cuando comprobara que soy hombre de pocas ambiciones, adormilado, casero, contentadizo. Su ternura inverosímil a ratos me divertía y a ratos me abrumaba. Me imaginaba que tal vez hubiera sido mejor que ella fuera sólo una amiga especial a quien amar un poco a escondidas, una vecina a la que espiar discretamente, la confidente enamorada de un amigo casado que me relatara sus desventuras, una compañera de trabajo

con la que mantuviera uno de esos romances por Internet, de despacho a despacho, y ni siquiera supiese que era yo, el que le traía los cafés de la máquina y la distraía un poco con mi charla, su amante cibernético. Quizá una novia viajera, una novia de meses impares y encuentros esporádicos, qué sé yo, una eterna novia nunca matrimoniada a la que querer sin futuro, sin compromiso ni riesgo.

Si me dejara Candela no me afectaría demasiado. Mucha gente no entiende esto. No entiende que no me importe querer a Candela en la distancia, en otro país, casada con otro hombre. Mi felicidad no depende de Candela, sino de la felicidad de Candela. Por eso es por lo que sencillamente no puedo soportar esta situación.

En el tiempo de las citas salteadas, cuando el amor nos pilló desprevenidos detrás de una puerta y no sabíamos ni lo que queríamos, nos dejábamos llevar. Rondábamos los veinte años. Entonces aún era posible sobrevivir con una medida del tiempo y del amor discontinua. Durante un rato me iba aproximando a ella, pero siempre tenía cerca alguna puerta de emergencia. Por eso, era relativamente fácil no pensar demasiado en lo que estábamos haciendo, en que para ella yo era yo y mis consecuencias. Dejarse abrazar y sentir que el cuerpo navegaba como barquito de vela en las aguas del olvido, mientras nos acostumbrábamos con cautela el uno al otro, acercándonos y alejándonos para volver a probar, y a ratos no era nada, y a ratos una simple sensación grata, algo pueril, torpe y sin gramática, una confianza que se establecía en el territorio de la piel, para ir matando el miedo al otro y el aburrimiento, sobre todo el miedo al otro, y en ella también el miedo a quedarse sola, y en mí el miedo a perder la soledad, cada uno con sus razones, y así era el tiempo de las citas, ternura y supervivencia, algunas tardes a la semana.

Entonces vivía yo al otro lado de la ciudad, cerca de la Plaza de Castilla. Empezamos a vernos un día a la semana, los sábados, que pasábamos enteramente juntos. Andábamos mucho rato, hasta que a ella le dolían los pies. En aquellos días iba de podólogo en podólogo y cambiándose de plantillas, cada vez más sofisticadas, con pequeños agujeros en el centro del pie, y montículos que no podían ser sino molestos, y me contaba sus teorías sobre el lugar donde inciden los huesos al cargar el peso. Tantas explicaciones,

que iban modificándose según mudaba de plantilla y de podólogo, le producían un terrible dolor de pies, un dolor del metatarso y diríase metafísico, y se veía obligada a caminar de una forma extrañísima, con los talones, como los patos, o con las puntas, como las bailarinas, hasta que dábamos con un lugar donde sentarnos, a menudo era un café de Ópera tranquilo y distinguido, capuchino con pastas y Vivaldi, cosas que entiende la gente. Hablábamos de cuanto nos venía en gana, matábamos los ratos sin enterarnos. Ella se mostraba locuaz, risueña, gastaba muchas bromas. Claro que también hubo días malos en los que no tuvimos una mala lluvia para poder excusarnos de nuestra languidez, pero acaso, a la larga, fueron días buenos porque la desazón que nos dejaron durante el resto de la semana, a la espera del próximo sábado, servía para aventar la melancolía, que siempre es la necesidad del otro, y así acudíamos a la cita con el hambre atrasada y la risa pronta.

En los días en que iba adaptándome al ritmo suave que ella me imponía, algo en mí crujió como una rama bajo un peso demasiado severo, y di un paso atrás. Las cosas empezaron a ir peor, y creo que no pararon de ir así hasta ahora. Era el comienzo del verano, a ambos nos coincidían las vacaciones y temí que se adelantara a programármelas, a decidir adónde y con quién. Mi mirada apuntaba a la montaña, incitada por tantas noticias de alpinistas que se matan en el Mont Blanc, llegados de muy lejos para caerse precisamente en el Mont Blanc, suecos volando por las paredes limpias, alemanes donde nadie los ve caerse, también españoles, y casi me divertía a mí tentar la suerte, huir a un sitio donde pudiera desencontrarme a conciencia, donde tuvieran que fletar un helicóptero carísimo para encontrar mis restos, cosa que con suerte no harían en ningún caso, un lugar, en fin, para caerme solo y con todo el equipo.

Candela me adivinó la intención, no la de caerme, mas sí la de buscar refugio en la montaña. Se adelantó a mis planes; ella tenía una tienda de campaña para dos, me la mostró, plegada era apenas como un brazo. También guardaba una brújula, muchos mapas cartográficos, con itinerarios por el Pirineo, rutas que eran bonitas con sólo mirarlas, donde podías ver los metros que subías y bajabas, los cambios de valle, los refugios y ríos para bañarse. Blandas praderas y buenos caminos para ejercitar los pies, no como el duro asfalto. Me pedía un paseo idílico, cinco o seis días para nosotros,

en lugares, cierto, bastante solitarios, algunos de no fácil acceso, pero todos de difícil salida de su presencia, veinticuatro horas juntos durante una semana, no como en el tiempo de las citas —una tarde sí, una no—, sino ininterrumpidamente. Si en ese momento se lo hubiera explicado no me habría entendido, si le hubiera dicho, después de dos o tres meses saliendo juntos, mira, yo es que soy medio autista, no un autista clínico, todo lo más de la familia de los lobos, pero ciertamente impedido para esto del amor, la cosa sexual me ha sido siempre indiferente, no me atrevo a pasar tanto tiempo con alguien, puede que me harte de ti, y que ese hartazgo me pille en la cima de un monte en plena tormenta, cuando no esté bien irse sin más explicaciones, y quién se queda con la tienda.

Por eso recelaba de nuestra excursión por el Pirineo. No obstante accedí, quizá como un experimento. Nos pusimos en camino con ánimo alegre, a decir verdad ella me alegraba con su optimismo, habíamos decidido una excursión sencilla, bien señalizada, por el Pirineo aragonés, una vez que hube claudicado de mi plan de hacer la soledad salvaje del Mont Blanc tratando de no salir en los periódicos (me aterra la popularidad, incluso *postmortem*). Por lo demás, qué importaba hacer un tres mil que pasear por una ribera tranquila. Supongo que tenía que arriesgarme a algo así para saber qué rayos quería yo con Candela, si es que quería algo, si es que la quería, visto que ella podía quererme. Una semana se pasa volando, mi cuerpo lo resistirá, por muchos años de autismo que lleve en la mochila, pensé.

Arrancamos desde Candanchú, feo y fantasmal, una feria de herrumbre vacía, manchando las verdes laderas del valle, casas desmontables, triste como esos pueblos prefabricados que clavan en la costa y quedan vacíos en invierno. Candela, muy tranquila, se probaba gafas de sol, se había traído seis o siete para sus distintos estados de ánimo, casi todas muy baratas, marrocatas, con unas el mundo era más amarillo, o más verde, dependiendo del cristal con que se mire, y lo que ella hacía no era probarse las gafas sino el mundo de detrás, ver qué tal le caía en ese momento, y si se adecuaba a lo que necesitaba o cómo quería verlo. Al final se quedó con unas que hacían el cielo más azul y el verde manzana se trocaba en esmeralda, y con ellas se giró y me dio el primer beso manzana celeste del paseo. No me gustaba mucho verla con gafas

porque se me ocultan las inquietantes cuencas de sus ojos. Candela tiene una nariz afilada, una barbilla angulosa y un rostro oval que sería demasiado elegante si no fuera por sus ojos desproporcionados que le saltan del rostro y le dan el encanto y la asimetría, ojos de pez que yo llamo, color café, nunca los abre del todo —el párpado los vela por arriba—, ni tampoco se cierran del todo al dormir: se puede leer una fina línea blanca. Me gusta cuando ella me mira desde abajo, elevando las pupilas hasta que casi se ocultan bajo el párpado. Sus ojos me encandelan.

Me daba un poco de pena verla acarrear aquella mochila cargadísima de inutilidades que pesaba demasiado para su cuerpo no demasiado grande, sesenta kilos en verano, pero ella se obstinaba una y otra vez en que estaba bien así y no quería pasarme nada de nada.

Después de dejar Candanchú, bajando despacio hacia el Bosque de las Hayas, empezó a extenderse crema bronceadora por la cara, los brazos y los hombros, ante un sol que nos pegaba de frente. Estaba bonita con su gorra de visera, sus pantalones cortos y la camiseta empapada de sudor; dejé que anduviera delante para convencerme de que iban a ser seis días deliciosos a su lado, que todo consistiría en seguirla así, unos metros por detrás, unos metros por delante, oyendo el plácido tintineo de la jarrita de lata contra la cantimplora, acercándose de cuando en cuando, como antes, aquí un beso, aquí unas palabras amables, allá un chapuzón.

El bosque nos acogió con su lluvia de sombra picoteada y generosa, el aire estaba más fresco, nos demoramos por la senda en zigzag, y recuerdo que Candela me dijo:

—Yo fui feliz todo el tiempo que vivió mi madre.

Y a continuación me relató algunos momentos de su vida en esos doce años, los buenos ratos que pasaba con su madre cuando salían juntas a hacer la compra y se iban al cine como dos amigas, cubo de palomitas para dos, dispuestas a seguir hablando en susurros y no enterarse de nada, porque si había demasiados besos ella protestaba, y si demasiadas tortas, protestaba ella. Nunca se contaban por justos las tortas y los besos. Había en sus palabras una nostalgia tranquila, esa nostalgia sana y bien alimentada que una memoria inteligente decora con lo bueno y se desentiende de lo peor. Ella nunca comprendió por qué yo soy incapaz de guardar las

cartas del pasado, y menos aún de releerlas.

Curiosamente, en ningún momento mencionó a su padre.

Me pidió que le hablase de mi madre.

—No hay mucho que decir. Es una buena mujer, trabaja en una tienda de electrodomésticos, canta en un coro. Le gusta la costura. Lee revistas de moda y decoración.

—¡Vaya una descripción de una madre! —protestó.

—¿Qué quieres que te cuente, exactamente?

—Pues cómo te educó, tus buenos recuerdos, todo eso.

Ella me pedía un cuento rosa como el suyo, pero mi madre no es del tipo de personas que se presten a eso. Tiene un carácter tan pacífico que seguramente lo más inquietante que le ha ocurrido en su vida ha sido tener que llevarme al psiquiatra para ver si era autista, o para demostrarle que lo era.

—Me ha educado bien, aunque fue una madre soltera. Me daba lo que necesitaba y a cambio me pedía que no le diera demasiado la barrila. En su repertorio de sentimientos no entra lo trágico, aunque sí un curioso gusto por lo catastrófico. Su frase más frecuente era: «¿Por qué no te buscas unos amiguitos por ahí?». No es demasiado habladora, pero intentó hacerme hablar a mí, cosa que aprecio. Se preocupaba por mí sin atosigarme ni controlarme. Somos buenos amigos. Ahora su última manía es grabar vídeos de noticias de los informativos. Cuando la voy a visitar le traigo alguna grabación.

—¿Y de qué habláis?

—Pues una conversación típica puede ser: «Hola, madre, te he traído el último tifón de Manila, algo gordo». «Ése ya lo tengo». «¿Y el terremoto de Afganistán?». «De Afganistán tengo cosas más fuertes. No me interesa. Estoy buscando el famoso atentado de Oklahoma, ¿sabes en qué fecha fue?». «No lo recuerdo, pero ya me enteraré». «Haz el favor».

Poco después de abandonar el bosque emprendimos una subida por media ladera e hicimos una parada en un torrente que brincaba entre las rocas y nos traía al cuerpo fatigado una transparencia fresca y tumultuosa. El sol se había ocultado. Ella avanzó sola hacia el agua y yo me quedé algo atrás, preparando unos bocadillos de mortadela con tomate y pensando en que habría sido bueno conocer a la madre de Candela. Observé que ella se volvía varias veces hacia mí, como si no se atreviera a desnudarse. O quizá —pensé—,

esperaba que me acercase y la viera desnuda. Me quedé en mi lugar meditando cuál de estas dos posibilidades podía ser, y sin darme cuenta empecé a comerme también el bocadillo de Candela, mientras me preguntaba si a mí me gustaría verla desnuda y hacer el amor con ella en alguna parte de este mundo. En el tiempo que llevábamos juntos, una pareja normal habría pasado veinte o treinta veces por la cama, y nosotros ni siquiera nos atrevíamos a pasar por el río.

Cuando Candela regresó por lo que le había dejado de bocadillo estaba húmeda y vestida, bella como una nereida, comentó lo fría que bajaba el agua, no me preguntó por qué no me había bañado yo —no supe si me esperó o me temió—, por qué en todo ese tiempo que llevábamos juntos apenas la había tocado ni me dejaba tocar, ni insinuaba la posibilidad de hacer el amor, ni por qué le entregaba medio bocadillo mordido. Entonces ya cometíamos el error de no preguntarnos lo imprescindible.

Mi sexo, entendido como cosa orgánica y contráctil, funcionaba más o menos bien; es decir, funcionaba en solitario (como todo en mí), pero no estaba en condiciones de compartirlo con nadie. Acampamos esa primera noche en una pradera bien guarnecida por peñascos, que alimentaba un río calmo, en la falda del monte. A Candela le parecía un lugar maravilloso y se puso a dar brincos, descalza, por la hierba. La neblina descendía del monte muy despacio, flotante, desflecándose en los arbustos, como una inmensa medusa gris y silenciosa, hasta envolvernos.

Planté el iglú sintético en un lugar convenientemente llano y dije:

—Pasaremos aquí la noche.

Era una perogrullada, pero enseguida me di cuenta de que había querido decir algo.

—¿Hay suficiente espacio para los dos?

—Sí —mentí. Nunca había dormido en un sitio tan pequeño, y menos aún con alguien a mi lado. Un cuerpo que te roba ese espacio vital que uno necesita, como el astronauta su escafandra.

Dentro, las esterillas aislantes se obstinaban en enrollarse. Las bloqueamos estirándonos sobre ellas. El primer rayo que partió el valle sonó muy cerca; Candela se estrechó contra mí. En tan breve espacio y con el ánimo un poco hosco, eso me resultó violento.

Intentaba ocupar mi mente en otra cosa que no fuera ella, en contar los segundos desde el ruido del trueno hasta el resplandor, y calcular distancias operando con las velocidades de la luz y el sonido es un ejercicio útil cuando uno siente una amenaza, rayo que le parta, mujer que le desvele, y le fui comentando a Candela la relación de resultados.

—No te preocupes por mí —dijo—. No me asustan las tormentas.

—¿Quieres decir que deje de marearte con números?

—No. Quiero decir que no me asustan las tormentas. Me da lo mismo que estén aquí o allá.

Entonces, ¿por qué invadía mi saco de dormir?

Estábamos solos en medio de la noche, oyendo retumbar el cielo. El bataneo de la lluvia era adormecedor, y no obstante tenía los ojos como platos, como suele decirse. Intentaba entender mis sensaciones, ponerles un lenguaje, un porqué. La falta de costumbre, eso es todo, me decía. Candela, sintiendo mi pasividad, me pidió, con un arrullo de voz soñolienta, que la acariciara. Me iba invadiendo una tristeza cerval y me preguntaba qué hacía yo allí, acariciándola, a quien nunca podría querer de modo apropiado, cuánto rato sería capaz de acariciarla así, en medio del monte. Ella se fue quedando dormida entre mis brazos, una mano descansaba sobre el hueso de la cadera y la otra en la espalda, y con ese tacto podía sentir la respiración palpitante de la piel, y cómo ingresaba en el sueño. De golpe, ese cuerpo tuvo como una violenta sacudida, se separó de mí durante una fracción de segundo y enseguida volvió a arrimarse, como si nada. No tenía nada que ver con esos leves espasmos que sobrevienen a veces al dormirse. Cada vez que se iba a quedar dormida le sobrevenía el susto de sentirme contra ella, era como si al entrar en la inconsciencia del sueño fuese olvidando que yo estaba allí, pero de pronto notase un cuerpo extraño a su lado, tocándola: una amenaza. Su miedo se disparaba, toda ella se contraía. Pero bastaba ese breve despertar para que recordara que yo era yo e inofensivo. Y volvía a mi contacto. Así seis o siete veces, hasta que finalmente se dormía del todo, confiada en estos brazos que no quería bajo ningún concepto que los retirara. Y es que a lo largo de la noche intenté varias veces separarme, y ella, medio dormida, volvía a mí, y así, desplazándonos cada vez un poco a un

lado, llegó a arrinconarme contra la lona por donde se filtraba la humedad de la lluvia.

Poco antes del amanecer nos visitó un rebaño de caballos percherones. Se acercaron al trote y creí por un momento que iban a arrasar la pequeña tienda y a pasar sobre nuestras cabezas. Candela dormía benditamente. Me asomé fuera de la tienda y vi un enorme ejemplar blanco, iluminado por la luna, que me miraba sin moverse. Estaba a unos pocos metros, imponente, como un dios, y no sé qué quería de mí.

El día siguiente se levantó muy soleado. La hierba se secó en un par de horas. Extendimos fuera los sacos, que parecían retener ese halo acre de las noches mal dormidas, de las almas torturadas, de los amores mal avenidos. Para disculparme ante ella, hablé de una piedra que había quedado bajo la tienda, en la parte donde yo yacía. Se la enseñé tras fingir que acababa de sacarla de allí. Luego me alejé un poco, hacia la sombra de un haya, asustado ante mis propios sentimientos.

Decidimos permanecer en ese lugar todo el día sin hacer nada, dado que a ella le encantaba la sensación de libertad, ni siquiera la obligación de andar. Ella tomaba el sol y yo leía las *Meditaciones* de Marco Aurelio, mi medicina. Eso era suficiente para sentirme de nuevo dichoso. Quizá necesitaba descansar de ella más a menudo, para recobrar la confianza. Me debatía en estas cuestiones que, cuanto más las pensaba, más absurdas me parecían, pues estaba intentando averiguar qué sentía —cuando el sentir es algo básicamente espontáneo— a base de raciocinio.

A media tarde jugamos a los naipes. Tras vencer en todas las partidas se fue a dar un paseo sola.

—Volveré antes de que anochezca —dijo.

Creí quererla de nuevo.

Esa segunda noche procuré hacer más ostensible mi deseo de marcar una separación física entre ambos, pero ella no entendió o no quiso entender. Se estrechó contra mí, me suplicó que la acariciara. Abotargada por el sueño, por la intimidad y el calor, su voz no salía de la mujer que había estado conmigo durante el día, sino estrictamente de una niña pequeña, asustada, que necesita la protección primaria (y falsa) que confiere un abrazo. ¿Iba yo, desdichado de mí, a protegerla de algo? ¿Por quién me había

tomado? De nuevo la recorrían violentos espasmos y se apretaba más, y me pedía que no dejase de acariciarla.

Yo mismo, sin darme cuenta, me estaba defendiendo de ella o de mis propios sentimientos con una serie de mecanismos tan sutiles como rastreros. Me aterraba algo, el compromiso, diluirme, perderme, qué sé yo. La sospecha de haber descubierto la propia trampa que me tendía desde mis zonas más sombrías me animó un poco.

De modo que esa tercera noche me obligué a afrontar el miedo, su cuerpo tembloroso que busca calor y contacto, sin pensar en nada, como en el tiempo de las citas. Quizá no tendría otra oportunidad en mi vida para compartir algo y ser una persona normal, capaz de formar una familia, o sin formarla, qué más da. Tenía que vencer mis resistencias. Adelanté una mano a su sexo, y lo estuve acariciando para ver qué ocurría, pregunta estúpida. Se humedeció. Introduje un dedo buscando su placer. Al cabo, ella me retiró la mano muy suavemente.

—Perdóname —dijo—. Debes tener mucha paciencia conmigo.

—¿Qué te pasa?

—Me pongo tensa.

—¿Te hago daño?

—No, no, está bien. Es que… de momento no quiero esto.

Me pareció una idea magnífica. Tampoco yo quería sexo. Estuve a punto de expresárselo e inventar toda una teoría fabulosa acerca de las ventajas del amor sin sexo. Me detuve ante la evidencia de que no era en absoluto una buena noticia, si lo que esperábamos es que de nosotros saliera algo así como una relación normal. Candela se vio en la necesidad de dar alguna explicación.

—Tú me atraes —dijo—, pero el sexo me asusta un poco.

—Claro. Te falta experiencia. —Como si yo la tuviera.

—Sí que la tengo. He hecho el amor con mis novios anteriores, aunque nunca fue bien, por mi culpa. Hay algo en mí que me impide disfrutar y relajarme.

Nos quedamos en silencio un buen rato, escuchando los grillos afuera, el murmullo del regato, y pensando en nosotros, seguramente con un poco de lástima. Cuando sonó de nuevo su voz me estaba quedando dormido, el sueño retrasado, y no acabé de escuchar todo lo que ella me contaba, creo que aun así entendí lo

suficiente, o cuando empecé a entender de verdad, mediado el relato, ya no perdí detalle. Se refirió a su padre, ese hombre serio y distante que más que amor le inspiraba miedo, con el que se había quedado sola cuando su madre murió, y que la observaba en silencio, hasta que le vino la crisis y entonces decidió alquilarse un piso y alejarse de él. Habló mucho de ese tiempo fronterizo entre la infancia y la adolescencia, y de otros hombres mayores, de torso desnudo, que trabajaban en verano en su jardín cuando era muchacha, hombres de la edad y el aspecto de su padre, medio calvos, con una mirada penetrante, que se movían como sombras en la oscuridad. Creo que me dijo que aquellos hombres no eran como su padre, ellos no se atrevían a tocarla, pero a ella todos le parecían el mismo. Huía de sus miradas lascivas cruzando los brazos a la altura del pecho, su padre aún insistía en hacer como que le acariciaba los hombros, cerca de los pechos, con falsa naturalidad de padre a hija; esa mano la hacía estremecerse. Él dormía en la habitación de arriba, se quedaba leyendo un rato antes de apagar la luz. Candela, de muchacha, escuchaba los ruidos de la cama a través del tabique y comprobaba que él aún seguía allí, y ella tardaba mucho tiempo en dormirse, en sacudirse el espanto, hecha un ovillo en su cama, cuando toda la casa se quedaba en silencio, y en la oscuridad aún podía entrever el picaporte de la puerta cerrada, una puerta a la que él nunca quiso ponerle pestillo, un picaporte que alguno de esos días podía moverse de nuevo, quizá para hacerle recordar lo que ocurrió entonces, cuando era una niña indefensa.

Emprendimos la subida al ibón al día siguiente, con el alba. Por el camino nos topamos con un rebaño de ovejas galas que dormitaban en un pastizal pegadas unas a otras, asomando apenas el pepino de la cabeza de entre el amasijo de lana y atontadas por el sol. Se rebullían un poco, rítmicamente, como batidoras, y no parecían en absoluto molestas por el calor que a buen seguro les añadían las que yacían a su lado, o quizá lo compensaban con el simple placer de la proximidad. Parecían llevarse muy bien unas con otras y no discutir jamás.

Candela y yo subimos casi todo el repecho de la mano, como dos enamorados, y posiblemente lo fuéramos. Nos besábamos en las sombras de los pocos árboles que íbamos encontrando. Sus besos

tenían la sal frutal del sudor. Era ése un terreno arcilloso que a lo lejos se veía, en las partes donde no creía la hierba, de un intenso rojo ladrillo.

Nos desnudamos los dos en la orilla del ibón, y siendo cosa tan natural no hubo comentarios; apenas una sonrisa de agrado o dicha de estar con el otro y poder quitarnos el sudor de la marcha en aguas tan extensas y tranquilas.

Nadamos un rato juntos. El cosquilleo de las algas le daba repelús y reía. Llegamos a un pequeño islote de roca, bastante resbaladizo.

Allí se puso a jugar como una niña con un perro lanudo de una pareja de franceses. Me retiré discretamente para observarla. El perro le daba lametones y Candela era feliz por un instante. Y yo la amaba en carne viva.

Curioso lo que pueden durar siete días junto a otro. Los ascensos más pronunciados eran un descanso en comparación con una de aquellas sesiones en que nos poníamos a hablar de quiénes somos y qué queremos de nosotros. Me resultaba destructivo y estéril. Supongo que es una fase por la que tiene que pasar toda pareja, sobre todo al principio, y luego cíclicamente, como he podido observar. Había en aquello un engaño latente, un falseamiento de uno mismo.

Nos alejamos del ibón y hacia las dos de la tarde emprendimos el ascenso al pico Bisaurí por una trocha anfractuosa, entre peñascos, temiendo que la tormenta que se cernía sobre nosotros fuera a caer a cuchillo. Una oquedad perforada en el cielo aún arrojaba una violenta luz esmeralda sobre una colina al este del ibón, y la asemejaba mucho a las tierras altas de Escocia. Arranqué una violeta para ella y la cogió con dulzura, aunque advertí que dirigía una mirada de pena a la tierra de donde la había extirpado.

—Estaba mejor en la tierra.

Más tarde, me señaló un sarrio que huía saltando por entre los pedruscos. Se había salido Candela un poco del camino y estaba detenida en el borde mismo de un precipicio. Me acordé de los montañeros que se caen del Mont Blanc, y de los excursionistas sin experiencia a los que la montaña les gasta una mala jugada, en un día de tormenta como ése, con un calzado inapropiado, en fin, un mal paso, un desprendimiento. No suelen llegar hasta abajo vivos,

salvo si la caída es perfectamente vertical, cosa inusual. Lo más común es que aterricen dispersos en pequeños trozos que más tarde los equipos de salvamento deben encontrar y reunir. Un pie no importa que quede fuera del ataúd, pero hay partes imprescindibles, como la cabeza. Pensé todo esto con un escalofrío, como si acabara de despertarme ante la cama donde duerme mi madre con un cuchillo en la mano.

Candela siguió subiendo sin esperarme, siempre delante. No estaba enfadada, sino distante. Quizá no me quería.

Coronamos la cima en algo más de tres horas. Nos sentimos orgullosos de nuestra proeza, como si hubiéramos escalado el Mont Blanc sin caernos, hasta que nos encontramos con un montañero barbudo y un niño. Estaban calentando leche con un hornillo de gas. Al lado de las mochilas sonaba un radiocasete con música vasca. Llenó dos tazas, una para el niño y la suya, que completó con un buen chorro de Dyc.

—¿Les apetece un carajillo? —nos ofreció.

—Esto parece un merendero.

Candela se sentó a su vera relamiéndose. Era un tipo simpático que se había pateado ya todos los picos y montañas del Pirineo y ahora le estaba pasando su chifladura a su hijo.

—¿Le deja su mujer que se lo lleve por aquí tan jovencito?

—De jovencito, nada —dijo en un tono grave, halagador para el crío, bromista para nosotros—. Va a cumplir siete años el mes que viene. Enséñales, Iñaqui, enséñales a estos señores tus heridas de guerra.

El crío, satisfecho, nos mostró una pequeña cicatriz en la pierna derecha, causada por una caída en Monte Perdido, al cruzar desde la cola de caballo en Ordesa, un año atrás.

—Y aún quería seguir hasta arriba —dijo muy orgulloso el vasco.

—Cuando cumpla los siete volveremos a intentarlo, ¿eh, papi? —dijo. Afilaba un bastón con una navaja.

—Pues mi mujer nunca quiso que me lo llevara, no, pero ya ve, también me quiso a mí en casa y no aquí, y no se ha salido con la suya. Por eso se ha divorciado. Me dijo, «o yo o la montaña». Pues nos ha jodido. Eso me pasa por casarme con una manchega, que allí con ese paisaje que es como una sartén, lo más alto que suben es a

un quinto piso. Ahora está pasando el crío las vacaciones conmigo, porque ella las coge el mes que viene. Me lo dejó con la condición de que me lo llevaba a Benidorm, y he cumplido mi palabra. —Se dirigió a su hijo—: ¿La hemos cumplido o no?

—¡Sí!

—Pero claro, el chico, que es listo, se aburrió allí con tanto maricón de playa, y quiso venirse para el monte, con su papi. Porque la cabra tira pal monte. Y nosotros estamos como cabras.

El chaval rió e imitó la berrea de la cabra. Estaba completamente asilvestrado. En cuanto le di oportunidad, se me colgó en la espalda. Me quedé a jugar con él mientras Candela bebía y charlaba con el vasco.

—¿Siempre se lleva el radiocasete al monte? —le preguntó.

—Es que la cadena musical no me cabe en la mochila, ¡je!

Aquí desconecté, porque me lo estaba pasando muy bien con el enano. Con los críos no hace falta hablar para entenderse. Hay que jalarse, empujarse, darse algunas tortas, voltearse por la hierba y echar algunos pulsos dejándose ganar. En eso, sonó un teléfono móvil. Candela se doblaba de risa. El vasco lo encontró en el fondo de su mochila y nos dijo:

—Es otra vez la plasta de mi ex mujer.

Antes de contestar, le dio tiempo a meter una nueva cinta en el radiocasete, y pronto nos envolvió el inconfundible sonido del mar y el chillido de las gaviotas.

—Hola, Carol —dijo al móvil. El chaval dejó de jugar para atender cada palabra que decía su padre—, qué te cuentas (…) Pues nosotros aquí, comiéndonos unos pescaditos en la playa. Ahora se está bien porque refresca (…) ¿Qué tal tiempo hace allí? (…) Pues cinco o seis días todo lo más, porque ya sabes cómo está todo de caro, es inaguantable (…) Bastante bien (…) El hotel está lleno de alemanes, que se toman chorizo a palo seco para desayunar (…) No, no (…) Hombre, claro (…) —Tapó el teléfono y nos dijo, susurrando: «hablad».

—Alcánzame la hamaca —me dijo Candela. Estaba alegre y achispada por el whisky.

—Se la ha tragado un escualo —dije.

Cuando ya no sabía qué más contarle, le hizo una señal a su hijo para que se pusiera al teléfono.

—Hola, mami (…) Muy bien (…) Sí (…) Bocadillo de sardinas con tomate (…) Me ha comprado unas gafas de bucear con un tubo y hemos visto peces (…) No, no, vamos muy cerca de la orilla, donde no hay rocas (…) A lo mejor mañana vamos a navegar en una barquita con pedales (…) Ha cogido una caracola (…) Vale (…) Vale (…) Muy bien (…) Te lo prometo (…) Adiós, mamá.

Candela y el vasco estuvieron bebiendo y riéndose un rato más, hasta que él decidió que era hora de proseguir el descenso. Querían llegar abajo con las últimas luces. Candela había estado observando un rato cómo me peleaba en broma con Iñaqui, como lo haría un león con su cachorro. El chaval acababa de retorcerme las orejas y me estaba tomando mi venganza retorciéndole el brazo un poco, hasta que aulló. Vi en los ojos de Candela que aquello no le gustó nada.

El vasco y su hijo desaparecieron alegremente (una enorme mochila junto a una mochila de miniatura).

—Sería mejor que bajáramos con ellos. No es bueno pasar la noche aquí —propuse.

—Ahora no. Tengo que hablar contigo.

Parecía muy malhumorada y no tenía maldita idea de qué había hecho mal esta vez.

—¿No te has fijado en cómo te miraba el crío cuando le retorcías el brazo? —me espetó.

—Pues no. ¿Cómo me miraba?

—Con miedo. Estaba asustado de verdad. Te has pasado.

Nos volvimos de espaldas al viento para que no nos diera de cara.

—Yo creo que se lo estaba pasando bien.

—Ha habido un momento en que él no sabía si ibas en serio. Cuando has dicho eso de «ríndete, soy más fuerte que tú».

—Eso son cosas que se dicen en broma.

—¿En broma? Yo creo que él no se lo ha tomado a broma. Le lloraban los ojos.

—De haberse reído.

—¡Era de dolor!

—Candela, ese chico es como una fierecilla. Es su forma de jugar, ¿no lo comprendes?

—¡Ojo con lo que dices! He visto cómo se te tensaban las

mandíbulas. Estabas disfrutando dominándolo.

—Qué tontería.

—¿Tontería? He visto muchos casos de maltrato infantil. Algunas veces empieza por un juego. Parece un juego. Y se le va metiendo al niño el miedo en el cuerpo sin que se dé cuenta.

No podía creerme que Candela sospechara semejante cosa de mí. Era bastante ofensivo por su parte.

—¿Por quién me tomas? No soy como tu padre. ¿Tengo yo aspecto de abusar de un menor?

—Mi padre tampoco lo tiene. Ninguno de sus amigos me creería si se lo contara. Todo adulto es una amenaza potencial.

Empezaba a soplar fuerte el viento y montamos la tienda sin dejar de discutir. Enseguida oscureció. Continuamos la discusión dentro. Candela apestaba a alcohol.

—Estás borracha y no sabes lo que dices. —Fue un error pronunciar estas palabras. Ella me dio una bofetada y salió de la tienda.

La vi tambalearse en la oscuridad y alejarse. La llamé varias veces para que volviera. Inútil. Su bofetada no me había enfurecido tanto como su interrogatorio implacable y no me dio la gana de salir tras ella. Ya volvería.

Media hora más tarde se desencadenaba una tormenta y Candela seguía sin venir. Me di cuenta de golpe del peligro que corría, andando sola, a oscuras, borracha, por auténticos despeñaderos en medio de la lluvia. Tomé una linterna y me precipité en su busca.

No se veía nada. Iluminaba alternativamente al suelo, para ver dónde ponía el pie, y a lo lejos, escudriñando en las sombras y voceando su nombre. La única respuesta era la de los truenos. A los pocos minutos estaba empapado y desesperado. Ya había recorrido toda la parte más o menos segura del monte, y en adelante el camino se precipitaba en un descenso escarpado y realmente peligroso con la tormenta. Temí que se hubiera despeñado por ahí, y me lancé abajo con una prisa suicida. ¡Qué necio había sido dejándola irse así! ¡Todo por un orgullo estúpido! ¿Por qué no contestaba? ¿Qué haría yo si le hubiese pasado algo? ¿Cómo viviría en adelante? Tenía tal congoja que apenas me salía la voz para gritar su nombre.

No tardé en resbalar. Reculé unos cuantos metros entre piedras y

espinos, estaba seguro de que iba a despeñarme, pues no veía nada, y cada vez resbalaba más deprisa y sin control. Milagrosamente logré agarrarme a una grieta. Miré abajo y vi la linterna encendida, abismándose en picado hasta estrellarse a unos cincuenta metros de mí.

Lo que había debajo de mis pies era una caída segura. En cuanto a lo que podía encontrar un poco más arriba, si existían salientes u oquedades por los que trepar, era bastante dudoso. No podía ver nada. Probar suerte y tantear un poco, a ciegas, conllevaba el riesgo de perder mi posición relativamente firme, aunque esforzada, resbalar o perder pie y despeñarme. Calculé que aguantaría una hora, quizá dos. Casi toda la tensión la soportaban mis dedos rasguñados y las puntas de los pies. El agua me corría en estrías por el cuerpo, aunque apenas la sentía. Tenía todos los miembros agarrotados. En un par de horas, se acabó.

En ese rato di en pensar en mi vida. Había oído que cuando estás a punto de morir todo tu pasado te pasa rápido ante los ojos como una película y adquiere al fin un sentido. La película de mi vida, sin embargo, seguía siendo tan enigmática, incomprensible y soporífera como una de Tarkovski, a lo que se añadía otra semejanza: se había fraguado prescindiendo olímpicamente de la posible existencia de un espectador. Y como final inverosímil le venía pintiparado éste del accidente en la montaña, en una cima irrisoria que ni siquiera era la del Mont Blanc, después de que una chica me acusara de extorsionar a un menor. Quizá Candela se había despeñado por ese mismo sitio, y mis huesos acabaran descansando junto a los suyos, como las personas que se han querido siempre.

Entre la lluvia oí a lo lejos la voz de Candela llamándome. Se me saltaron las lágrimas de felicidad.

—¡Estoy aquí! —clamé.

—¡Dios mío! ¿Dónde estás?

Fui repitiendo «aquí» hasta que llegó al punto del camino desde el que había caído. Me deslumbró el disco blanco de su linterna.

—¿Estás bien?

—Sí. No sé cómo salir de aquí.

La luz recorrió el lugar donde estaba y pude ver que la grieta se prolongaba a mi izquierda varios metros, donde había un paso más

fácil para subir. Me desplacé lateralmente, muy despacio. Ella me iba iluminando cada lugar donde podía afirmar los pies y las manos. Fue bastante más fácil de lo que pensaba. En el tramo final me tendió una mano. Aún no podía creer que ambos nos hubiéramos librado de ésta. Una vez a salvo nos abrazamos con fuerza. Permanecimos largo rato así, hasta que cesó la lluvia. Me explicó que ella había bajado por la otra vertiente, con la linterna, y que regresó a la tienda en cuanto empezó a llover.

—Según el viejo código del honor, estás en deuda permanente conmigo —sonrió.

Me temo que lo dijo en serio.

CAPÍTULO II

Desde luego, es la mejor teoría que he oído de mí mismo. La inventó mi madre. Tan convencida estaba que apenas cumplidos mis ocho años me llevó al centro Leo Kanner de Madrid para que me examinara un psiquiatra especializado. Tenía yo la manía de mover las manos muy deprisa, todo el tiempo, y hablaba muy poco. Recuerdo a mi madre respondiendo a sus preguntas sobre si ella me abrazaba y yo me dejaba abrazar, si agitaba insistentemente objetos, o me balanceaba o rotaba, o aprendí tarde a hablar.

—Lo único que hace es mover las manos, mírele. Lleva meses con esa manía. Y lo que es hablar, no habla nada.

El psiquiatra se acercó mucho a mí, me iluminó los ojos con un boli mágico y me sonrió. Luego miró mis manos y dijo:

—Parece una estereotipia autística.

Y yo dije:

—Estoy jugando.

Quizá si no hubiera hablado me hubieran ingresado en esa especie de hospital de niños silenciosos y absortos que caminaban como sonámbulos por los largos pasillos o se quedaban mirando un columpio del parque del jardín sin atreverse a balancearse en él. Yo no quería estar ahí, entre ellos. No era como ellos. Mi mente estaba llena de palabras que querían salir afuera. El psiquiatra me miró muy serio, agachado hasta mi altura.

—¿Y a qué estás jugando?

—A las construcciones.

Y en ese momento me di cuenta de que era cierto. Armaba un castillo de cubos invisibles sobre el aire, un castillo exasperado que se iba derrumbando sobre la marcha y yo estaba condenado a

reconstruir una y otra vez.

Vinieron varios psiquiatras a verlo. Estaban muy sorprendidos, pero no creían la versión del primero, que era un juego invisible conmigo mismo, opinaban que debía ser una modalidad desconocida de tic estereotipado, y me sentí por un momento como un *freak* de circo expuesto al concurso de las inteligencias y saberes de aquellos individuos. Pronunciaban raros diagnósticos y rivalizaban entre ellos por ver quién se llevaba al gato al agua. Al fin, se aburrieron de mí y volvieron a sus viejos casos.

—Se lo dije. Es autista —dijo mi madre al primer médico, que aún permanecía allí, impávido. Ella estaba un poco orgullosa de haber traído al mundo algo verdaderamente original.

—No lo creo —dijo el primer psiquiatra—. Nunca he visto un autista que exprese tanto con la mirada.

Nos quedamos solos él y yo en una sala con una gran mesa, sentados frente a frente, bajo una potente luz blanca. Y ese hombre sabio a quien jamás he vuelto a ver, pero cuyo rostro mi memoria conservará siempre intacto, sus ojos inteligentes tras las gafas, se puso a jugar conmigo a la construcción invisible, desafiándome a un duelo de silencio, retándome a desarbolar mi incomunicación. Sin decir una palabra creó otro castillo igual, paralelo al mío, que armaba al mismo ritmo que yo. No se trataba de una mimesis, sino de una forma de diálogo presencial. Ese hombre se sentó con su propio castillo de galimatías; también él tendría un miedo inconfesable que llevaba muchos años sin resolver, y que todas las noches se llevaba a la cama después de besar a sus hijos y hacer arrumacos a su mujer y apagar la luz, un terror del que no podía hablar a nadie, porque la única forma de darlo a conocer era descorriendo una cortina de incertidumbre y silencio. Un rato después comenzamos a intercambiarnos piezas y pude al fin terminar con mi babel. Salí de allí con las manos liberadas y un renovado valor para encarar mi vida.

No sé cuándo ni cómo empecé a ser autista, en todo caso mi autismo nunca fue clínico sino una forma de estar aquí en retirada, o de estar a medias, porque este volatinero mundo, la gente y yo no congeniábamos bien, no nos poníamos de acuerdo de ninguna forma. Y eso que nunca me faltó de nada y mi madre fue en extremo generosa y buena conmigo. Crecí regordete y sano. No sufrí

trauma alguno. Sencillamente desarrollé esta pereza defensiva, esta cautela hacia dentro, una especie de deserción prematura y tranquila, que tenía más de incomprensión y protesta que de miedo.

La única gran excentricidad de mi madre, que Candela conoce ya, fue ponerme este pintoresco nombre de Juan Filolao, que yo mismo me hice cambiar por el diminutivo Juan Fil cuando ingresé en la escuela. Soborné a mis profesores con cajas de habanos para que al pasar lista usasen el diminutivo, no porque me abochornara mi verdadero nombre, sino debido a lo mucho que me cansaba explicar que no sabía de dónde procedía Filolao. A mi madre siempre le gustaron los nombres compuestos, pero ¿por qué no me habría puesto Juan Francisco, Juan Alberto, Juan Pablo o Juan Carlos? Solía ella darme respuestas esquivas y mantenía la versión de que Filolao era la marca de mi primera cuna. La creí durante muchos años y a los dieciséis volví a acosarla a preguntas, confiando en agotar su paciencia, que no es poca. Al fin logré una suerte de confesión. Cuando nací no sabía qué nombre ponerme junto a Juan, era como si Juan pidiese un nuevo compuesto, y los ya conocidos se le antojaban muy ordinarios para estar a la altura de Juan. Pensó en algún nombre extranjero, pero casi todos eran difíciles de pronunciar. Para una vez que paría algo en su vida, quería que fuese verdaderamente original. De modo que escogió a ciegas un libro de la biblioteca que le legó su padre y a ciegas también abrió la página donde habría de encontrarme. Y había olvidado por completo qué libro fue.

Hechas estas primeras averiguaciones, qué remedio me quedó que ponerme a leer cada una de las obras de nuestra biblioteca. Filolao podía ser un ingenio de Julio Verne, un bicho de Simbad, un perro de London, un caballero de la corte del rey Arturo, qué sé yo. Mi nombre no apareció hasta el *Fedón* de Platón. Es un pasaje en el que Sócrates espera sereno su ejecución mientras conversa con sus amigos Cebes y Simmias (menos mal que no me puso este último nombre) sobre si es lícito o no el suicidio y, ante su ignorancia en la materia, les pregunta cómo es que no han oído hablar del tema, habiendo estudiado con Filolao. Pues Sócrates, al igual que Filolao, rechazaba el suicidio. En una nota a pie de página de la edición se explica:

> Filolao de Cretona, filósofo pitagórico que, tras la

> expulsión de la secta del S. de Italia, había fundado una escuela en Tebas. Cicerón cuenta, en *De Orat.* III 139, que fue el maestro de Arquitas de Tarento. Diógenes Laercio, que toma la noticia del erudito Sátiro, dice —en III 9— que Platón había comprado, por cien minas, tres libros suyos de doctrinas pitagóricas, y que se sirvió de ellos para componer el *Timeo*.

Cuando descubrí que Filolao era un pitagórico me puse tras la pista de la escuela. Tenía diecisiete años y toda la curiosidad del mundo por conocer algo que pudiera tener que ver con mi origen. Quizá no un origen real, sino imaginario, lo cual se me antojaba mucho más interesante. En su obra *De Caelo*, Aristóteles tiene un pasaje irónico en que alude a él directamente:

> Contrariamente a otros filósofos, que dicen que la Tierra está en reposo, el pitagórico Filolao dice que gira alrededor del fuego en círculo inclinado.

Aristóteles era un tipo listo, pero creía en la teoría vigente de que la Tierra ocupa el centro del universo. Se burlaba de la cosmología filolaica, en la que se desplazaba la Tierra del centro y la convertía en un planeta que rodea el centro como los demás.

Filolao intuyó ya que la Tierra gira dentro de una órbita. Esto, junto con la noción de una Tierra planetaria y no céntrica, se consideró una aberración en la época. Hubieron de transcurrir muchos siglos para que el sistema geocéntrico fuera desterrado.

Debió de tener esa paradójica mezcla de intuición científica e imaginación poética tan característica de los sabios visionarios de la antigüedad, a quienes el rigor y la precisión no impedían el ejercicio de la metáfora. Esta conjugación me entusiasmaba. Su teoría sobre la naturaleza del Sol, contada por Aristóteles, es una buena muestra. Enseñaba que el Sol es como un cristal que recibe el fuego del cosmos y lo refleja. En cambio, adivinó que la luz de la Luna es prestada y sus eclipses se deben a la sombra de la Tierra.

Mis lecturas me llevaron a la conclusión de que este pitagórico tardío —un siglo posterior al maestro— fundó su propia escuela, no siempre fiel a los preceptos tradicionales de la comunidad, para enseñar su doctrina. Debió de ser un tipo bastante individualista. En el *Fedón*, Platón presenta a Filolao como «un profeta errante», quizá

porque se había desviado del camino oficial.

Me halagaba la idea de que yo tuviera algo que ver con Filolao, además del nombre. O, dicho de otro modo, que ese azar con el que mi madre escogió mi nombre fuera sólo aparente. Lo fuera o no, me estaba brindando una sólida base sobre la que cimentar mi identidad.

Mi entusiasmo por Filolao se acrecentó cuando me zambullí en Pitágoras y en su visión fantástica de la naturaleza de los números. La matemágica. Encontraba en sus teorías una resonancia con mi propio pensamiento —rudimentario entonces— y mis fantasías.

Los números me habían interesado ya desde muy niño, tanto es así que aprendí a sumar antes de pisar la escuela. Dado que nuestra generación no tuvo Nintendos ni Tamagotchis, hubimos de buscarnos juegos más pedestres. Cuando mi madre me sacaba de paseo, me entretenía contando los pivotes de la acera. Para mí los números eran juguetes, y siguieron siéndolo a medida que mi inteligencia me permitía nuevos descubrimientos. Podía combinarlos, invertirlos, cortarlos, permutarlos, meterlos y sacarlos de paréntesis, hacer adivinanzas, y comunicarme con un chino. Para Candela los números no significan nada si no van seguidos de un nombre, una cosa: nueve… empanadillas de bonito, setecientos ochenta… calcetines verdes, veintidós… ornitorrincos, cinco… años de garantía, cincuenta… por ciento de descuento, cuarenta y seis… años de casados y aún se quieren. Un bebé de cuatro cabezas, yo me quedo con el número cuatro; Candela se queda con el monstruo.

Los pitagóricos afirmaban que los números están inmersos en nosotros desde siempre, son parte de nuestra esencia: nacemos con ellos porque son una reminiscencia (un recuerdo anterior a la vida) de nuestra alma inmortal. De ese modo, nuestra mente es una imagen en pequeño de la configuración del universo. Así se explica que yo aprendiera a sumar por mi cuenta y riesgo, sin maestros. Es de sobra conocido el caso de algunos autistas crónicos que apenas saben hablar, pero son capaces de realizar operaciones mentales para las que un matemático necesita un programa de cálculo. Los anales de la neurología y la psiquiatría están llenos de estos fenómenos. Antes los llamaban *sabios retrasados*, después «calculadores itinerantes» porque viajaban exhibiendo una desaforada capacidad de cálculo mental (logaritmos hasta el décimo

decimal, cuadrados exorbitantes, etc.). Nacieron con una constelación de números en la cabeza, y quizá se volvieron autistas porque, a diferencia de los demás, no la olvidaron al crecer. Todos ellos afirmaban que operaban automáticamente, y no tenían la menor idea de lo que pasaba por sus cabezas desde que se les presentaba la operación hasta que se les iluminaba la respuesta como un relámpago. El gran matemático y calculador de nuestro siglo, A. C. Aitken, concluyó, por experiencia propia, que el fenómeno tiene lugar en el inconsciente. Otro dato a mi favor. Estudiosos del inconsciente, como el bueno de Carl Jung, afirmaban que alberga una sabiduría anterior a nosotros, receptáculo enigmático de conocimientos universales.

Empecé a estudiar matemáticas al sospechar que este mundo gira sin rumbo alguno y nada de lo que nos está ocurriendo es explicable. Están los que creen que las cosas tienen un porqué, que hay un fundamento en los grandes y pequeños engranajes, y descubrirlos es cuestión de tiempo, y el mundo se mueve en un solo sentido, como puede demostrarse. Mejor para ellos. Mi visión es más próxima al género fantástico, me siento inmerso en la imprevisibilidad de todo, en lo paradójico e insólito de los seres que nos rodean; los humanos somos el colmo de la inverosimilitud. ¿Nos entendemos siquiera a nosotros mismos? He confesado esta idea poco tranquilizadora a dos o tres colegas matemáticos y me han mirado como si estuviera loco. Ellos creen en la verdad de las retinas, la manzana cae hacia abajo, hay una fórmula. ¿Pero es que nadie ve nada? ¿Cómo han venido a parar los objetos aquí? ¿Qué los retiene? ¿Por qué seguimos entrando por las puertas? ¿Cómo no nos cansamos de respirar? ¿Cómo es posible que al despertarnos nuestro corazón no se haya parado? Confiaba en que las matemáticas me sacarían de este atolladero. También se puede elucubrar, fantasear con las matemáticas, construir fenómenos físicos inexistentes en el universo, aunque hipotéticamente posibles, y demostrar la cuadratura del círculo, o poco menos. El ocho tumbado es un lazo del que tiramos para abrir nuestro imprescindible paquete de eternidad.

A los dieciocho años, edad en la que uno es lo suficiente adulto como para tomar una decisión importante en su vida, y lo suficiente ingenuo para creérsela, autoingresé en la Escuela Pitagórica, que es una Escuela fantasma, al no quedar de ella ningún superviviente. Quizá he sido designado para continuarla en este fin del segundo milenio, o soy la reencarnación de Filolao (los pitagóricos creían en la transmigración de las almas) y he caído en esta época como un bolchevique en Nueva York; hace falta un punto de locura para declararse pitagórico y sobre todo para creérselo. Lo más probable, sin embargo, es que mi anterior carnaje fuera un oso koala, con quien tengo aún gran parentesco (tuve, además, un abuelo australiano).

La comunidad se extinguió hace veinticuatro siglos; lo que queda son ruinas, arqueología filosófica. Pero está en la escuela que el hombre es de naturaleza inmortal, de modo que, mientras dure el hombre, perdura Pitágoras.

Se han escrito muchas tonterías sobre él, circulan varias biografías poco fiables; de su puño y letra nada se conserva. En general, se le tiene por un santón imbuido de espíritu comunitario y fraternal. Para mí que era un perfecto misántropo, como los grandes monjes y ermitaños, gente que va huyendo de la gente y así, huraños, esquinados, se van difuminando como la telaraña de sus barbas, pierden fisicidad y un día son medio fantasmas, y su mirada no encuentra tabiques ni barreras. Pitágoras desconfiaba profundamente del hombre, y para evitar que su doctrina cayera en manos de los necios y la tergiversaran, decidió difundirla secretamente, en una liga en la que, para ingresar, hacía falta demostrar un temple de acero y pasar varios años de silencio y ayuno. Pitágoras, creo yo, no era ningún demócrata, no creía en la libre transmisión del saber.

Sus seguidores le divinizaron, y se cuentan leyendas asombrosas sobre él, como que tenía un muslo de oro y era el Apolo hiperbóreo. A buen seguro que por eso volvió a su exilio interior y dejó Cretona, y no por la revolución que protagonizó allí un tal Cilón. Sus seguidores, desconcertados por su marcha, pero con la inquebrantable fe del que ya no entiende los actos del maestro, se quedaron allí para continuar la escuela sin traicionar su espíritu, cuando a él lo que le hubiera gustado es provocar una traición. Él

esperaba que sus discípulos se emanciparan y le refutaran, y se sintió fracasado. Un siglo después, Filolao descubría una teoría revolucionaria sobre la Tierra y el universo que contradecía las ideas de Pitágoras al respecto, y se convirtió así en el primer pitagórico disidente, fundó su propia escuela, aunque sin perder las comunes señas de identidad.

Y ahora que no queda nadie, creo que no es mal momento para que un autista como yo retome la cuestión.

Soy el único pitagórico vivo, en sentido estricto (descartando a chiflados que mezclan Pitágoras con la cábala, la nigromancia, la acupuntura y el zodíaco). En una ocasión se lo dije a Candela.

—Qué casualidad. Un solo pitagórico en el mundo y yo he tenido que tropezarme con él —se mofó.

Mi autismo me ayudó a guardar los cinco años de silencio, requisito indispensable para ingresar en la Escuela. La verdad es que no fue un silencio en sentido estricto (en el siglo VI a. C. supongo que era más fácil encontrar las condiciones idóneas): hube de vivir en el mundo, salir adelante e ingresar en la Facultad de Matemáticas, y comunicarme lo justo para sobrevivir, aun sin hacer amigos y pasando por ser el alumno más introvertido y extraño de la universidad. Como carecía de maestro, fui autodidacto. Estudié la matemática, la filosofía, la música, y me dediqué a la contemplación y a ejercitar el oído. Estaba empeñado en escuchar, como Pitágoras, la música que producen las esferas celestes al girar en el éter. Imaginad ese frío fluido del espacio: no existe el silencio total. Hay millones de esferas rotando lentamente al mismo tiempo, esparciendo luz y calor, hay cuerpos que viajan en la eterna noche fluida, estelas, hay una inmensa y suave relojería de titanes en un océano ingrávido, y es esa sincronía, el rumor perezoso de los astros, que va y viene, lo que crea el tiempo, un tiempo medido por sonidos en el espacio: la música.

Toda la materia está preñada de movimiento, desde las partículas más ínfimas. ¿Es el movimiento el que produce el sonido o al contrario? Los pitagóricos creemos que hay un alma que alienta la materia. Las partículas nunca están estables (los electrones jamás paran quietos, y nadie sabe por dónde andan a cada momento, ni mucho menos adónde irán a parar). Ese movimiento elemental es el

pensamiento de la materia, su alma. Pitágoras denominó a esta alma Música.

Son acordes, por tanto, los que mantienen unidas las moléculas, los que mueven un electrón de una órbita a otra, o cambian su valencia. La razón por la que unas moléculas se juntan con otras es la misma por la que las notas musicales se unen para formar un compás, una melodía. Las propiedades moleculares de los elementos tienen entre sí la misma relación que tienen las notas en la escala musical. Cuando el físico pierde su sentido musical, contrae esa especie de miopía acústica de la que es síntoma inequívoco el acelerador de partículas.

Durante esos cinco años en que me inicié en la escuela había pensado que captaría con el oído la acústica del universo, su prodigiosa sinfonía, y por eso me entregué a una disciplina de agudizar el sentido, percibir hasta los ruidos más recónditos. Llegué a oír hasta la corriente de alcantarillado que fluye bajo la ciudad, a discriminar casi todas las voces de los vecinos del inmueble, piso por piso, y sin embargo, por más empeño que ponía, los diminutos astros allá en lo alto seguían siendo sordos puntos de luz. Huí muchas veces de la ciudad, busqué campos de silencio, y entonces me perturbaba el sonido de las alimañas, de los grillos, de las hojas de los árboles, del viento, o de las espigas, o de los diferentes pájaros. En realidad no era eso lo que me perturbaba, sino llevar metido en la cabeza un radar sónico, un inmenso detector de señales acústicas que pudieran alertarme de la música del espacio. En verano aprovechaba para subir a algunos picos y acampar de noche, cuando la sensación de silencio era casi completa. Comenzaba entonces a darme cuenta de que ya no hacía eso por escuchar la sinfonía de las esferas, sino por aislarme de la gente, del mundo, de mí mismo.

Mahoma bajó de la montaña feliz de su diálogo con las estrellas y sin revelación alguna, salvo que lo mejor que tienen las estrellas es que son mudas, y se dejan mirar sin pensar.

Rompí el voto de silencio, empecé a frecuentar ambientes universitarios, me llené la cabeza de ruidos y en unos pocos meses perdí casi toda la acuidad auditiva que había ganado con tanto esfuerzo.

Una noche de verano, estaba sentado en una terraza de

Recoletos, charlando de banalidades con unos amigotes de la universidad que conocía de modo tangencial y me presentaron a una chica que venía algo bebida y no paraba de reír y que era muy guapa, y me dio un par de besos en la mejilla después de decirme Candela me llamo. Vinieron aún diez o doce más, a casi ninguno conocía. Aproveché para desconectar un rato, mirar distraídamente a la chica, que sorbía un granizado chupando golosamente una pajita, cerré los ojos y descabecé un sueño.

Soñé con la música de las esferas, la sinfonía de la Vía Láctea, lejana y poblada de sirenas que bailaban entre las estrellas, y con la escala cromática del sistema solar, cuyos planetas estaban dispuestos como en una orquesta. Era de una belleza salvaje y sublime, y aun soñando me daba cuenta de que esa música no sonaba allí, en el espacio exterior, sino en mi propia constelación interna, en mi espíritu universal.

Desperté como de un éxtasis. Creo que mi sueño había durado unos diez minutos, y allí, en esa insignificante porción de mundo que me rodeaba —Recoletos, la terraza— todo seguía igual. Candela escarbaba los últimos restos de limón con la pajita, se divertía haciendo ruidos al sorber y miraba a los lados como una niña que hiciera alguna impertinencia. Parecía también indiferente a la conversación. Fue la única que se dio cuenta de que me había quedado dormido y me dedicó una sonrisa de complicidad. A mí debían de brillarme los ojos de la experiencia que acababa de tener, mi rostro seguramente tenía el aturullamiento de la beatitud, esa expresión mía que no se sabía qué quería decir creo que la atrajo o le resultó interesante. A mí me traía sin cuidado, dado que todavía no había bajado de las estrellas.

En aquella época nos íbamos conociendo, aunque yo formaba parte de un grupillo mayor, gente que cuenta a medias contigo para salir por no quedarse solo en casa, estudiantes de matemáticas capaces de despertarle a uno cierta curiosidad durante un tiempo, con los que por lo menos compartíamos un común disgusto sobre la universidad, con nombres y apellidos, un poco como testigos de una guerra ajena que nos implicaba a nosotros. Ni siquiera había podido quedarme a solas una vez con Candela. Lo que nos acercó definitivamente fue una extraña crisis que sufrió ella unos meses después, al terminar los estudios de traducción. Sobre las causas no

existía acuerdo entre sus amigos, aunque casi todos coincidían en que fue debida a la frustración de no encontrar un trabajo en los seis meses que estuvo buscando. La imaginaba rumbeando por Madrid con unos zapatos nuevos e incómodos y una falda corta y estrecha que apenas le dejaba cruzar las piernas para cabalgarlas desesperanzadamente ante un entrevistador que a última hora de la mañana ya no tiene oídos, sólo ojos. Durante un tiempo no tuvieron noticias suyas, hasta que alguien fue a verla y la encontró hundida. Llevaba un mes sin salir de casa y había perdido casi diez kilos.

—Se la ve muy mal —me dijeron—. Dice que está obsesionada por un punto.

Si era un punto me interesaba mucho, por ser noción de geometría. En el tratado de Euclides se dice que un punto es lo que no se puede dividir. Esto me hizo pensar. ¿Qué puede llevar un punto, lo que no se puede dividir, a deprimirse tanto a una persona? Quizá Candela había caído en uno de esos vértigos del infinito que asaltan a algunos que se inician en las matemáticas. El concepto punto provoca incredulidad, irritación, fantasía y a veces también se han detectado grandes delirios. Los teóricos de la física atómica andan de cráneo por este punto, el indivisible, neutrino o como quieran llamarlo. Y es que no cabe imaginar un punto que no sea desmenuzable en otras partículas, como no se puede pensar la eternidad. ¿Existe una partícula en la materia absolutamente indivisible, un vector de longitud cero? ¿Es Dios? ¿Y el vacío? Éste es el horror ontológico del punto.

Hablé con Candela por teléfono y pareció bastante confusa con mis entelequias, pero las encontró graciosas y ocurrentes, y me dijo que el punto no la preocupaba, sino que había sido una suerte de detonante en su cabeza, y había abierto una puerta oscura. El punto era una diminuta mosca que viajaba caprichosamente por la negrura de su pensamiento.

Candela había sido una alumna brillante en la Escuela de traductores. Había alcanzado allí cierto prestigio por su capacidad de trabajo y su seriedad, pero no se había aliado decididamente con ninguno de los frentes internos en liza, era casi un elemento neutral, una figura incomprensible atravesando la línea de fuego como un sordo que no oye los obuses cayendo a su alrededor. Acudía a los diversos Departamentos como si éstos lo fueran o lo

hubiesen sido algún día, y trataba a los profesores como verdaderos depositarios de saber. Por eso todos la respetaban y ninguno la reclutaba para su ejército. Candela se cansó de esperar y decidió probar en otra parte. Entonces empezó a acudir a todo tipo de entrevistas y pruebas de selección. Salvo excepciones, nunca sabía adónde iba. Se presentaba como una sonámbula, muy rígida, con su chaqueta con hombreras que le daban un aire de percha andante, trataba de responder lo que los otros querían que respondiera, enseñando siempre un poco de más, aunque a veces el interrogatorio era demasiado frío y abstruso como para poder leer con anticipación, y tan pronto le preguntaban Murcia como Johanesburgo, así que empezó a soltar sus respuestas al azar, o decía lo primero que se le pasaba por la cabeza.

La atiborraron de tests. No eran precisamente su punto débil. La cosa empezó como un juego. A Candela siempre le gustaron las pruebas que retaban su inteligencia, los laberintos y crucigramas, esas cosas. Tenían la ventaja de ser más asépticos, desligados de emociones. Durante un rato se olvidaba del desasosiego de no saber si quería ese trabajo y conectaba cierto automatismo algebraico de su cabeza.

Pero pronto se cansó también de los tests y descubrió que muchos los hacía mal deliberadamente. Su padre conocía al jefe de personal de unos grandes almacenes y logró convencerle para que la incluyera en uno de los primeros puestos en la lista de candidatos. No tenía nada que ver con la traducción, pero era un trabajo bien pagado. Un mes después la citaron a una selección. Acudieron cien candidatos para cinco puestos.

Se presentó Candela con ánimo algo apesadumbrado. No había pegado ojo en toda la noche. Sabía que su padre albergaba ciertas esperanzas en ese puesto. Le dolía la cabeza y le costaba pensar en cualquier cosa. Creía vagamente haberse tragado en el desayuno una bola de billar.

Nada más llegar y ver el tocho de pruebas que tenía la jefe de personal sobre la mesa confirmó sus sospechas: de nuevo buscaban a la superwoman. Su falda nueva resbalaba en la tabla de la incómoda silla cuando se inclinó ante la primera prueba y una señorita estirada como un hueso seco amenazaba con despedir de la prueba a cualquiera que osara pasar la primera hoja antes de dar el

pistoletazo de salida. Candela había procurado, como en otras ocasiones, no mirar a su alrededor, no contar el número de candidatos, no calibrar la relativa seguridad de sus trajes nuevos, agazapados en los pupitres para lanzarse sobre los tests y volcar sobre ellos toda la capacidad disponible de sus cerebros.

Empezaron los tests. El primero lo conocía por haberlo hecho, sin mucho éxito, el mes anterior para un puesto de comercial que afortunadamente no ganó, y esta vez procuró sacar partido de la experiencia. Consistía en una batería de series de números. El siguiente era uno de dominós. Después vino otro cuyas instrucciones le hicieron perder más de dos minutos. Se trataba de saber si habría que aplicar un seguro de incendios válido desde el 18 de julio de 1983 al 20 de septiembre de 1987, o uno de incendios y accidentes entre el 14 de mayo de 1983 y el 2 de abril de 1988, o de vida y accidentes entre el 2 de mayo de 1984 y el 12 de marzo de 1987, teniendo en cuenta la fecha de partida, o si era de vida, de accidentes, de incendios, de vida y de incendios, de vida y accidentes, de incendios y de vida, de incendios y de accidentes, o de incendios, vida y accidentes.

Esta prueba logró quemar su carburante y desarbolar toda su capacidad de concentración. En este estado de zozobra se encontraba cuando la estirada le retiró el test y distribuyó el siguiente. Era el test del punto.

«Presta atención al punto y sólo al punto», rezaban las instrucciones. El punto aparecía en una serie de figuras atravesado por líneas curvas o rectas, metido en el interior de una figura geométrica o desalojado de ella, pero en la serie el punto tenía algo en común con las demás figuras, quizá se hallaba en una bisectriz, o en el paso de una tangente. Lo único que importaba era el punto, y la prueba consistía en saber qué figura con punto venía a continuación de la serie. Las figuras, las líneas todas eran elementos distractores, camuflajes de una referencia invisible, la del punto.

Fue siguiendo Candela el punto de una figura a otra con cierto hipnotismo, pero al punto se detuvo abrumada por una sospecha que ni siquiera alcanzó a formularse: algo terriblemente angustioso se hallaba en aquel punto contra el que luchaba su inteligencia. Algo que ni remotamente acertaba a comprender. Fue incapaz de realizar una sola de las series, aunque supiera que no era más que

un esfuerzo de abstracción, de encontrar una lógica espacial en la sucesión. El punto había vampirizado por completo su voluntad.

De pronto una mano férrea de mujer le arrebató el test al tiempo que oía «¡tiempo!». Candela permaneció unos segundos irresoluta y perpleja. Después se levantó, le quitó a su vez el test del punto —hubiera sido incapaz de seguir viviendo sin tener siquiera la oportunidad de enfrentarse a solas a ese punto— y se largó corriendo de allí.

Permaneció varios días observando el punto con ojos ofuscados, encerrada en su habitación, sin apenas comer. Llegó a saber cuál era la respuesta correcta de todas las series de figuras a un simple vistazo (bien mirado, la prueba era mucho más sencilla de lo que pensaba, una vez que uno se familiarizaba un poco), pero no pudo resolver el demencial enigma del punto, lo que la descalabraba por completo.

Me presenté en su casa a las cinco (a las cinco en punto de la tarde). Me abrió su padre. Estuvimos los tres en la cocina, mientras él preparaba un café. Era una situación muy extraña, de una gran tensión. El padre nos miraba y no decía nada. Candela tampoco se atrevía a hablar mucho delante de él. Mi primera metedura de pata fue preguntar por su madre.

—Mi madre murió hace diez años, de un cáncer de ovarios —dijo.

—Lo siento.

—No pasa nada. No tenías por qué saberlo.

Otro silencio. El café estaba servido. El padre salió de la cocina y poco después abandonó la casa. Sólo en ese momento pudimos hablar.

—¿Crees que me he vuelto loca?

—En absoluto.

—Entonces, ¿qué me está ocurriendo?

—No ves nada. Estás absorbida por un punto denso emocionalmente. Todo se polariza en ese punto psicológico. Un punto puede ser una pérdida, un suceso, algo breve y reconcentrado. Es un atractor, un agujero negro que absorbe tu percepción de lo que te rodea. Debes despolarizarlo.

—Tengo que salir del agujero.

—Bien. Hay personas que tienen una visión escalar, o sea, se

sirven de un punto como única referencia, y todo lo miran por la misma ventana. Este punto puede ser una sola ambición, por ejemplo, o un deseo de venganza, o un trauma puntual. También tenemos la visión vector, que es una línea entre dos puntos; sólo saben ir de uno a otro, su pensamiento no deja de ser lineal. Una visión matriz ya te da dos vectores interrelacionados, y una visión superficie la intersección de puntos y vectores. Pero la realidad sólo puede entenderse como un poliedro, conjunción de múltiples planos. Si haces un reencuadre de tu punto de vista, abandonas la visión escalar, si cambias de ángulo, te acercas a la visión poliédrica. Creo que el punto en sí es quedarnos en nada. ¿Qué hay detrás del punto? ¿Dónde estás situada en este momento?

—En mi casa, con mi padre.

—¿Y qué tal es vuestra convivencia?

—Nula. No nos hablamos desde hace mucho tiempo. Quiero irme de esta casa. Pero no tengo dinero.

—Alguien puede prestártelo. Un familiar. ¿Se te ocurre alguno?

—Tengo un tío que quizá me ayude. Sabe que estoy mal.

—Habla con él, dile que es una cosa entre vosotros, dejando de lado a tu padre.

—¿Y cómo le devuelvo el préstamo?

—Lo primero es buscar un alojamiento, serenarte, y después encontrarás un empleo suficiente para pagar estos gastos.

—¿Lo crees?

—Claro. Debes intentarlo.

Ella se quedó pensativa.

—Otra posibilidad es regresar a mi pueblo, aunque allí no hay nada que hacer, pero al menos tengo una casa con un par de gallinas donde mi padre no me molestará. Mi abuela no cocina mal.

—¿Qué pueblo es?

—Adahuesca, en Aragón.

—¿No pasa por ahí el meridiano cero?

—¿Cómo lo sabes? —se admiró.

—Suelo fijarme mucho en los mapas, sobre todo en las simetrías. Has venido al mundo en el eje principal.

—¿Y eso qué significa?

—Que tú y yo tenemos algo que nos une.

—Yo también lo creo.

El enamoramiento es, ante todo, una creencia.

Ella me telefoneó una semana después para darme la buena noticia de que ya estaba instalada en un piso compartido en la zona de Delicias, por sólo veinticinco mil pesetas al mes, sin contar gastos. Solía decirme que todo iba bien de nuevo gracias a mí. Una tontería, visto que mi consejo se lo hubiera podido dar cualquiera en su sano juicio. Lo único que hice fue ponerle un poco de geometría, un poco de la ética aritmética para decorarlo, y así se lo hice saber. Candela replicaba que yo era el único que la había comprendido.

Unos meses después de nuestra malograda excursión por el Pirineo volvimos a insistir en el dichoso tema del sexo. No nos dábamos por vencidos. Estábamos verdaderamente cansados de infructuosos intentos, de traer el sexo aquí y allá, marearlo, avanzar, retroceder, y darle vueltas a la carraca, si yo lo hacía era sobre todo por ella, y acaso Candela a su vez o hiciese o se dejara hacer por mí, creyendo que yo lo necesitaba, igual que yo suponía, quizá erróneamente, que ella me lo estaba demandando. Es posible que los dos deseáramos entonces no tener sexo de ninguna clase, y sin embargo ahí estábamos ambos bregando con el sexo, debe de ser que no hay cosa que se haga más presente entre dos personas que precisamente aquello que temen y tratan de evitar, como el que niega algo ya está implícitamente reconociéndolo.

Supongo que los dos llegamos a la misma conclusión, y es que la única manera de acabar con el sexo era lanzándonos a él de verdad y con todas las consecuencias, hasta perder la maldita conciencia de lo que estábamos haciendo, y con ella la vergüenza, y reventar el fantasma, y luego olvidarlo todo y a dormir, que es lo que hace la gente normal, los que no han sufrido una experiencia que liga el sexo al dolor y la vejación, los no auristas.

Esa noche colegí que Candela había venido preparada a afrontar la gran prueba. Se lo leía en un temblor de pupilas, en una crispación azorada de su sonrisa. Habíamos pasado toda la tarde leyendo juntos un interesantísimo libro llamado *Manual del reglamento de circulación*. Nos intercambiábamos preguntas y jugábamos a ver quién se equivocaba más. Ella había traído un tinto de Cariñena y cuando se nos acabó sacó otro del bolso y lo destapó alegremente.

—¿Pretendes que nos emborrachemos?

—¡Exacto!

Seguimos bebiendo en la cama e indagando las múltiples y fascinantes combinaciones de las luces del automóvil, delante, detrás y en ambos lados y su utilización adecuada en a) Niebla espesa de día, b) Niebla suave y lluvia de noche, c) Granizo, d) Niebla espesa de noche, e) Niebla suave y lluvia de día, f) Niebla espesa y lluvia tanto de día como de noche, g) Detención de emergencia en arcén pavimentado y transitable de día, h) ídem de noche, i) Detención de emergencia en arcén pavimentado y no transitable con lluvia fuerte, de noche, j) ídem con niebla espesa. En la jota llevábamos una curda y una empanada mental considerable; Candela dio un giro de ciento ochenta grados y se encajó sobre mí. Me volcó el dulce néctar en el pecho y se vació en una risa floja, espasmódica y callada.

—Hazme el amor, cariño —me dijo con sus ojos líquidos y enternecidos—, hazme el amor hasta el fondo.

Ella se quedó tendida boca arriba en la cama mientras yo, tambaleándome, le tiraba de los pantalones para desnudar sus largas piernas blancas de niña. Tiré de su lencería elástica con los dientes para que no cesara de reírse. Mientras pudiéramos reírnos, pensé, todo iría bien. Allí estaba el pelo rizado de su pubis. Cuando hundí mi nariz en él, irguió la espalda en un espasmo de cosquillas. Aprovechó, para tirar de mi jersey, aunque sin muchas fuerzas, la verdad. Estábamos desfallecidos de risa y vino. El resto de la labor de vestuario y guardarropía la hice yo de manera torpe pero efectiva, porque al fin pudimos yacer piel contra piel. Ése era el momento que más me agradaba a mí, una vez superados mis miedos pasados. El cuerpo lánguido de Candela me perfumaba la vida. Ella abrió los muslos tibios. Estaba húmeda. Me susurró que le metiese un dedo muy despacio.

Le introduje el corazón, por ver si me lo devoraba de una vez.

Ella abría la boca y chocaban nuestras palas dentales, tic, tic, la primera puerta del beso. Mordía suavemente la pulpa de su boca, le estiraba un poco los labios, arriba, abajo, esa carne es como la babilla de lechal, algo verdaderamente suculento.

Ella deslizó una mano furtiva entre mis piernas y comprobó que por mi parte todo iba a pedir de boca.

—Ahora —musitó.

Lo hice. En ese momento empecé a dejar de disfrutar, porque todo se volvía mucho más mecánico y sentía como una pérdida de libertad. Ya no podría sacarla de ahí mientras Candela no tuviera bastante, ahora era un ejercicio monótono, maquinal, centrado en ella. Yo no encontraba mucho disfrute, ya no había juego de contactos. Tenía miedo de que ella lo notara. Era un poco como una puta masturbando a alguien con mucha motivación, concentrada en hacer un trabajito impecable. Sentí una gran alegría cuando Candela tuvo un orgasmo y gimió como una cría, y yo seguí insistiendo hasta que ella se dio cuenta de que aquello ya duraba demasiado sin que yo me fuera.

Terminamos tomando chocolate con porras en un café que abría a las seis de la mañana.

Era normal que no resultara bien a la primera, ni a la segunda, pero andando el tiempo, Candela descubrió que aquello no estaba del todo mal, no tenía ningún motivo de queja respecto a mi comportamiento, y yo tampoco me quejaba. Además, algunas de sus amigas feministas le habían dicho que lo mío era fabuloso e incluso le habían pedido, de guasa, que les prestase su maridito para comprobar que eran ciertas sus excelencias. Me lo contó Candela una de esas noches en que aún nos duraba el buen humor. Creí entonces que la tan peliaguda cuestión estaba resuelta. No tenía ni idea del calvario que aún nos quedaba por sufrir.

Vivía yo por entonces en pisos de alquiler, a veces compartidos, y, cediendo a presiones más o menos explícitas de Candela, me mudé a uno un poco más cerca del sur, donde ella vivía; tampoco demasiado cerca, pues siempre tuve como aliada la distancia. Me pareció suficiente instalarme en Cuatro Caminos y así nos quitábamos por medio todo Bravo Murillo o parte de La Castellana, según. Pero esto no la satisfizo. Aún pensaba que vivíamos demasiado lejos el uno del otro. Sentía que tiraba de mí para acercarme a su terreno, y esto me halagaba y me asustaba a partes iguales. Encontró trabajo en una oficina, traduciendo manuales de instrucciones de electrodomésticos. En cuanto pudo saldar sus deudas y asegurarse el pan, desplegó todas sus artimañas femeninas para bajarme hasta la misma Plaza de España y añadió el domingo, que también lo teníamos libre. Me pareció mejor así, un poco más

de tiempo con Candela era un poco más de tiempo para la felicidad, si bien notaba ya el imperceptible amarraje al que me sometía, con un sagaz sentido táctico, al asimilarme a la línea amarilla del metro: un túnel de topo entre nuestros domicilios, que, por cierto, ella nunca usaba por fobias personales. Entonces bastaba adentrarse en la garganta suburbana para ser absorbido en la negrura y dejarse transportar hasta la casa de mi novia incluso un viernes por la tarde. En algún momento temí que mi alma de polilla acabara quemándose al acercarme demasiado a esta Candela.

Desde luego, no había nada reprochable en su actitud, e incluso, bien pensado, resultaba muy natural que, andando el tiempo, hiciéramos de nuestra intimidad una cuestión de espacio y tiempo. Lo que no tenía nada claro es hasta qué límites estaba dispuesto a concederle parte de este tiempo —es decir, de mi libertad para disponer de los ratos libres que me dejaba el estudio de unas oposiciones a profesor de Secundaria— y, sobre todo, de mi soledad.

Quizá el paso decisivo de hacer que compartiéramos finalmente un piso le hizo creerse con derecho a exigir ciertos cambios en mi modo de ser que, a su manera de ver, nos harían más fácil la convivencia. No ignoraba que tarde o temprano iba a ocurrir, de modo que me había ido mentalizando para encajar el momento cuando llegara. Lo que no había podido prever era que su demanda consistiera en algo tan aparentemente absurdo como un simple cambio de dieta. He de decir que Candela fumaba medio paquete rubio —diez— al día. No era mucho. Lo suficiente para hacer más amargos sus besos e imprimir a su ropa y a su espacio la inequívoca exhalación de la nicotina y el alquitrán. Incapaz de presionarla para que dejara el vicio, había llegado a pensar en ingresar, a mi pesar, en el club de fumadores (si no puedes vencer a tu enemigo…, etc.). El día en que ella me expresó su deseo de hacernos vegetarianos juntos me eché a reír. Una ocurrencia leonina. Quién le habría metido semejante despropósito en la cabeza. Advertí que iba en serio cuando me largó una abundante charla sobre los inhumanos métodos de crianza de ganado, y más tarde me sometió a un vídeo que me puso la carne de gallina y la mirada de carnero degollado. A esto añadió un considerable moblaje teórico sobre el vegetarianismo

como filosofía de vida, las propiedades de la vitamina A, el budismo, el colesterol, la foca monje Peluso… Hicimos varias excursiones a la sierra, respiramos el aire impregnado de lavanda y tomillo y pedimos ensalada en un mesón donde en ese momento se hacía carne de cordero en la brasa de la chimenea. Mientras con el rabillo del ojo miraba cómo la grasa de la carne brillaba y se derretía sobre los rescoldos humeantes, y las aletas de mi nariz aspiraban el agradable aroma, le pregunté a Candela por qué rayos no se hacía vegetariana ella sola, si tanto le apetecía, y qué pintaba yo en todo eso. Esto la disgustó muchísimo. Me habló de su sueño de hacer un proyecto de vida en común y mientras yo escuchaba con la máxima atención todos aquellos planes que había trazado sin mi permiso observé cómo encendía uno de sus pitillos con mano trémula.

—Hagamos un trato —le dije—. Tú dejas de fumar y yo me hago vegetariano contigo.

Lo solté como un chiste, para poner fin a aquella conversación que de puro absurda me recordaba que Candela había hablado de proyectos de vida, ideas trasnochadas, cuando a mí, como a Plutarco, lo que me gustan son las vidas paralelas, líneas que no se tocan en ningún punto. Convencido de que no sería ella capaz de dejar el tabaco y de ese modo yo quedaría libre de pasarme a las filas de los herbívoros, le hice esa propuesta, que aceptó. Candela me sorprendió y dejó de fumar ese mismo día. Se moría por un pitillo, pero era mayor su deseo de embarcarse conmigo en esta nueva aventura alimenticia. Su gesto me conmovió y me inquietó. Seguí comiendo carne en privado durante un tiempo hasta que, viendo con qué pulcritud había cumplido Candela su parte del acuerdo, no pude verme libre de ciertos remordimientos. Intenté que volviera a fumar y dejé varios cigarrillos, aparentemente extraviados, a su vista, e incluso le mentí y comenté, mientras veíamos un programa televisivo, que nunca me importó de veras que fumara. Ella estaba encantada de haberlo dejado y de poder planear juntos la cena. Así que fui sintiéndome cada vez peor, y antes de entrar en una tienda de pollo al ast (inefable aroma) miraba a los lados como el que se dispone a cometer una infracción de tráfico. Finalmente decidí que me convenía, desde un punto de vista práctico, comulgar la misma fe que mi novia (temía que tarde

o temprano descubriera que era un traidor), sobre todo cuando no ignoraba que el tema de la carne encarna conflictos encarnizados. La coartada definitiva la encontré en Pitágoras, que, como es sabido, encomendó no probar carne alguna (claro que en su época se comían los perros) a sus discípulos. Quién iba a decir que Candela iba a hacerme más pitagórico todavía. En fin, uno sin darse cuenta va cediendo sus derechos en bien de la pareja y acaba creyendo que son para su propio bien. Entré en un *body shop* y salí con una brazada de libros dispuesto a darme un fenomenal empacho de doctrina hasta profesar la fe del *ginseng* y la jalea real, las infusiones salutíferas, la lombriz americana, la zanahoria sin pesticidas y Candela sin nicotina ni alquitrán.

Primero me hizo vegetariano y el siguiente paso fue hacerme esposo. Ahora quiere más de mí: quiere que me comunique más con ella y que haga planes. Planes de futuro. Nunca supe yo hacer planes ni para el día siguiente. Se lo dije bien pronto, para que desistiera o me dejara, pero creyó que acabaría convenciéndome o cambiándome. Es cierto que en alguna ocasión, para contentarla, he accedido a hacer planes hasta con dos meses de antelación (por ejemplo, organizar las vacaciones y hacer las reservas de hotel). Pero a ella no le basta con eso. Los que Candela me exige son peores que los planes quinquenales de Stalin.

La progresión, en fin, de nuestra relación amorosa fue este *tour de force* de pequeñas concesiones (vegetarianismo y acercamiento espacial) en las que fui perdiendo terreno. Podría representarse de un modo puramente geométrico con un simple compás en un plano de Madrid. Candela me hizo saltar durante años de un distrito a otro en mis mudanzas de piso, y siempre hacia su territorio, el sur, que ella llamaba «el centro», no sin razón, pues ya estaba en Pitágoras la idea de que el centro armónico no siempre coincide con el centro geométrico. Sol es el centro geométrico, kilómetro cero; Candela, mi sol, es el punto de partida.

CAPÍTULO III

Parece cosa de broma, pero nadie previó que si fijábamos la ceremonia en sábado íbamos a amanecer casados en domingo. Es tan obvio que sólo a un tonto se le olvida qué día sigue a otro. Nada que hacer ya. Ahora que la tarde se está extinguiendo igual que un fuego después de arrasar un bosque, nos queda la inconfesada esperanza de que mañana lunes nos olvidemos de todo lo que ha ocurrido hoy (lo que no ha ocurrido). Las campanas a lo lejos gotean el plomo del sopor; el aire está lleno de hormiguillas: uno se detiene con la nariz en alto un rato, atento a los cambios ambientales, y percibe el correteo de los insectos del tiempo, insomnes, por las paredes recién pintadas. Candela me mira desde el vestíbulo con cierto pasmo de quien asume que jamás acabará por conocer a su pareja, ella que nunca se está quieta, que siempre encuentra un objeto para cambiar de disposición o una disposición que reclama un objeto (una silla un cojín, un cojín una silla), al final decide sintonizar la radio y se queda un rato en la cocina, la oigo rastrear de una emisora a otra (arden zarzas, Guardiola con el balón, el amor le será favorable al signo Piscis). Se ha quitado las zapatillas en el vestíbulo, siempre lo hace, las despelusa como una escoba, y la adivino masajeándose los pies, el tarso y el metatarso, la espalda contra la encimera. Me gustaría ir allí y averiguar en qué piensa cuando hace eso; de momento no me puedo mover. Por fin se apagaron las campanas. Podría contar las hormigas que suben, repoblando la casa, podría seguir el partido de fútbol a través de todos los televisores encendidos de nuestra inmediata vecindad, una niña acaba de ponerse a llorar en el tercero, su madre la reprende. Una bola rebota varias veces en el suelo de arriba en un repiqueteo

cada vez más rápido. Hay una barra de incienso que se extingue y me concentro en esos últimos momentos, cómo la materia aromática se convierte en una ceniza finísima, cómo se va amontonando el polen gris sobre la mesa de caoba. Lo encendió Candela. Mi olfato lee las volutas de perfume que navegan por la penumbra, bajan hacia la mesa donde yace doblado un periódico del jueves, cuando aún no estábamos casados.

Supongo que Candela y yo, aunque no podamos cumplir nuestro sueño de ir a pasar nuestra luna de miel a las islas griegas, nos armaremos de valor y fe para jugar a interpretarnos como marido y mujer. De momento no parece fácil. En este primer día siento que no he conseguido hacer feliz a mi esposa. Es lo menos que se podía esperar de mí, como marido. Nos gana un desaliento mórbido y progresivo. Lo más fácil es atribuirlo a la astenia dominical, pero a ratos temo que proceda de mí, que sea yo el que se lo contagie sin quererlo.

Candela, mi luz, se ha quedado esparrancada en el sillón con una palidez no sé si producto de su desaliento o de su incipiente gripe, y parece ajena al mundo mientras con una hojita de afeitar que no sé de dónde diablos ha sacado va desprendiendo concienzudamente las diminutas motas de pintura blanca adheridas a la tapicería del sillón; gotitas que salpicaron cuando pinté las paredes. Está en un estado semicatatónico. De golpe, esa estampa de abandono me enternece y siento deseos de arrodillarme junto a ella y soplarle los párpados, o algo, pero sé que ella no está receptiva. Entonces me gustaría llorar en sus rodillas como un perro.

He huido al bar de la esquina con la excusa de ir a por un par de bocadillos. No recuerdo si me había dicho un vegetal o uno de tortilla, de modo que compro los dos. Pero antes de franquear el portal de nuevo decido que necesito estar solo y andar largo por la ciudad, y eso es lo que hago, con un bocadillo en cada mano, uno caliente y el otro frío, sin pensar siquiera en que Candela me está esperando arriba, sin mirar apenas por dónde voy.

Habíamos discutido, bien que educadamente, sin alterarnos, como escandinavos. Lo que nos desasosegaba era la posibilidad de perdernos el viaje a las islas del Egeo, para mí una excusa de descubrir el lugar donde nació Pitágoras. Sin embargo, nos

enredamos en pequeños reproches o quejas, la poca sensatez de haberse comprado un traje de boda que, como le predije, le costó una friolera económica y catarral, el error de no haberla cubierto yo con mi chaqueta en el camino de vuelta, por un olvido que denotaba falta de cuidado por mi parte. En estas disputas se nos fueron las pocas ganas que teníamos de conversar.

Ayer, en la noche nupcial, cuando nos vimos al fin solos, y estábamos demasiado cansados para cualquier otra cosa que no fuera dormir, me pregunté qué sería ahora del niño distraído e irresponsable, adónde iría a parar. El niño que anda a trompadas metido en los enormes zapatos del adulto. Cómo podré seguir fingiendo, cómo haré para creerme, para hacer creer a Candela, que puedo ocuparme de ella y de todo lo demás que vayamos trayendo entre los dos. Quién me mandó a mí meterme en esto, si a mí lo que siempre me gustó es andar por carreteras vacías y dormir ancho.

Candela, tenue faro mío, se ha quedado toda la mañana en la cama alegando que se encontraba mal. No ha querido tomar nada. El termómetro dio las primeras décimas de fiebre y nos miramos en silencio, muy serios, perplejos, adiós islas griegas. La fiebre fue subiendo lentamente en el curso del día. Ahora sabemos que el vuelo está perdido, y que con toda certeza pasará mucho tiempo antes de que encontremos otra oportunidad. Pero eso, puestos a llegar al fondo del asunto, es lo de menos. Uno sueña toda su vida con ese primer día de casado y cuando llega se encuentra con que es domingo, todo está en silencio, incluso los grifos y las tuberías (ya hablaré de ellas) y no hay nada que hacer ni decirse. Mañana yo mismo desharé las maletas. Si hacerlas es siempre una tarea descorazonadora, esa tristeza de guardarropa donde se balancean las perchas vacías, devolver los bañadores y las toallas a sus lugares, para deshacerlas el único modo posible de proceder es a plazos; adelantar un poco ahora y recuperarse escuchando música clásica o leyendo un rato antes de volver al ataque. No quiero ni verlas. Ya no recuerdo de qué cajones fuimos sacando cada prenda. Soy capaz de sacar de la manga cualquier excusa para irme y perder de vista la fiebre de Candela, los billetes de avión y las valijas.

No puedo dejar de interpretar ese vuelo perdido como un vuelo de mal agüero. Yo y mis aprensiones. Ya me eché a temblar al recitar el párroco aquello de «en la salud y en la enfermedad».

Como cuando mi madre, después del beso de buenas noches, decía «hasta mañana», y antes de abandonar mi cuarto añadía: «si Dios quiere».

Mientras me pierdo por la calle con un bocadillo en cada mano me ronda esa última imagen de Candela, tan lánguida, aplicada en desprender del brazo del sillón las motas de pintura con una ensimismada obcecación, rascando muy despacito con un mínimo movimiento de sus dedos mientras el resto del cuerpo permanece laxo, desfallecido. Sé que en estos momentos Candela no piensa absolutamente en nada, que en su cabecilla ni siquiera figuro yo. He tenido ocasión de verla en ese estado en algunas ocasiones durante los seis años que hemos vivido juntos y sé que es inútil intentar hablarle, porque es como si hubiera desaparecido del mundo.

Ayer, poco después de acostarme, me quité la alianza. Me molestaba para dormir. Algo me decía al cerrar los ojos que no me había desnudado por completo, que tenía un cangrejo asido al dedo. Me levanté a tientas en la oscuridad, aturdido por el sueño, y la guardé en alguna parte. Candela dormía aureolada por su reverbero verde de luciérnaga. Se revolvió en la cama y me dijo algo que no entendí. Después me desperté y era ya de día y domingo. Ella me había pasado un brazo por la cintura. He olvidado por completo dónde puse el anillo.

Lo veo como una simple cuestión de espacio vital o perspectiva. Como un pintor inexperto que olvida tomar distancia de su cuadro, o un escritor novel que ignora que todas las palabras que escriba en su momento de inspiración se amotinarán mientras duerme, y cuando vuelva a leerlas al día siguiente no habrá una sola que esté en su lugar. Todas habrán cambiado de sexo, de familia y de nacionalidad, para saltarle a la cara como un retrato obsceno y patético. He estado miope. Me he metido en una estupenda ratonera sin prever siquiera una trampilla, una salida de emergencia para huir a alguna parte desde donde reencontrarme con Candela.

Poco a poco, sin embargo, nos levantamos del lodo. Se ha ido la fiebre, se ha ido el domingo, de momento; nos queda el humor. Ha aprovechado estos días de vacaciones para hacer un fantástico viaje por Internet a las islas donde no pudimos ir. Ha visitado un montón de hoteles, recorrido los lugares turísticos de interés, las playas de aguas cristalinas, ha paladeado nominalmente las ofertas

gastronómicas de sus reputados restaurantes, hecho sus selecciones de menú, de tiendas, de los itinerarios de las agencias, ha pescado todo lo que ha querido en la red y, en fin, se ha sentido virtualmente rendida de tantas emociones.

Ella también ha hecho del estar sola una estrategia para socializarse. Me pregunto si el autismo es contagioso.

Ha pasado una semana. Deseé no tener que recurrir de nuevo a este diario, pero ya me temo que va a convertirse en una especie de registro de mi vida matrimonial. Más que diario prefiero llamarlo contaduría, por aquello de contar (números, que siempre son historias, y muchas letras). Siempre me gustó escribir, caligrafiar la escritura. Me complace hacer la *e* de caracol y la *a* con su rabito. Suelo escoger palabras de trazado redondeado, como *ala* o *Candela*. Muchas veces, cuando estoy tenso, saco mis cuadernos y mi estilográfica y me concentro en el preciosismo miniado de las letras, arrastrando un diminuto pocillo de tinta; la punta de la pluma persigue las letras, que siempre la preceden; no es que la tinta componga la letra, sino que sigue el instinto curvilíneo de la letra, le rinde pleitesía al trazo, la letra se hace casi sola, le sigue la pluma y luego la mano que la sostiene, y el ojo lee el discurso que se hilvana ante él, quizá incongruente, pero plásticamente hermoso. La caligrafía —lo saben los maestros chinos— no es sólo una técnica, sino una forma de meditación. En el medievo, antes de la imprenta, los monjes rezaban transcribiendo los textos clásicos. No soy más que un copista enamorado sin futuro, un maniático amanuense, un tipo como aquel pobre Bartleby, perdona, pero preferiría no hacerlo, le diría a Candela en la cama.

A veces mi mujer ojea estos cuadernos y me mira como si estuviera loco, porque suelo repetir muchas veces un mismo trazo, caligrafío hojas enteras con un mismo símbolo a tinta, que parecen réplicas exactas entre sí, pero donde un ojo bien adiestrado en la percepción de los detalles, como los míos, establece enseguida parentescos diferentes, variaciones, pequeños apéndices, huecos, grosores. Dibujar letras, eso es, huir de la mutante realidad que nos rodea, para descansar nuestros sentidos en un universo estilizado; la semántica reducida a formas, la pintura del verbo, la escritura antes de la máquina y la tecnología, el amor de la caligrafía.

Candela, mi chispa, me pasa la ropa para que la cosa. Aquí todo

lo que se puede coser, se cose y se remienda. Lo importante es reciclar. Ella es una entusiasta del reciclaje. No hablo ya sólo de las bolsas de plástico, el papel, el cartón o el vidrio, sino de enseres mucho más impensables. Ha reciclado sabiamente el traje de boda en media docena de cojines de forro blanco satén. Ésta es mi Candela. Ya escogió el vestido pensando en los cojines que iba a hacer con la cola, las mangas y el corpiño. La ropa vieja la despedaza y la convierte en trapos de cocina; con una regla rota construye un matamoscas en verano, y en invierno hace de su capa un sayo. Guarda las pinzas rotas para encolarlas y hacer figuritas, es más apañada que una jarra de lata. Si pudiera hacer un tendedor con hilo dental usado, no dudaría en ponerlo en práctica. Ella odia el despilfarro, cree que todo es aprovechable, reutilizable, recauchutable. Y aboga por la lombriz americana, un bicho del que recientemente se ha descubierto que es capaz de engullir todo tipo de basuras y residuos industriales. Cree que es la solución del incierto futuro de la humanidad, y puede que no esté equivocada.

A menudo la libero de otras labores que le resultan pesadas, porque no las comprende, como planchar y limpiar los cristales. La minuciosidad, al contrario que a mí, la irrita. Ayer estuvo intentando pasar las cortinas por las dieciocho argollas, y como se equivocara un par de veces y viera que tenía que volver a empezar, descargó su rabia arrojándolas contra la puerta en el momento en que yo entraba. La trampa de Candela me cayó encima, me apresó, ha hecho de mí una medusa con aros, se ríe, lo siente, lo siente tanto, me saca de su celada, me mete en otra, sus brazos micifusos, en un segundo me hace creer en el futuro, me vende crecepelo, me pone un nombre nuevo, y yo soy el hombre bala, me meto en el cañón, yo soy el hombre indicado para colgar las cortinas, quien entiende de esferas entiende de aros.

En el Instituto donde enseño matemáticas escribo a máquina para guardar un poco las formas y disocio esa parte de mí que está deseando retroceder a la arcana ortografía y a los cuadernos lineados. Pero esto no importa. Lo que me preocupa es Candela (con dos *as* y una *e*). Y la casa.

La casa está bien. Quiero decir que ya no sufrimos los problemas que nos acosaban en el viejo piso que alquilamos en Delicias y en el que —aún no me explico cómo— vivimos cinco años. Yo no sé de

qué material de derribo era el sistema de cañerías, que reventaba por todas partes. Recuerdo tardes enteras achicando agua en la cocina o en el baño. A Candela le exasperaba mi lentitud, pero tampoco ella colaboraba mucho. Los primeros años no me cansé de insistirle a Candela de la conveniencia de mudarnos a otro piso. Ella, sin embargo, no parecía dispuesta a renunciar al lujo de tener la oficina enfrente de casa.

La otra razón que alegaba era su fobia a las mudanzas. Unos tienen fobia a los espacios cerrados, o a los abiertos. Candela tiene fobia a las cucarachas y a las mudanzas. Da igual que contratemos a unos mozos para que lo bajen todo al camión y nos lo lleven a la nueva casa. Su fobia tiene algo que ver con la ingente labor de inventariar, clasificar, ordenar rimeros de papeles inservibles, cartas, fotografías, recuerdos, revistas, recortes que forman un diabólico fárrago y que no acierta a deshacerse de él, y creo que lo que le espanta es tener que enfrentarse a la situación de revisar este cúmulo de pertenencias más o menos inútiles que ha ido adunando imperceptiblemente en los últimos años. Pero hay otro componente más, perfectamente irracional e imposible de precisar, y es lo que la fobia tiene de simple fobia.

Continuamos, pues, en ese piso calamitoso de Delicias, achicando inundaciones domésticas, martilleando en las cañerías. Todos estos desarreglos me crispaban tanto como a ella, pero la energía que consumíamos en combatirlos nos libraba de discutir otros problemas más importantes. Además de su amante y amigo, me convertía en enyesador, en fontanero, carpintero, electricista y no sé cuántas cosas más. Esto es clave para entender mi papel en su vida. Yo le arreglaba la casa. Hacía puzzles con las baldosas rotas de la cocina, y Candela admiraba la precisión con la que las encolaba y las ensamblaba de nuevo por las junturas. Solventé un problema de unión de dos tuberías en cruz sin saber nada del oficio, basándome en mis conocimientos de geometría euclidiana y aplicando el teorema de Cavalieri, según el cual dos cuerpos cualesquiera tienen igual volumen si todo corte de ambos a igual altura resulta en áreas iguales. Así deduje que el volumen de la intersección de los dos cilindros era el de un cubo, y construí uno de papel a la medida para comprobar la medida final. Y funcionó.

Dependíamos uno del otro; ella de mí para recomponer los

destrozos y yo de ella para tener una misión con que contentarla, o, mejor dicho, para contentar mi amor por ella y así, de vuelta, quererme más. Ya se sabe: uno hipoteca el amor a sí mismo a que la persona amada esté de acuerdo en concedértelo. Se antepone la convicción de que la otra persona está a gusto con uno para poder sentirse él también cómodo. Cuando amas no unes tu corazón: lo divides. La unidad es el ser indivisible, autónomo y pleno. El número uno contiene la sinfonía esencial de la totalidad. Para hacer dos, el uno se arranca a sí mismo la exclusividad, genera su paridad, deja de ser autónomo y se disgrega. El dos es la nostalgia irreversible de ser uno. Los amantes añorando fundirse en el coito.

En fin, rehacer la vivienda es como rehacer la vida. La vida que se nos cae a pedazos.

CAPÍTULO IV

Peor que estar casados es ser casados. Casa, casarse. Una palabra origina la otra. Uno se casa, entiéndanme, uno se moldea cuando se hace como un molde, uno se encama cuando es un hombre en la cama, uno se *casa* cuando la casa se le viene encima, cuando la casa le usurpa su identidad. Uno no se casa, sino que se *casa*. ¿Comprenden? Eso es lo que nos ha pasado a Candela y a mí. Nos hemos *encasado*. La casa nos ha desalojado de nosotros y nos ha metido en la dinámica de su casuística, nos ha encasillado, nos ha casado. Porque nuestros problemas comenzaron con el cambio de casa. Antes, con todas las cañerías, éramos felices en nuestra desdicha.

Todo es por culpa de mi abuela, que en paz descanse. Esta casa y el hecho mismo de casarnos. Mi abuela, una santa. En mi familia, el epíteto «una santa» (mi abuela) apareció siempre fatalmente encolado a mi abuela una santa. La santidad de mi abuela una santa fue una prótesis que paseó muy ufana durante toda su vida, una aureola de latón que le hacía tener que agacharse al pasar por las puertas. Su vida transcurrió rodeada de cofrades parroquianos y señoras de reconocida virtud, casi siempre viudas y nostálgicas de Franco. Ahora es la abuela-que-en-paz-descanse. Parece mentira el poder que tiene una abuela santa con un pie en la tierra y el otro en la tumba. Yo nunca quise casarme, ya se lo dije a Candela, vivamos juntos, sin compromisos, hagamos si quieres vida de casados, pero sin papeles, sin esa espada de Damocles. Candela comenzó a insistir en el último año. Que si ya éramos mayores, y no podíamos seguir así. Yo replicaba que así estábamos muy bien, y que para casarse hay que tener dinero. Es una idea común y convencional, pero

cierta. Para casarse hay que disponer de un aval para las hipotecas, hay que cotizar a la seguridad social, hay que tener el coche y el seguro y un mínimo proyecto de futuro. No teníamos siquiera una casa para nosotros. Mi abuela condenaba nuestra relación, sufría porque mi alma vivía en pecado mortal. ¿Y qué podía hacer yo? Cuando empezó su enfermedad afirmó, delante de toda la familia, que si no me casaba con Candela me desheredaba. La herencia era su casa. Toda santa, antes de partir al otro barrio, tiene que asegurarse de que deja plantada su semillita de bien en el prójimo. La nuestra ya está cumplida.

Hacer habitable una casa y construir una relación son dos cosas parecidas porque ambas necesitan mucho más tiempo del que cabalmente creemos. Poco o nada nos sirvió del viejo moblaje de mi abuela (que en paz descanse), que transpiraba un alma apolillada de beata franquista en la España negra. Todos los armarios parecían guardar dentro un cadáver con naftalina. Uno abría las puertas poco a poco, por si acaso, para poder coger lo que caiga. Vaciamos de nuevo los espacios y antes de pararnos a pensar lo que queríamos ella y yo, a discutir por dónde queríamos transitar, en qué lugares comer, dormir, gandulear, trabajar, antes de averiguar siquiera si coincidíamos acerca de dónde y cómo hacerlo, y cuál era la mejor manera de hacer del espacio un aliado y no un enemigo, Candela ya quería llenarlo otra vez, empotrar los roperos, desenrollar las alfombras, alzar los cuadros, alinear los estantes, colgar los espejos. Íbamos de tienda en tienda, un día probábamos diecinueve camas y catorce sillones, otro día mirábamos dos mil cinco sillas, analizábamos sesenta y ocho muestras de telas y azulejos, comparábamos, consultábamos, ésta no hace juego, ésta ocupa mucho espacio, demasiado moderna, demasiado clásica, demasiado elegante, demasiado informal, y luego a contratar a un transportista, sudando de aquí para allá, quien no ha pasado por esto no ha vivido en el mundo.

Me abrumaba con su prisa; si seguíamos así iba a estar lista mucho antes de que yo estuviera preparado para acogerla.

—Oye, ¿no piensas que deberíamos tomárnoslo con más calma?

Enseguida me di cuenta de que, por extensión, me refería a nuestra relación.

—Cuanto antes acabemos de armar esto, antes descansaremos,

Fil.

—Pues yo no puedo seguir a este ritmo.

—Entonces qué quieres.

—Meditar un poco.

—¡Ya está todo pensado! ¿Para qué vamos a darle más vueltas? Hay que tomar de la vida lo que hay. —Quizá también se refería a lo nuestro.

—¿Tú crees?

Había dejado caer los brazos. Estábamos en una difícil operación de desmontar una mesa que nos habían regalado y que no cabía por la puerta. Candela estaba sucia y con el mandil puesto, y seguramente de mal humor.

—No sé, vamos a dejarlo así, de momento —propuse.

—¿Así? —se desesperó—. ¿La pared a medio pintar? ¿La lámpara que se va a caer como no la sujetes bien? A mí me va a dar algo.

—¿Estás segura de lo que quieres? Puede que existan mejores soluciones que aún no hemos reconsiderado.

—Si espero a que tú tomes una decisión, Fil, podemos llegar a viejos. Y hemos esperado mucho tiempo para esto. Yo tengo treinta y dos años, y tú dos más. Creo que nos merecemos tener un lugar para nosotros.

Aprovechando que ha superado la gripe que cogió el día de la boda hemos salido a dar una vuelta por un centro comercial. Mientras ella hojeaba algunas revistas de moda y decoración, le estuve hablando de mi teoría semántica sobre el matrimonio y la alianza, que no es lo mismo. No sé si me prestó atención. Candela suele desconectar cuando empiezo con mis disquisiciones filológicas (y no digamos las pitagóricas), casi siempre censurables por un buen filólogo y por una mujer con preocupaciones más prácticas. En realidad, lo que intentaba con tanta etimología era transmitirle una visión algo esperanzadora sobre nuestra posición. Le expliqué que la palabra matrimonio había quedado desvirtuada por el uso, y que me parecía mucho más pura la palabra *alianza*. Porque alianza venía de aliarse, o al revés. No importaba. Afianza era el acto de aliarse (¡a fiarse! eso me hizo gracia: estábamos simplemente fiados, como dos aliados, lo mismo que una pareja se aparea). Este término tenía un matiz de complicidad que no tenía *matrimonio*. De ahí se

deducía (no quise ponerlo tan claro, para ver si ella se daba cuenta) que nosotros no estábamos casados, sino, en todo caso, aliados y liados. Ella dijo:

—Me apetece ir al cine.

Nos metimos en una de esas salas de centro comercial. Fue idea suya. Un film de tantos, con mafiosos repartiendo rafagadas de plomo, tortas y desparrame; a Candela le gusta ver de vez en cuando que otros también arriman candela. A la vuelta, estaba poco menos que indignada. Hablaba y hablaba sin cesar de cosas ajenas a nosotros, especialmente del marido de su prima, a quien acusaba de manirroto y embustero, y de su prima, que había dejado sus estudios para trabajar de modelo y ahora, con el embarazo y lo demás, tenía la carrera arruinada. Y yo, mientras tanto, trataba de adivinar cuál sería la causa de su enojo. En las diatribas de Candela el hecho desencadenante nunca forma parte de su trasunto. En todo caso, se manifiesta en un dato periférico y como casual, en una lejana alusión a algo que poco o nada tiene que ver con lo que critica y que cruza por la zona gravitatoria veloz como un meteorito. Por eso es por lo que con Candela uno se siente siempre como un aprendiz de astrónomo, con el telescopio preparado y asomado a la ventana de la noche para capturar el fenómeno infrecuente que le dé una pista para descifrar ese enigma abigarrado, la luminaria de misteriosa belleza que ha traído de cabeza a los hombres desde antes de Pitágoras: las mujeres.

Finalmente caí en la cuenta de que toda aquella tormenta la había desencadenado algo tan trivial como el papel de la chica de la película: una rubia en el peor sentido de la palabra. Cuando oí a Candela mencionar la palabra «mujer objeto» me asusté de veras. A Candela, la que yo creo conocer, jamás le han importado una higa esas cuestiones sexistas. Además, ¿por qué me venía con eso ahora, cuando todas las noches se tragaba dos o tres horas de telebasura?

En estas pláticas llegamos a casa. Me encontraba abrumado, más que por su discurso airado, por una pena indefinida, por un sentimiento de indefensión respecto a Candela. La cocina estaba hecha un asco, así que me puse a fregar los cacharros. Candela pasó al salón y allí estuvo muy callada un rato y sobre todo enojada. Hay algo íntimamente conmovedor en los enfados de Candela. Nunca grita, nunca pierde la congénita suavidad de sus modales; lo que

hace es entrecerrar los ojos, pone cara de china, o de felino, según. Es un gesto tan obsoleto (creo que se estilaba en los sesenta) que al principio hasta me hacía gracia. Cuando se enfada, Candela achina los ojos y se da a tareas inusuales, que son quizá las que más rabia le dan, como limpiar la escobilla del retrete, despelusar las alfombras o cortarle las uñas al canario.

Al fin, al acostarnos, justo antes de girarse para darme la espalda, noté que me miraba con despecho, y entonces, por la dirección de sus ojos achinados, comprendí de golpe todo el asunto. Recordé que durante la película, la rubia, al desnudarse de cintura para arriba, me había provocado una erección (hecho poco frecuente en mí en los últimos meses), y me di cuenta al momento que ella lo notó entonces porque —recordé— había alargado la mano para coger unas palomitas de la bolsa que yo sostenía entre las piernas. La mano de Candela no cayó precisamente en la caja de palomitas. Las mujeres *siempre* detectan nuestras erecciones. Ella no dijo nada, yo ni siquiera me di cuenta de que lo había notado. Que Candela me sorprenda en una erección casi de adolescente, cuando las cosas en la cama van tan mal entre nosotros, tiene mucho de sarcasmo. Hace tiempo que hemos dejado de hacer el amor y la culpa es mía. Estoy cansado y me resulta una tortura darme cuenta cada vez que lo intentamos de que no soy una persona sana o normal. Ella se siente culpable de que yo no sienta lo que debería sentir. Quizá cree que no me gusta lo suficiente, que me deja frío. ¿Y qué puedo hacer yo, si no soy apenas dueño de estas reacciones? Candela ya no quiere hablar más del asunto, la comprendo, lo hemos pasado ya bastante mal para seguir haciendo leña de árbol caído.

Lo que no hay forma de entender es por qué he acabado haciendo siempre aquello para lo que estoy por naturaleza incapacitado. Quizá la única lógica que se esconde detrás de todos nuestros actos es la de construir nuestro propio relato tragicómico para un supuesto espectador que llevamos dentro, un sátiro de paladar poco exigente y mordaz. Así se explica que me haya casado, que me haya dedicado a la enseñanza cuando yo podría haber vivido muy feliz en un laboratorio y descubrir la vacuna contra el cáncer, o contra el sida, esto hace que todas las mañanas me levante y recuerde que hay que volver a reírse porque no queda más

remedio, reírse, ya puestos, de todo, de si en plena ducha el agua caliente pasa a gélida, de si nos pillamos los dedos en el ascensor o un día vamos a visitar a una amiga y nos comunican que ha muerto.

No podemos contar con ser felices más del rato en que dura la tontuna amnésica de unas copas de coñac delante de la murria del televisor, satisfecho el estómago, o la felicidad consiste en una modorra placentera, un escaquearse al tiempo, en poner el dispositivo de la conciencia al mínimo, como quien deja un canal de radio al volumen justo para ir cayendo dormido con el abejorreo de las voces. Cuestión de sofás mullidos y periódicos suficientemente largos, y de tener aún curiosidad por saber lo que nos contará la página siguiente. Sobre todo de curiosidad. Curiosidad como la mía por Candela (el amor es, sobre todo, curiosidad por el otro) o la que siente ella por mí desde que empecé a ausentarme ciertas tardes, casi noches, los martes y algún que otro jueves, todavía novios, y nunca le dije adónde iba, y por qué era precisamente los martes, y algún que otro jueves, a qué persona iba a ver, si era una mujer, y en ese caso, por qué no quise hablarle nunca de ella, por qué me ruborizaba cada vez que me lo preguntaba, celosa, o por qué tuve que marcharme urgentemente dos veces precisamente en la víspera de la boda, que fue en sábado.

Curiosamente, no me acostumbro a que no haya inundaciones ni salten los plomos al encender la luz. Los grifos funcionan a la perfección. Ni siquiera gotean, y eso que son bastante viejos. La lavadora no se atasca ni aunque eches unas monedillas dentro (ya lo probé, por curiosidad). Recuerdo que en el viejo piso alquilado, cuando novios, Candela y yo pasamos una semana pesadillesca tratando de localizar la procedencia de un olor nauseabundo que invadía toda la casa. El problema era que la fetidez se extendía con tal rapidez y fuerza por cada habitación que era imposible detectar su origen. Fue una especie de psicosis. Y la que peor lo pasó fue Candela, la pobre, que es muy sensible a estas cosas. Esto de rastrear siempre se me ha dado bien, ya que es una actividad susceptible de ser desmenuzada, segmentada en trocitos de actividad más y más pequeños, acotando el territorio de búsqueda, convirtiéndolo en un sistema de celdillas. Así que dividí la casa en segmentos geométricos con un trozo de tiza y así escaneé la casa toda. Empecé cerrando las habitaciones para evitar que el olor se

propalase, y luego olfateé cada mueble hasta el último resquicio. Descubrí al fin que la fetidez se hacía más poderosa en el pasillo, y que sobre todo se intensificaba en la habitación del japonés. Llamo así a un altillo, un armarillo empotrado y alto donde guardamos un par de colchones porque no da para más. A Candela, mi lumen, le hizo mucha gracia la primera vez que lo designé así, de modo que quedó para siempre como *la habitación del japonés* (a uno le da pena verlos confinados en esos ataúdes, pero supongo que es porque no entienden el progreso). Allí descubrí un pequeño respiradero. Lo abrí y vi que pasaba junto al inodoro del piso de arriba, y que nuestros vecinos tenían también problemas de cañerías. Sellé la trampilla con silicona y el hedor desapareció. Y Candela, desde aquel día, me amó con más ardor y me dijo que quería casarse conmigo.

—¿Por qué? —le pregunté.

—¡Porque eres tan bueno…!

Con ser bueno (que no lo soy) no bastaba, eso ya lo supuse. Hacen falta tuberías mal empastadas, grifos trepidantes, un sistema de calefacción imprevisible y a prueba de alicates, cisternas rebeldes, toda la utillería de una confabulación doméstica.

Entonces todavía vivíamos en Delicias. Habíamos fijado la ceremonia con siete meses de antelación. Y a medida que expiraba el plazo fatal me sentía como un astronauta en la cuenta atrás de una nave que cuando está a punto de despegar comienza a dar síntomas de que algo va definitivamente mal y que puede que sí despegue, pero convertido en una bola de fuego. La señal que disparó la alarma fue, cómo no, el sexo.

Todo empezó porque al tiempo que se volvía vegetariana, Candela, mi llama, cobró cierta afición por lecturas esotéricas y cábalas. No se acababa de creer nada de eso, pero al menos se lo creía lo suficiente para sentir curiosidad, aunque no tanto como para no reírse al leer. En el Rastro se paraba a hojear libros de tapas viejas con ilustraciones de auras luminosas y santones barbudos, y luego nos metíamos en una de esas fondas que apestan a vinazo, dejando a un lado los fardeles y tenderetes, molidos por andar tan pocos metros entre la turba, y pasábamos buenos ratos discutiendo sobre esto y aquello, especialmente de numerología y cabalística. Una mañana compró una pulsera magnética de la cual aseguraba su

vendedor que le recargaba a uno toda su energía sexual cortocircuitada. Se notaba que el tipo entendía mucho de electricidad. Nos explicó cómo la alternancia magnética de los polos que se generaba en los dos extremos de la pulsera creaba un flujo iónico que restablecía el equilibrio energético de nuestro cuerpo, activando todas aquellas partes donde la corriente se hubiera interrumpido, y de modo muy especial en lo que respecta a la energía de la libido, que era la fuente primaria y esencial. Su pulsera Ero-kiro, probada con éxito en sesenta y ocho países, patentada y reconocida por prestigiosos especialistas cuyos nombres y reputación aparecían en el catálogo, todos ellos japoneses, se había demostrado como un poderoso remedio para toda clase de disfunciones sexuales.

Candela, divertida, le preguntó si, portándola ella, también me afectaría a mí cuando estuviésemos juntos. Así fue cómo me dio a entender que ya había percibido mi fingimiento. Aunque ya venía sospechándolo un poco desde que le había dado la manía de limar nuez moscada —un supuesto afrodisíaco— sobre mis platos de ensalada.

—En el acto amoroso —dijo el elocuente vendedor— la fusión de los cuerpos eléctricamente cargados hace que la energía fluya de uno a otro en un circuito cerrado que se retroalimenta. La pulsera Ero-kiro permitirá que haya buena conducción y el disfrute sea pleno.

—¡La compro! —rió.

La broma, que llevaba buena dosis de quinina, la puso muy alegre y yo pensé que, a fin de cuentas, no sería mala idea llevar a la cama un poco de misterio, brujería y mesmerismo. De momento me dio una idea. Le compré a Candela esa misma semana tres libros para que leyera en la cama: *El coito lumínico, Los trece polos erógenos* (incluye un dietario con los días del año de mayor receptividad sexual, según tu signo zodiacal), *Manual del kamasutra* y *¿Existe el orgasmo vaginal?* (Gran éxito en Estados Unidos). Ella lee todo lo que cae en sus manos, indiscriminadamente. Así que fue fácil tenerla entretenida mientras le llegaba el sueño.

Antes de referirme al momento en que la pulsera

Ero-kiro
comenzó a obrar prodigios debería hablar del respiradero del metro de la plaza Luca de Tena esquina con Delicias, porque todo va unido en una cadena de causas y efectos (aunque ahora, antes de explicarlo, parezca increíble): el amuleto erotizante, el respiradero del metro, por el que Candela siente una íntima repugnancia, nuestro turbulento noviazgo y el somier de la cama que se hundía un poco bajo el colchón.

Según uno baja por Delicias, para entrar en nuestra antigua calle hay que atravesar la plazoleta Luca de Tena, doblando una esquina a la izquierda, y es ahí donde uno se tropieza con el enorme respiradero del suburbano. Para ser exactos, no es una esquina, sino un chaflán (triedro en el cual dos planos normalmente perpendiculares son cortados por una intersección). La placa metálica que airea las emanaciones del metro se compone de cinco celdillas de ancho por nueve de largo, de un metro cuadrado cada una (en total, cuarenta y cinco metros cuadrados). Es difícil eludir ese paso, puesto que más allá hay un parterre con árboles, a menos que uno dé un rodeo por su lado más largo, primero a la izquierda y luego a la derecha. Lo usual en estos casos es abreviar cruzando el respiradero por su diagonal. Candela, en cambio, recorre los dos catetos del triángulo rectángulo en vez de la hipotenusa (o diagonal del rectángulo), cometiendo así una imperdonable infracción pitagórica. Más que repugnancia al aire que sale de allí, yo casi creo que es por miedo de que la placa ceda bajo su peso, o algo. Una manía como cualquier otra; las mías son peores. El somier que se hundía también es importante en esta historia, junto con la pulsera
Ero-kiro,
porque nos obligó a comprar una plancha de madera a la medida y a acarrearla varias manzanas, desde la tienda más próxima. Ninguno de los dos conduce (aunque llevamos unos cuatro años aprendiendo y olvidando juntos el código de circulación), y el único amigo que dispone de una furgoneta se encontraba fuera de Madrid. Contratar un camión de mudanzas para tan poca cosa no nos salía rentable. Así que ahí estábamos Candela y yo bajando aquello a trompicones y ocupando casi toda la acera de la calle con el dichoso tabloide de cama de matrimonio. ¿Para qué queríamos una cama de matrimonio si aún no lo éramos? No podía dejar de percibirlo como

una de sus maniobras de acercamiento a su objetivo.

—¡Te dije que trajeras los guantes, Fil! —rugió Candela detrás de mí, tambaleando la tabla para acomodarla a sus manos y cambiando constantemente de postura.

Era cierto. Me lo había dicho y yo lo había olvidado. Nos habría ahorrado muchas molestias.

—¿Por qué no los cogiste tú misma?

—Yo no sé dónde los guardas.

—Habérmelo preguntado.

—¿Es que tengo que preguntártelo todo? —me empujó un poco la plancha—. ¿Es que no puede salir de ti, por una vez en la vida, darme algo que puedo necesitar?

—Cálmate. Si guardaras tú los guantes no ocurriría esto.

—¡Si no me dejas guardarlos!

—Porque no los pliegas bien.

—Qué manía tienes con plegar. Los guantes no se pliegan.

—¡Cuidado con ese señor!

—Estamos haciendo el ridículo. La gente nos mira.

—Y a mí qué, la gente.

—Debería importarte más la gente. Ése es tu problema, que te crees que vives solo en el mundo.

—¿Nos van a detener por andar por la calle con una tabla?

—Podríamos haber llamado a Silvia, o a Jorge, que tienen coche.

—Olvidas que esta tabla supera en anchura la de la proyección en planta de un coche.

—Ya me estás cargando con tus geometrías y tus guarismos. ¡A mí qué me importa la proyección en planta de un coche!

—Eso no es geometría, eso es código de circulación.

—¿Estás estudiando el teórico sin mí? ¿Por qué no me has avisado?

—No he vuelto a abrir el libro. Esa parte la vimos juntos en abril del año pasado.

—No sé de qué parte hablas, pero me da igual. Ya me he olvidado de todo lo que aprendí. No hemos avanzado nada. En ningún aspecto.

Al llegar a Luca de Tena nos encontrábamos rendidos y sudorosos. Yo sólo quería llegar a casa cuanto antes para terminar

el calvario y desgargar el madero. Pude haberme desviado al llegar al respiradero, pero no lo hice, por acortar, y también un poco por venganza (fundamentalmente por venganza, y un poco por acortar). En cuanto sintió ella el firme metálico bajo sus zapatos se detuvo y tiró de mí hacia atrás. Yo me negué a ceder. Forcejeamos un rato, resoplando, obcecados, tirando cada uno para su lado, ella es tozuda y aragonesa, yo intentando que siguiera adelante, ella tirando hacia atrás, ambos dentro del aliento del escotillón, como dos acémilas unidas por un yugo que no se ponen de acuerdo en la dirección a seguir. Finalmente, di un tirón que la descalabró un poco, y pensé que iba a soltarme la plancha de golpe al otro lado, pero no lo hizo; sólo dio un pequeño gemido. Me volví y vi que se le había caído algo. Era la maldita pulsera magnética. Dejó la tabla y se agachó a recogerla. Pero no podía sacarla de ahí; había quedado enganchada, o quizá magnetizada al hierro. Todo el pelo se le enredaba en la cara con la corriente que subía, esa corriente que le producía arcadas.

—¿No querías caldo? ¡Pues toma siete tazas! —clamé.

Ella empezó a toser de asco y de sofoco, arrodillada, tirando inútilmente de la pulsera con esa crispación de quien ya no se para a averiguar cómo se ha enganchado, y repite una y otra vez el mismo movimiento exasperado e inútil, y allí mismo estalló a llorar. El aire le levantó la falda y la plegó por detrás, en la cintura, dejándole ostensiblemente al descubierto las bragas. Era un espectáculo penoso. Ella allí, encorvada, zangolotina, moqueando de rabia y desesperación, ajena a las miradas de la gente, luchando con aquello que no se sabía ni lo que era, y mejor así, con la lencería descosida de las bragas que le transparentaban las nalgas, en una postura humillante, estaba clamando auxilio. Alguien con un mínimo de piedad hubiera hecho algo, pero yo no me moví del sitio; estaba paralizado por dos sentimientos enfrentados, de un lado la tristeza de haber llegado a ese punto, de otro (más enterrado, como un escorpión en el fondo de la arena) una fría y vengativa complacencia en su dolor, por haberme privado de mi libertad. Así es como me di cuenta, con pasmo, que una parte de mí, inadvertida y quizás incontrolada, iba a hacer lo posible por hundirla y vejarla, y arrastrarla en el fango, y hacerle lamentar haberme conocido.

CAPÍTULO V

Tres días pasó en cama con fiebre, cefalea, quebranto de huesos y un terrible dolor de vagina. El médico de cabecera diagnosticó una infección vaginal con vulvitis, debida sin duda a la emanación viciada del respiradero. Uno, cuando la calma le devuelve el escepticismo, atribuye estas cosas a la mala suerte, o a la fatalidad. Uno tiende a creer que el perro muerde a quien más le teme porque le huele el miedo, cuando es lo contrario: le teme porque se huele que le va a morder, que va a ser él el escogido de entre mil para que el animal más inofensivo del mundo, sin que sepa nadie por qué, decida hacer una excepción. Candela temía ese respiradero porque intuía lo que iba a venir después.

La fiebre remitió al cabo de unos días con unos antibióticos de nueva creación, semisintéticos, llamados Clostridium 500. Decidimos, entonces, alegrarnos de que todo hubiera pasado. La invité a cenar a uno de los mejores vegetarianos de Madrid, y allí, entre copa y copa, riendo, se puso de nuevo la pulsera que había logrado recuperar en el infierno.

Y al volver a casa me susurró en el oído que hiciéramos el amor.

Nos desvestimos deprisa, y creo que me apetecía como nunca hacerla feliz, yo mismo sentía por primera vez mi sangre un poco alterada y pensé: «¡Demonio de pulsera!». Me subió una erección rápida, sin tocarla. Tan pronto como intenté penetrarla, Candela botó con un aullido de dolor. Su mano me arrancó el miembro de allí con una brusquedad humillante, como si se arrancase un cactus.

—Lo siento —dijo después de un rato de interminable y pesaroso silencio—. No quería herirte.

—Tampoco yo quería hacerte daño.

—Ya pasará. Habrá que esperar un poco, eso es todo.

—No esperes. Ve a un ginecólogo.

—Los hombres no sabéis lo que es eso. Te hacen subirte a un cacharro que te despatarra y lo pasas fatal. Y luego un tipo te mete una mano enguantada dentro. Es un suplicio.

—Ya has estado otras veces, y nunca te has muerto.

—Te voy a contar algo que me ocurrió la primera vez que fui a un ginecólogo, una de las peores experiencias de mi vida. Era una adolescente, virgen, por supuesto, y me moría de vergüenza. Recuerdo que llovía y estaba tan angustiada que iba por la calle sin acordarme de abrir el paraguas. El ginecólogo era un señor serio, me dijo secamente que me desnudara detrás de unas cortinas y me dio una toalla para que saliera con ella. Lo hice, pero la toalla se me cayó en cuanto me subí al potro ese de tortura, porque estaba temblando. Y no puedes imaginarte lo que me pasó.

—No me lo imagino —concedí.

—Pues que al abrirme de piernas se me escapó un sonoro pedo.

—Eso es normal, seguro que ya estaría acostumbrado. Yo le eché un eructo a la cara de un dentista, y eso era mucho peor, porque me estaba taladrando una muela a conciencia y estaba a punto de llegar al nervio.

—Pues yo no pude soportarlo. Me vestí a toda prisa, ante la mirada atónita del médico y me escapé corriendo. Pero aún no acabó la cosa. En la calle me di cuenta de que me había olvidado el paraguas en la consulta. Era un paraguas muy bueno, recuerdo de mi madre, que se compró en Venecia. Me presento otra vez ante el ginecólogo, pálida, con el corazón encogido, y le digo: «Perdone, es que he olvidado el pedo».

Aquello me hizo muchísima gracia, no pude evitar echarme a reír ante su expresión de pena, y resulté lo más ofensivo que puede llegar a ser un marido en una situación así. Pero no me guardó rencor. Intentó reírse un poco, conmigo, en un acto de bondad o candor que me estrujó el hígado, que es el órgano donde se localizan los humores del amor y el desgarro.

—Al final me quedé sin saber lo de la proyección en planta del coche —dijo.

Ésa es Candela. Cómo la quiero. Siempre sale por donde menos te lo esperas. Tiene el talento especial de reanudar una

conversación que uno creía olvidada, y la manía de dejar bien conclusas todas las conversaciones, aunque sea a plazos. Cuando se moría su abuela en el hospital pasó las dos semanas junto a ella tratando de resolver cuantas cuestiones habían quedado sin respuesta. Y como no podía ser de otra manera, la última charla que mantuvo quedó abortada porque antes de que pudiera cerrarla, la abuela se desvaneció y más tarde murió. Ya no pudo Candela seguir viviendo tranquila.

—La proyección en planta corresponde al capítulo de las partes del coche y en especial a los equipajes.

—¿También se meten con los equipajes? ¿Por qué tendrán que reglamentarlo todo? Que nos dejen llevar lo que nos dé la gana.

—No es aconsejable que un turismo cargue una piragua de forma transversal, por ejemplo.

—Qué cosas tienes. Una piragua se carga longitudinalmente, con luces de gálibo, como norma general.

—¿Estás segura de lo que dices?

Repasamos algunos conceptos básicos. Equipaje en el maletero, equipaje en la baca y en remolque. Características de dicho remolque, velocidades permitidas, restricciones a los vehículos con remolque, consumo de combustible con equipaje ora en baca, ora en maletero, ora en remolque.

—¿Crees que sacaremos algún día el carné juntos?

—Es posible. En un futuro a largo plazo.

La noche siguiente volvimos a intentarlo, hacer el amor, quiero decir, y no la guerra, pero a nosotros nos salía la segunda, y era una batalla tan perdida. Candela arrojó el código de circulación contra la pared.

—Estoy harta de normas —dijo.

Tomé uno de los libros de Ramakrishna o Kamasutra que tenía aún en la mesilla de noche, recuerdo de tiempos mejores, junto a una cajita de somníferos, signo del presente. Encontré un sugestivo pasaje que hablaba de las Zonas Erógenas Ocultas, que incluía un plano del cuerpo humano, masculino y femenino, con un abigarrado mapa de puntos y cruces, angulaciones, curvas, tangentes y segmentaciones, algo semejante a uno de esos tratados de acupuntura. Tales imágenes despertaron mis instintos pitagóricos, fui a buscar mi instrumental (un transportaángulos, un compás, una

regla, un escalímetro) e hice tenderse a Candela boca arriba, desnuda, como si fuera un cirujano dispuesto a operarla. Era divertido que ese libro de retórica tan vaga fuese luego tan exigente y quisquilloso en la ubicación de los puntos mágicos del placer. Un error de milímetros era errar el disparo, pero ahí estaba yo para hacer la reproducción exacta del dibujo a escala real.

Candela me observaba hacer mis cálculos con los ojos muy abiertos y se le ponía la piel de gallina cada vez que la punta del rotulador rojo señalaba un lugar.

Empecé por el vientre, que es un lugar espacioso y cómodo, pues así tensado quedaba más o menos plano, despejado de huesos y ondulaciones, y con el ombligo como punto de referencia.

—¿Qué haces? —me decía Candela.

—Erotismo euclidiano.

—Prefiero el clitoriano.

—Paciencia. Todo se andará.

La verdad es que, tras encontrar algunos de los puntos mágicos y estimularlos, Candela no parecía muy entusiasmada. Más bien comenzaba a impacientarse. Deduje que había un error en el libro y fui a consultar mi manual de aritmética pitagórica.

Según Pitágoras, había que buscar el centro armónico mediante una disposición aritmética de los términos. Tracé un triángulo cuyos ejes eran los dos pezones y el vértice del pubis. Así hallé el incentro o punto donde se cortan las tres bisectrices del triángulo, desde el cual debía producirse la razón sesquiterciaria con la que se empezaba a formar la sinfonía diatessaron. Probé a pulsar una de las cuerdas de las bisectrices y el efecto fue instantáneo: Candela se arqueó de placer. El acorde que produjeron las otras dos bisectrices formó un compás armónico. Abrió los muslos y se humedeció.

—Sigue dibujando, por Dios.

—No dibujo. Aplico geometría pitagórica, de la que tanto te burlas.

—Me da igual de quién sea. Pero no pares.

Hasta ahora, lo poco de mi pitagorismo que había conseguido imponerle a ella era que dejara de cagarse en el número diez, que es el número perfecto, el tetratkis: la suma de los cuatro primeros números enteros, que a su vez forman un triángulo equilátero que yo acababa de dibujar en Candela:

*

* *

* * *

* * * *

Por cierto, un espíritu observador notará que, además, uniendo los puntos entre sí se forman nuevos triángulos equiláteros, y puede que cuente nueve. Sólo el alma con tendencias verdaderamente autísticas percibirá al momento trece triángulos equiláteros en total.

Bien, me dispuse a buscar los tres centros que son contrarios al centro armónico y al geométrico, para, desde los opuestos, generar una nueva proporcionalidad de la razón inversa y contrapuntística. La respiración de Candela se hacía más pesada y yo demoraba mi erografía en su orografía; una recta aquí, otra allá, cada recta es la intersección de dos planos, cada punto, la intersección de dos rectas, o una recta de longitud cero.

Determinar sen A y sen B me fue de gran utilidad para hallar las demás trayectorias. Girando 60º un lado del triángulo obtenía otra recta esencial desde la cual, el punto D de máximo acercamiento estaba en la recta que unía A con el punto B. El punto G era el punto de intersección.

Punzado, emite un gemido de placer candelario, seguido de un orgasmo.

El médico de cabecera nos dijo que la infección vaginal había desaparecido gracias a los antibióticos y podíamos reanudar nuestra vida normal (así dijo, guiñándome y Candela y yo cambiamos una mirada de lado a lado). Era un alivio. No bien desapareció el doctor, Candela me llevó a la cama y me dijo, de excelente humor:

—Venga, hagamos vida normal, marido mío.

—Pero mujer, son las seis de la tarde.

—Cualquier hora es buena para normalizarse.

Me bajó la bragueta arrodillada en el suelo, y temí que su intención fuera hacerme una felación. En ese momento, en frío, con todo lo que estábamos pasando, me resultaba de mal gusto, casi humillante.

—¿Qué haces? Levántate. —Me aparté de ella.

—Déjame que te contente. Quiero hacerte feliz.

Le cogí la cara entre las manos. Me miraba desde abajo, con las

pupilas metidas casi por completo en sus párpados, como una burbuja que subiera en la liquidez oscura de sus ojos. La quería dolorosamente y me avergonzaba tanto como a ella de todo lo que nos estaba pasando.

—Ven, vamos a tumbarnos —dijo.

Se me ofreció con una especie de conmovedora devoción, como si hubiese sido yo el enfermo, la capacidad de entrega de las mujeres es algo increíble, en eso nunca nos pareceremos a ellas. Qué pena que Candela me entregara lo que yo no necesitaba.

La intenté penetrar muy despacio, guiado por su mano. Sus labios se abrieron como una delicada flor húmeda. Pero a medio camino ya leía en sus ojos como si le desgarrase las entrañas. Salí de ella y me eché a un lado. Era un doble fracaso, para una vez que funcionaba yo.

Nos quedábamos mirando al techo, penando (que viene de pene), descorazonados.

—Necesito más antibióticos —dijo ella al cabo de un buen rato de silencio—. Es posible que aún quede un residuo de infección. La terapia de antibióticos va despacio.

—Ha dicho el médico que estás bien.

—El médico no puede saber lo que hay ahí —replicó. Estaba a punto de llorar.

—Entonces ve a un ginecólogo.

No contestó. Señal de que al fin la había convencido. Ella me agarraba de la mano fuerte, sin mirarme.

—Qué puedo hacer por ti —dije.

—Vamos a una farmacia de guardia, a por antibióticos.

Bajamos a media noche y estuvimos deambulando un buen rato, más sosegados. El aire frío nos despejó un poco la cabeza. Me veía a mí mismo y a Candela, buscando la botica, como dos animales desamparados que se juntan para mejor llegar a alguna parte que aún ignoran, un lugar marcado por una cruz de esperanza, como puede ser una cruz verde iluminando un callejón oscuro y deshabitado. Yo también, a mi modo, buscaba protección en ella. Creo que a estas alturas, tanto ella como yo sabíamos que no era cuestión de antibióticos, ni siquiera de ginecólogos. Pero lo importante era sentir que hacíamos algo, no dar la batalla por perdida.

En la puerta de la farmacia de guardia, Candela tuvo un momento de vacilación.

—No podemos decir que es para una infección vaginal, porque me dirá que en ese caso debo consultar al médico. Y tampoco puedo decirle que consulté al médico, porque me pedirá la receta.

—Es verdad. Es mejor que volvamos a casa.

—No —dijo. Y entró con una ciega resolución.

La farmacéutica, en bata blanca, me pareció bonita y comprensiva. En su mirada leímos una invitación a acercarnos y decir qué deseamos (o qué deseábamos, visto que en las tiendas siempre preguntan, no sé por qué, en pasado, como si ya nos hubiéramos arrepentido nada más entrar de lo que queremos o quisimos).

—Me encuentro mal —dijo Candela con voz lastimera, en ese tono de confidencia entre mujeres, como cuando se encuentran en el sillón de la peluquería.

—¿Qué le duele?

—Me duele todo. Querría un antibiótico. Clostridium 500, por favor.

—¿Para qué lo quiere?

—Tengo… tengo un proceso febril.

—¿Gripe?

Asintió, agradecida de que le facilitase la labor. A mi espalda oí una voz grave que me ordenaba que comprobase mi talla y mi peso. Me volví y no vi a nadie.

—El antibiótico no sirve para nada en procesos víricos.

—Es bacteriano —objetó ella señalando su garganta, significando que estaba con el agua al cuello—. Me ha pasado muchas veces, es el mismo sabor y el mismo dolor. Clostridium 500 me lo quita. —Me buscó con la mirada pidiéndome una corroboración, un asentimiento.

La señorita de bata blanca nos miró con mala cara.

—Eso es matar hormigas a cañonazos. El Clostridium 500 tiene ácido clavulánico y Diacetil-midecamicina. Este último se creó porque los microorganismos aerobios se hicieron resistentes a la amoxicilina. Pero si la toma así, indiscriminadamente, sus gérmenes se harán resistentes al diacetil-midecamicina. Le recomiendo Clamicina 100, con amoxicilina.

Candela ya se había dado cuenta de que la mentira se le había complicado, y ocurre que no hay cosa que nos haga mentir con más tenacidad y furia que el ver nuestra primera mentira mal avenida. Apoyó los nudillos cerrados sobre el mostrador y dijo:

—¿Clamicina 100? Ya he tomado muchas veces Clamicina mucolítico 100 en casos como éste y no me hizo nada. ¡Quiero Clostridium 500!

—Pero es que Clamicina mucolítico 100 —dijo ella con agresiva paciencia de comercial— tiene, además de la amoxicilina propia del Clamicina 100, un compuesto de hidroxipropilmetilcelulosa para el mucolítico —tragó saliva—, y usted no lo necesita para nada, siendo de garganta y no de pecho.

—Vamos a ver —suspiró, fatigada, Candela—, si el Clamicina mucolítico 100 tiene hidroxipropilmetilcelulosa —lo pronunció despacio y con precisión, para demostrarle que a ella no la iba a desbancar con trabalenguas de alquimista— y no me hizo nada junto con la amoxicilina propia del mismo fármaco, ¿cómo ha de hacerme más efecto la amoxicilina del Clamicina 100 no mucolítico, sin la hidroxipropilmetilcelulosa?

Candela había conseguido llevar el asunto de la química y el sánscrito —donde la otra tenía ventaja— a la lógica universal de los aforismos y los teoremas lógicos. Bien se veía en ello que es una mujer inteligente.

—¿Tiene usted receta? —atajó ella.

La voz misteriosa seguía insistiendo, a mis espaldas, en que debía pesarme y comprobar si mi peso era el ideal, con una voz tan grave que se me antojó una amenaza. Eché una ojeada, de arriba abajo, al robot. Lo recorría un punto de láser rojo y su cabeza oblonga había sido pensada para mirar desde arriba al hombre más alto del mundo. Valoré la conveniencia de hacer lo que me decía, para tranquilizarlo. ¿Y si mi peso no era el que consideraba conveniente?

—No tengo receta —dijo Candela.

—En ese caso, no puedo darle el Clostridium 500.

—¿Y el Clamicina 100 sí?

—Eso es.

—¿Por qué? ¿Por qué uno no y otro sí, siendo los dos antibióticos?

—Ya se lo he explicado. Es por el diacetil-midecamicina. No se lo volveré a repetir.

—Mis microorganismos aeróbicos ya se tomarán la amoxicilina del Clamicina 100 como jarabe de eucaliptus.

—Clamicina 100 o nada —sentenció.

—¡Quiero diacetil-midecamicinaaaa! —gritó. Y agarró a la mujer por la bata y comenzó a sacudirla fuera de sí, en un auténtico ataque de nervios. Las manos de Candela estaban aferradas a ella con tal fuerza que no podía separarlas, y hube de saltar al otro lado de la barra (cuando ya Candela le tiraba de los pelos y aquello se convertía en una pelea campal) para evitar que ocurriera una desgracia.

Mal que le pesara, terminó yendo al ginecólogo. No ocurrió nada. Fue de la misma opinión que el médico: no había resto de infección ni nada que pudiera molestarla. Candela comenzaba a angustiarse. Cada noche me pedía que lo intentara de nuevo. Para mí aquello era un infierno, un flagelo continuo. ¿Por qué no estarnos tranquilamente el uno junto al otro, sin preocuparnos del sexo? Los elefantes apenas fornican, porque la hembra se pone en celo una vez al año, y el macho, para averiguar cuál es el día señalado, se pasa los trescientos sesenta y cuatro días restantes (exceptuando los años bisiestos) oliendo sus meadas. Qué vida más envidiable. La mujer, en cambio, es el único mamífero que está en celo todos los días del año, lo mismo los días fértiles que los no fértiles. Los etólogos explican este curioso fenómeno alegando que la evolución propició esta característica de las mujeres para garantizar la fidelidad del hombre (pues de otro modo sería un picaflor, siempre buscando una hembra en celo con la que desahogarse) y con ella la unidad familiar. En lo que no pensaron estos etólogos es que así la mujer también se convierte en un ser promiscuo y con tendencia a cambiar de amante, aunque esto no favorezca la unidad familiar, es decir, la preservación de la especie. El enigma queda sin resolver.

Estaba seguro de que a Candela ni siquiera le apetecía el sexo, pero no podía sustraerse a la presión social que nos incita, explícita o implícitamente, a la búsqueda del placer a cualquier precio, y ésa es la vida normal, que decía el doctor.

Para normalizarnos lo intentábamos una y otra vez. Después nos

quedábamos un montón de tiempo insomnes, cada uno culpándose a sí mismo. Al cabo de una semana me negué.

—Hazlo por mí —suplicó.

—He dicho que no. Ya está bien, hombre.

—Me estoy tocando y no me duele. Mira.

No me molesté en mirar. Le dije:

—Eso mismo dijiste ayer y luego aullaste.

—De placer, tonto.

Tiraba de mí, y yo sentía el contacto frío de su pulsera Ero-kiro, y me cagaba en todos los demonios.

—¡Basta ya de vejaciones! ¡Yo también soy humano, y tengo una limitada capacidad de aguante!

Mi crispación la asustó un poco; no suelo enfadarme nunca, ni mucho menos gritar.

—Qué vamos a hacer —suspiró—. Todo es por mi culpa.

—Qué tontería. No empecemos otra vez con el martirilogio.

Yo sé que en ese momento pensaba en la boda, que habíamos fijado cuatro meses atrás (antes de comprar la pulsera, y la tabla del somier) y nos faltaban otros tres para consumarla. Ya estaba todo organizado y no nos sentíamos con valor para parar el diabólico mecanismo, asumir nuestro fracaso y dar una explicación, cien explicaciones.

—Hazme dibujitos pitagóricos —me pedía, buscando una forma de reconciliación.

—No tengo ganas. Venga, vamos a intentar dormir.

Aún no habíamos empezado a hablar y Candela ya estaba llorando. Venía preparada para llorar, y lo habría hecho aunque el tipo que nos observaba detrás del escritorio tuviera el aspecto menos paternal del mundo, aunque fuera un vampiro con ojos de garduña y embozo negro, cuando las cosas caen en estos arrabales, y ella viene dispuesta a llorar, lo hace ante quien sea, así que fue entrar en la consulta y antes de tocar la silla tocó el paquete de kleenex.

Continuó así un buen rato, unos diez minutos. El psicólogo no quiso interrumpirla, le dio luz verde para que se desahogara a sus anchas antes de empezar; de niños nos reprendían si la llantina duraba más de dos minutos, y ahora él estaba deshaciendo esa

ardua y vieja disciplina, de niños quizá debieran habernos dejado berrear todo lo que quisiéramos y ahora la vida pasaría por mejor, sin tablas para el somier ni manuales de sexualidad mántrica.

También es posible que, en principio, viniera a llorar cinco minutos, y al encontrarse ante el rostro aquiescente de ese hombre que seguramente era un buen marido (sobre la mesa estaba la foto de su mujer y su hijo), con la mirada que inspiraba serenidad, las manos grandes y prudentes que le daban de cuando en cuando un oportuno apretón de manos para respaldarla, descubriera que necesitaba otros cinco más.

Me sentía un poco oprimido en esa sala, mi mirada sorbía una mala reproducción de *Las espigadoras* de Millet, buscando un reposo. También reparé en la pequeña colección de música que guardaba en un estante con el epígrafe RELAJACIÓN, una mescolanza de pésimo gusto y hasta ofensiva para un melómano: Kîtaro, Nana Mouskori, *Scherezade, El clave bien temperado* y baladas de Richard Clayderman. Nunca me he llevado bien con cierta clase de individuos que afirman gustar de la música clásica porque les relaja, como si fuera un valium (Bach) o les alegra porque lo encuentran «animado» (Mozart, Vivaldi). ¿Y cómo catalogarían a Beethoven? ¿Euforizante? Lo cierto es que a Beethoven se le escucha poco, si exceptuamos su *Para Elisa* en la versión niponizada que Telefónica ha hecho tan popular en sus contestadores. Si los muertos levantaran la cabeza.

De momento, no creo que le estuviera dando una buena impresión al psicólogo: mi mujer llorando a mi lado y yo sin inmutarme. Tampoco tenía ganas de abrazarla como un buen compañero y hacer una pantomima de nuestro noviazgo. Sólo quería que Candela se serenara. La sesión duraba cuarenta y cinco minutos, y costaba ocho mil pesetas; cada minuto valía un número de pesetas equivalente a 177,7 periódico puro, que es un modo de cobrar infinito por minuto.

También es cierto que una lágrima de mujer no tiene precio.

El psicólogo, Javier Díez, tenía probablemente un paquete de kleenex en reserva, por si se le terminaban a Candela.

No hizo falta. Ella recuperó la compostura y el don de la palabra para explicarle cuál era nuestro problema. Lo primero que dijo el otro es que se trataba de un conflicto muy común en las parejas,

incluso de las que llevan muchos años viviendo juntos. Debo decir que Candela habló de su posible *vaginismo* (con lo cual se autodiagnosticaba y posiblemente condicionaba el enfoque del asunto), pero no de lo demás, es decir, no de que su prometido es autista, que la obligó a cruzar el respiradero del metro y que se van a casar dentro de un par de meses.

—Cada vez que intenta entrarme me duele terriblemente —aclaró—. Los médicos me han dicho que no tengo nada, que es psicológico. Fil no quería venir aquí.

—¿Por qué no? —se dirigió a mí—. Es un problema que les afecta a los dos.

—No me parece bien —dije, por decir algo.

—¿Qué es lo que no le parece bien? ¿El problema? ¿Venir los dos? ¿O que les afecte a ambos?

—Contárselo a un extraño —se adelantó ella—. Cree que son asuntos privados que debemos solucionar nosotros mismos.

—Es normal que se den este tipo de resistencias —observó él.

—¿Qué resistencias? —inquirió Candela.

—Bueno… a veces uno tiene buenas razones para no querer solucionar un problema, cuando a resultas de él obtiene un beneficio secundario.

Nos quedamos callados y pensativos. No sé lo que ella pensaría; yo me di a imaginar que ocupaba su puesto, el del psicólogo, y que venía a mi consulta una pareja como nosotros, gente que ante todo desea ser feliz.

«—¿Ustedes tienen un problema de pareja?» —les diría—. «Entonces mi consejo es que se vayan cada uno por su lado. Y no se busquen otra pareja si va a traerles problemas. Háganme caso, no se emparejen para ir a un psicólogo de pareja, ahórrense el dinero y el mal rato».

«—Es cierto» —dirían ellos—. «Cómo no nos hemos dado cuenta antes».

Allí mismo podríamos hacer la ceremonia de despedida:

«—Fue estupendo haberte conocido.

»—Sí, la verdad es que pasamos buenos ratos.

»—¿Te acuerdas de cuando se nos incendió el horno y sacamos un pollo carbonizado con espuma de extintor?

»—¿Y el día que te cargaste mi Peugeot contra una farola?

»—Lo curioso es que ya me había acostumbrado a tus ronquidos.
»—Y yo a tu mala leche por las mañanas.
»—En fin, todo lo bueno se acaba.
»—Eso parece, querido.
»—¿Tú por dónde vas?
»—Yo por Atocha.
»—Yo por Recoletos.
»—Entonces no me viene bien llevarte.
»—No te olvides de pasarte por casa para recoger tus cosas.
»—Hasta siempre».

Creo que sería muy bueno para convencer a cualquier pareja de que no tiene futuro. En dos o tres sesiones como mucho desmontaría todos los falsos mitos que se han creado, los conflictos latentes que se ocultan, la agresividad camuflada, el miedo, sobre todo el miedo de vivir juntos. Mi terapia se diferenciaría de todas las demás en eso. «¿Tiene usted problemas de pareja?», diría mi anuncio. «Venga a vernos. Entrarán juntos y saldrán separados». Si alguna pareja se me resistiera, o mostrase una decidida voluntad de permanecer unidos, les daría mi beneplácito para seguir, así sólo las parejas crónicas e irreversibles seguirían adelante con ciertas perspectivas de éxito.

«—Bien» —les diría—, «nunca van a formar una pareja tan buena como Fred Astaire y Ginger Rogers, pero creo que sobrevivirán a esto».

Una pregunta directa del psicólogo me bajó de la nube.

—¿Cómo han sido las relaciones sexuales entre ustedes antes de que padeciera la infección? —se dirigió a Candela.

—Bien —dije.

—Regular —dijo ella.

—¿Bien? ¿Regular? —Sonrió—. ¿En qué quedamos?

Candela me miró como disculpándose por lo que iba a decir y al mismo tiempo pidiéndome permiso para hacerlo.

—Creo… creo que él no disfruta demasiado. —Volvió a mirarme, buscando una confirmación, un apoyo.

El psicólogo adoptó una postura de comprensión, inclinándose un poco hacia ella y cruzando las manos.

—¿Y a qué cree usted que se debe?

—Seguramente no le atraigo lo suficiente.

Ahora era yo el que tenía ganas de llorar, pero nunca lloro ante extraños ni ante conocidos.

Candela miraba el paquete de Fortuna que había sobre la mesa. Le pidió permiso para fumar. Javier le encendió el cigarrillo.

—Es un mal momento para volver al tabaco —le dije.

—Necesito un cigarrillo, eso es todo.

Tragó el humo y cerró los ojos, disfrutándolo. No le dio descanso. En tres minutos se lo ventiló.

—¿Qué dice usted a todo esto? —me dirigió una mirada amistosa.

—Yo no digo nada. Soy autista.

Sonrió como si fuera un chiste con un poco de quina.

—El vaginismo —explicó—, es una respuesta involuntaria ante un estímulo amenazante.

—Mi pene no es gran cosa. No creo que suponga amenaza para nadie.

—¿Cree que lo tiene demasiado pequeño?

—No he dicho eso.

—¿Vio alguna vez el pene a su padre?

—No creo. Mi madre trabajaba en la catedral de Friburgo, de ama de llaves —mentí—. Un día que bajaba del campanario por la escalera de caracol, a primera hora de la mañana, cuando no había nadie, se cruzó con un señor un poco gordo. Tenga en cuenta que son unas escaleras muy estrechas. De ese cruce nací yo. Mi padre desapareció antes de que tuviera tiempo de verle el pene. Ni siquiera creo que viera el mío, aunque este hecho hubiera sido de una indudable intrascendencia.

Candela me propinó un pisotón por lo bajo.

—Además, es falso que Candela no me guste. Estoy loco por ella.

Me volví. Le hacían candelillas los ojos. Sabía que lo decía de corazón. Eso me puso de buen humor.

—Qué guapa eres.

—Tú también.

El psicólogo se echó a reír. Era también un modo de decirnos que la sesión había terminado. Pero a mí ese tipo me importaba una higa y media. Le cogí la mano a Candela. Sonreía de nuevo, mirándome con esos ojazos saltones.

—Niña de mis ojos.

—Bomboncito.
—Fruta del bosque.
—Cosita de mi arma.
—Mi empanadilla.

Lo del sexo, después de muchas discusiones y crisis, que estuvieron a punto de dar al traste con todo, y agotar nuestras energías, decidimos olvidarlo a la espera de tiempos mejores. Para mí no era un problema en sí, sino por ser un problema para Candela. Aunque reconozco que la cuestión me inquietaba un poco, al margen de ella. Cuando algo me inquieta empiezo a darle vueltas, y mi modo de razonar es casi siempre concéntrico y aforístico: el huevo o la gallina, el sexo con Candela o el sexo en general. ¿Tenía mi frigidez una causa, un nombre (Candela) o podía adoptar cualquiera? Quizá parezca absurdo desconocer de uno mismo hasta una inclinación tan primaria como la sexual. Al menos me asistía el derecho a dudar de algo así cuando nunca estuve con otra mujer, por entonces. Yo sólo conocía una forma de amar de entre todas las posibles, y es la que me había inspirado ella. Así que era natural que me preguntara si mis males empezaron con ella o ya los arrastraba de antes, caso este último con peor solución para Candela, aunque a mí me era bastante indiferente. ¿Para qué quiero necesitar el sexo si no lo necesito? No querer algo no es nunca una desgracia, en todo caso lo sería querer querer y no poder querer, pero el que no quiere algo de verdad tampoco quiere quererlo, como el que no cree es porque ni cree que pueda estar equivocado ni necesita creer. Para Candela, en cambio, sí era un problema mi falta de deseo o mi falta de deseo por desear. Más fácil de remediar para ella, aunque también más humillante, sería si mi indiferencia fuera estrictamente hacia ella. Podríamos encontrar entre los dos la manera de estimular este deseo latente sencillamente interpretándonos en papeles distintos. Las mujeres, si en algo son expertas, es en metamorfosear su imagen, cambiar de aspecto para que nos parezca que las podemos descubrir por primera vez. Pero me temo que Candela ha hecho ya tantos esfuerzos por intentar renovarse a mis ojos, convencerme de que con cada estación muda de color, rompe una crisálida, y es una nueva mariposa, y ha tropezado tantas veces con mi desesperante indiferencia («¿Quieres dejar de mirarme con esa cara de pánfilo y decirme si te gusta mi

nuevo vestido con escote, o me hace más gorda?») que ya ha claudicado. *Mea culpa*. En general, me desconcierta que cambie de peinado e incluso que utilice expresiones que no usaba antes. Me cuesta mucho esfuerzo adaptarme a estas novedades, y una vez que he conseguido fijar algo parecido a la impresión de belleza en su último corte de pelo, ella decide que ya es hora de teñírselo con tonos caoba. Claro es que lo hace por gustarse ella más, pero, ¿si está todo el tiempo —digamos, cada mes— cambiando su imagen, no será porque en el fondo le desagrada la suya propia o está buscando en estas continuas metamorfosis una forma de ser una persona un poco diferente a la que es? Esto último lo comprendería mejor. Creo que todos nosotros necesitamos salir de la prisión de nuestro yo, ser otra persona, sentir y percibir de otra manera, por eso nos dejamos contar historias en el cine, en la televisión, en el teatro o en los libros, durante un rato nos metemos en la piel de un personaje, vivimos el encantamiento de estar en otra piel, en otro tiempo y otro lugar. Y cuando termina el drama y nos sentimos dentro de nuestros viejos zapatos, suspiramos un poco con añoranza y olvidamos enseguida. El hastío de uno mismo o la ingratitud de los espejos. Hay quien para evitarlo, como yo, intenta escribir una novela, pero acaba haciendo un diario, porque no sabe inventarse un personaje que le sustituya en este cochino mundo o que le haga siquiera un poco de compañía. Y precisamente otro intento de escapar de nuestras estrechas fronteras, ampliarse y ser otro es la exasperada voluntad del sexo. ¿Puede un autista escapar de sí mismo? ¿Cuál es el sexo de los autistas?

Para averiguarlo me fui de putas. Pero esto merece un capítulo aparte.

CAPÍTULO VI

La costumbre de acecharlas de lejos me enseñó lo cerca que anda la compasión de la repugnancia. Al menos, en la forma en que intentamos poner razones a algo que está casi más cerca del miedo. Me llevaba a ellas —siempre a cierta distancia, lo que ya hacía sospechar de que algo andaba mal en mí, como aquel adolescente que desprecia las revistas pornográficas después de hojearlas deprisa, mirando a los lados por el temor a ser descubierto en pleno delito— una mórbida curiosidad. Ya de adolescente empecé a cuestionarme si mi escasa apetencia sexual no sería la punta del iceberg de algo peor.

De la repugnancia podría hablar mucho, las faldas reventonas, los muslos desvalidos, los sexos trajinados, la desmañada pastosidad de sus caras, la obscenidad contenida en la jocosa ostentación de su impudor, y así, entre estas viejas razones, iba pasando inadvertidamente a otro sentimiento más grato a uno mismo, más fácil de sobrellevar, como es la compasión, incluso la melancolía —cuánta soledad en aquellos taconeos por las aceras desgastadas, qué deterioro de la estima propia se escondía en su desparpajo, sus risas y sus maneras procaces, si en el fondo esas mujerzuelas, perdón, esas mujercillas, la miseria; ten misericordia de nosotros.

Nunca reconocí el menor deseo por mi parte y me decía a mí mismo, falso y condescendiente: «Sentiría que abuso de ella».

Pensando en Candela y buscando el puterío, fijada ya nuestra fecha de bodas (lo que son las cosas: hay que esperar a casarse para ser adolescente), tropecé finalmente con el Club El Tambor Alegre, candilejas mortecinas señalizando su lugar en la noche de un callejón largo como el dedo de la parca, al final de un largo paseo

en solitario recorriendo un trayecto mil veces frecuentado, sin candilejas, sin farolillos, sin candelas, porque uno se distrae así cuando no tiene otra cosa mejor que hacer y acaba ocupándose de sí mismo, que es la ocupación más improductiva y recurrente.

En la barra una mulata híspida de expresión apacible y feliz esperaba la clientela escuchando la cadena Dial. Pedí una cerveza y murmuré en algo semejante a una pregunta si era «un local de alterne». Me dijo alegremente que sí, mi lindo, y enseguida me dio a entender que mi timidez y aquello del «local de alterne» le gustaban. Después se puso a bailar deslizándose de un lugar a otro, sacudiendo la cabeza y canturreando algo que, según pude identificar, no tenía nada que ver con la canción de la radio, pero sí con el ritmo de su cuerpo (que, por tanto, tampoco tenía que ver con aquélla). Había flores por todas partes, azucenas, dalias, jazmines, y una jaula enorme con varias docenas de periquitos, muchos de los cuales permanecían fuera, besándose sobre los finos alambres y mirándonos de lado, como miran los periquitos y casi todos los peces. Era un lugar irreal e incongruente. La mulata alegre deslizándose en la penumbra, yo con mi cara de zoquete mirándome desde el espejo, los periquitos coreando una balada de la Flores. La mulata me sirvió una copa casi sin permiso, me cogió las manos y me transmitió su contento sacándome a bailar sin testigos. Era fea y casi vieja. Pensé que estaba loca, pero yo también lo estaba. De todas formas, no bailamos.

—Querría… querría ver a las chicas.

—Son fabulosas. Has elegido bien.

—Aún no he elegido nada.

—Lo harás. Se están arreglando. Ahora mismito bajan, cariño.

Subió por una escalera de caracol sordamente enmoquetada de azul y agujereada de tacones, sin perder su aire jovial. Oí algunos rumores y risas procedentes de arriba. Quizá les hubiera contado un chiste y yo era su protagonista. Eran aún las nueve y debían de acabar de abrir. No sabía aún si había yo ido allí para algo más que curiosear, así que me sentí algo corrido porque de algún modo ya me estaba comprometiendo (ellas se preparaban para presentarse ante mí, como esclavas que se exhiben en el mercado ante un patricio rico y solitario). Eclipsarse de allí me pareció lo más sensato e indecoroso. Nunca he sabido negarme a comprar algo

después de preguntar el precio y comprobar que funciona o que es agradable al tacto, creo que ése es uno de mis principales problemas de relación, quiero decir, si supiera tolerar el gesto de crispación del dependiente o la dependienta y devolver a la estantería un cacharro bonito y digno de ser comprado sin rechistar por alguien de buen gusto y sensatez, entonces sería probablemente un tipo con muchos amigos, una agenda llena de números de teléfono, no me habría casado con Candela y ahora no estaría en un puticlub sufriendo por no poder largarme después de haber sido amablemente invitado a un baile. Me quedé contemplando la forma sincronizada de moverse de los periquitos, como diminutos autómatas, la rotación de sus cabezas sin cuello aparente, su abstruso lenguaje. ¿Qué se dirían? ¿Cómo verán el mundo? La mulata volvió y me dijo que ahorita mismo bajaban, cariño (de nuevo). Ya no sabía cómo disculparme e irme.

—Es que a mí me gustan jovencitas —dije.

—¿Buscas a tu hermanita? —se mofó dándome un codazo simpático.

—¿Qué hermanita? —dije antes de poder pararme a pensar en su broma.

Enseguida bajaron las lumis. Las miré de reojo, sin querer reconocer a la más joven. Parecían también contentas y fueron a sentarse junto a la barra, no muy lejos de mí, advirtiendo mi presencia pero sin darle mucha importancia, desfilando con cierto descuido no exento de encanto, las tres cruzadas de piernas, pizpiretas, exhibiendo sus medias, conversando y riendo, todo ese ambiente de familia feliz con música de Dial me estaba crispando los nervios, parecía una tomadura de pelo, y yo, mientras tanto, mirando para otro lado, huyendo de los espejos frente a la barra. Una de ellas se acercó a mí.

—¿Qué te pasa?

Le dije que estaba tranquilamente tomando una copa. Me temblaba la voz.

—Anímate, hombre, no estés solo.

Me volví. Ella tenía el mentón apoyado contra los puños y una cara de niña astuta que se divierte cuando asusta a los desconocidos. Parecía fuerte, sincera, parecía una chica que pudiera ser mi amiga, una vieja compañera de Universidad que me parase a

saludar por la calle y hubiera olvidado su nombre. Una melena de crenchas negras, la nariz larga, firme, los labios delineados con la pulcritud de quien aún se siente joven y exigente.

No sabía qué hacer. Me acordé de que un conocido que solía frecuentar los lupanares, el primero que me animó a seguir su ejemplo lenocida, me dijo un día «sobre todo asegúrate de que ponen sábanas limpias». Como no sabía qué decir, se lo pregunté directamente. Me miró reprobando duramente mi grosería.

—Pues claro. Qué te has creído tú.

—Perdona, no quise decir eso. Es que estoy un poco nervioso.

—¿Nervioso? —sonrió—. ¿Por qué?

Empezó a peinarme con sus uñas largas. Me echó el flequillo a un lado.

—¿Qué haces? —le aparté la mano.

—Estoy comprobando si me gustas.

—¿Cómo?

—Aquí decido yo.

Me miró de arriba abajo. Me sonrojé. Eso la divirtió bastante.

—¿Es la primera vez?

No contesté. Ella asintió, poniendo fin a su inspección, dándome a entender que había sido felizmente aceptado en el club de la alegría. Me tomó del brazo y me llevó arriba.

Entramos en una salita penumbrosa y escenográfica, un decorado de techo bajo con una cama plegable al fondo. Tras las cortinas se entreveían docenas de cajas de cerveza. El suelo era de moqueta. Por el olor deduje que acababan de quemar incienso. Qué extraño era todo. Ella puso sobre el sofá una especie de botiquín de primeros auxilios, abrió la cremallera y empezó a sacar su instrumental quirúrgico de placer.

—Desnúdate.

Me pasó por la boca un fugaz beso y me dejó ahí plantado, absorto, mientras se desnudaba en un pispás.

—Me llamo Auxiliadora. Mi madre fue monja.

Lo dijo todo seguido, como si mi madre fue monja fuera su apellido. Se ve que estaba acostumbrada a añadir esa aclaración, para ahorrar equívocos.

—Puedes llamarme Dora —añadió—. ¿De qué signo eres?

—Escorpio.

—Así que eres un escorpión solitario.

No sé cómo me vi desnudo y sentado en un bidé, ante la aterradora concreción de su cuerpo en pago, donde me lavó los genitales y empezó a estimulármelos, ni cómo acabé recostándome contra su piel olorosa, puede parecer una licencia poética, pero es la pura verdad: olía bien, y me corrió por las vértebras un miedo cerval a que Candela percibiese aquella noche en mí un resto de ella.

Creo que lo que me ayudó fue algo así como la carencia de expectativas. Esa mujer no esperaba de mí, como Candela, un milagro. No me estaba probando una vez más. Lo primero que pensé es que en el fondo, habiéndola pagado, le daba exactamente igual que mi sexo se irguiera o no, y esto me liberó de cierta responsabilidad o angustia. Todo empezó a funcionar como si fuera lo más normal del mundo, y yo lo asumí sin sorpresa, de modo que seguí adelante, concentrándome en examinar y reconocer ese cuerpo que se me ofrecía y abría despacio exactamente como un animal reconoce a uno vecino, se deja olfatear y se le muestra que pueden ser amigos.

Lo hicimos parsimoniosamente, como dentro de un sueño; un beso dentro de un beso, un cuerpo dentro de un cuerpo (es falso). Su cuerpo yaciente y mullido, sus brazos largos, abultados en los hombros, a ratos fríos y lejanos, llenos de una carnosidad maternal. Me atrapaba en el cepo de sus muslos gruesos, pero para mí ella era sólo aquel rostro que me miraba con una media sonrisa en la semioscuridad y me parecía verídico por momentos, cercano. Me quedaba mirándola desde abajo mientras lo hacía, contemplando su escorzo desnudo, como quien mira una escultura de una deidad de la tierra, una Venus de la fertilidad, piadosa e impía; la forma que le bailaba su pelo borrascoso, y cómo iban mudando las expresiones de su cara, el rictus vago de la boca, la mancha negra de los ojos, rabiosa de placer imaginario, tanteando, coleando el pubis.

Me encontraba como un plácido espectador de una obra que tenía lugar con mi parte y mi consentimiento pero con cierto distanciamiento brechtiano. Auxiliadora le ponía al asunto verdadero sentimiento, era como una mala actriz que se mete en el papel con tal énfasis que se pierde ella misma, comenzaba a gemir y acababa gimiendo, la respiración le salía más entrecortada, y ni ella

ni yo recordábamos quiénes éramos (un autista, una puta), ni dónde estábamos, ni cómo habíamos llegado allí. Nos entregábamos intensamente a la pelea, a un asunto de manos y pies, a aplastarnos sexualmente, sin normas, un poco a ciegas, y en algún momento nuestra desesperación se tocaba sin palabras.

Permanezco insomne junto a Candela, flor del castaño, noto su aureola candélica de calor, su luz de vibrantes candelas junto a mí y de momento no me atrevo a tocarla, no me atrevo a moverme siquiera por miedo a desvelarla. Ayer estuvimos discutiendo hasta muy tarde y dentro de un par de horas ha de levantarse para trabajar. He observado que en este último tramo de la madrugada tiene un sueño vaporoso y ligero, y si pierde el sueño ya no lo recupera más, y luego se pasa el día lamentándose de que no ha dormido bien, y suele ponerse de mal humor. Cuando Candela pasa un día de mal humor y regresa a casa por la noche suele discutir; si discutimos, tenemos para rato, y cuando le ponemos fin se nos ha hecho tarde. Lo peor es que las discusiones auténticas nunca acaban: se dejan por agotamiento, pero uno siempre se queda con la sensación de que se ha interrumpido en el peor de los momentos posibles, que es, a fin de cuentas, cualquiera. La única manera de acabar pulcramente una discusión, con la sensación de saciedad, es haber vencido y machacado al contrario, pero como esto nunca ocurre, porque uno siempre tiene palabras para apelar, debatir, enjuiciar, censurar, quejar, eludir, engañar, inventar, disculpar, argumentar, falsear, renegar, ridiculizar, liar, en fin, que son gratis y parece que se nos vienen a la boca sin siquiera llamarlas, lo más probable es que la discusión propiamente dicha no acabe, sino tan sólo el acto de discutir, lo cual es más frustrante aún. Acabamos tarde, digo, y entonces Candela duerme poco, se desvela, pasa el siguiente día malhumorada… Hay una relación directa entre despertarse a estas horas y discutir esta misma noche, por eso procuro no moverme demasiado, aunque necesito acabar una vuelta que empecé hace cosa de una hora, pero temo acabar de llevarme la sábana con el leve tirón, y si Candela nota que le queda una pierna al descubierto intentará encontrar un hueco para meterla, y puede que en ese esfuerzo se le esfume el sueño.

Mi Candela en la noche. Me divierte asistir a la incipiente y progresiva incursión de la luz. Me concentro en el paso del tiempo,

en la lenta sucesión de brillos que van bajando los peldaños de las rendijas de la persiana y avanzando una claridad de una baldosa a otra. Así es como pronto distingo el mueble tocador y el espejo pierde su opacidad y se va perfilando en la penumbra. Y junto al espejo nos mira la mascota de la casa, el formidable mamut peludo que gané para ella en una feria reventando huevos a perdigonazos.

Para acabar de completar el giro, y no quedarme de medio lado, porque se me acaba de dormir una pierna y me sube un calambre frío, una aguja larga desde el pie, me he visto obligado a cambiar la posición de mi cadera y, como temía, he provocado una pequeña pero cataclísmica inversión del orden de los espacios en la cama. Candela ha gemido y también se ha vuelto de medio lado, hacia mí. Además, ha apoyado un brazo en la cabecera y su mano cuelga sobre mi cara, a pocos centímetros.

Tiene el meñique ligeramente doblado y separado de los demás dedos. El anular apunta directamente a mi nariz, mientras que el corazón y el índice casi tocan el extremo de mi flequillo. La curva del pulgar marca una tangente con el pomo de la puerta que está al fondo.

Se ha cortado y pulido las uñas hace poco. Observo su media luna blanca. Siempre me he preguntado qué habrá en esa media luna de perfiles algodonosos, qué extraño líquido lechoso. En la cutícula comienzan sus arabescos dactilares, y trazan en la yema de sus dedos caprichosas espirales pitagóricas; cada una es un universo simbólico en miniatura, el universo Candela, que es otra alegoría del universo mujer. Sé que la verdadera y enigmática identidad de Candela, mi lumbre, discurre por esos meandros finísimos, y todo lo que toca es ella una y otra vez, y va dejando su alma impresa, y casi invisible, en cada objeto. Pero ahora, con la escasa claridad, apenas distingo otro surco que el de las líneas de su mano. Nada sé de quiromancia, no creo en esas artes, pero la verdad es que mirando ahora la mano de Candela me pregunto adónde irán a parar todas esas líneas entrecruzadas, qué significado tiene el dibujo quebrado que las une y las dispersa. Veo puntos de convergencia que podrían ser coordenadas de un mapa. La primera gran línea sube desde abajo, desde el pequeño promontorio que se eleva en la muñeca, y es una línea que empieza en zigzag, como desorientada, pero pronto encuentra que su camino es el noreste, hacia un lugar equidistante

entre el pulgar y el índice. Esa línea se va curvando suavemente y forma la oquedad de una doblez, esa línea es la sonrisa de la mano de Candela, vista desde el lugar en que yo estoy, cuando se cierra un poco. La siguiente línea prioritaria es la que atraviesa el centro de la mano y por eso es como el río en la hondonada del valle, con sus pequeñas bifurcaciones, sus afluentes que suben y bajan las ondulaciones que flanquean la vaguada. Matemáticamente la denominaría como una importante bisectriz. Esta línea acaba en esa carnosidad que se acumula en el límite de la mano, junto al pulgar, y que cuando la mano de Candela (y la de cualquiera) se estira forma como una membranilla, y allí es donde la anterior y ésta convergen y se entreveran, pues la línea hace xxxxxxxx, es como un punto de medio cruce, un trenzado de cestería. ¿Qué quiere decir con tantas x? Desde el punto de vista matemático es una incógnita elevada a la enésima potencia. Hay nuevos caminos de sombra en la mano que gravita sobre mí casi tocándome. Si alzo un poco mi cabeza puedo tocarla con los labios. También puedo probar a soplarla y ver qué ocurre. O morderla. Es difícil saber cómo va a reaccionar exactamente una mano, qué dirección tomará su huida, si remontará el vuelo o caerá sobre mí (y quizá intente estrangularme, o arrancarme los ojos, o por el contrario será una caricia perfumada y caliente, o una inspección de dedos soñolientos y torpes, o un tanteo de reconocimiento), qué dedo se crispará primero. Elijo soplar un poco.

Se ha movido. Se ha movido la mano, ha girado como una pluma noventa grados. Ahora lo que me muestra es su dorso. ¿Y qué es lo que veo? Una palabra escrita a bolígrafo, medio borrada. Un nombre propio: César.

Se me antoja una pista que puede conducirme a alguna parte. Supongo que como marido me correspondería saber quién es ese César y por qué mi mujer lleva escrito su nombre en la mano. Se me ocurren tres posibles. Uno es un primo lejano que es sacerdote y vive en Canarias. La última vez que le vio fue hace un año en un funeral de su abuela. Es un César bastante improbable, pero que se debe de tener en cuenta, porque sólo le ve en momentos señalados (una boda, un funeral, un reparto de herencia), pero en cambio habla con él para pedirle consejo en momentos críticos, cuando tiene que tomar una decisión importante, o cuando está

descorazonada.

César también vive en este mismo bloque y es portero. Evidentemente, la función de anotarse el nombre es para acordarse de algo que tiene relación con esa persona. Candela, que yo sepa, no tiene mucho trato con el portero. Quizá está pensando en regalarle ese armario viejo que nos sobra, después de desmontarlo para sacarlo por la puerta. Hace un par de días andaba un poco preocupada por el destino del mueble, la forma más adecuada de deshacerse de él. A Candela no le gusta tirar nada. Le hablé de los chamarileros de Emaús, y puso una cara como de no agradarle la idea. Ya intentamos en una ocasión contactar con ellos y no pudimos. O bien nos dieron una dirección falsa o bien se habían ido con el petate a otra parte. Claudia, la mujer del portero, comentó la semana pasada que han ampliado su casa por el lado de la azotea y van a buscar muebles viejos. Veníamos del mercado. Yo entraba cuando le comentó eso a una vecina, y Candela me esperaba en la puerta del ascensor, así que no es extraño que la oyera desde allí. Barajo esta hipótesis porque tiene gran importancia, no por el hecho en sí de que tenga que deshacerse del armario y haya pensado en destinarlo a él, sino porque excluye inmediatamente la primera posibilidad: decisión importante (que seguramente me afecta a mí) o sentimiento de desolación y necesidad de consejo.

El tercer César es un colega de trabajo. Nunca me lo ha presentado ni me ha hablado de él, pero me consta, por algunas observaciones aisladas, que tiene un rango algo inferior a ella en la empresa. Hace dos días, encontrándome solo en casa, sonó el teléfono y era él. No suelo descolgar las llamadas (me dan un poco de miedo, especialmente si son para mí), por eso pongo el filtro del contestador automático y así me entero de si hay alguna razón de índole ineludible y vital por la que deba descolgarlo (no). Su mensaje decía exactamente: «Candela, soy yo. Llámame enseguida. Tenemos que hablar de un asunto importante».

Generalmente no suelo prestar mucha atención a los mensajes, que son, invariablemente, para ella (uno dijo: quiero hablar con Candela, o, en su defecto, con Fil. Yo era, pues, su defecto), pero en éste me llamó la atención que dijera simplemente «soy yo», suponiendo que ella le iba a reconocer en seguida por la voz. Tal detalle me pareció importante. Por eso, cuando llegó Candela y,

mientras dejaba sus compras en la cocina, le dije que le iba a poner un mensaje del contestador, lo detuve tras la palabra «yo» y le pregunté de quién se trataba.

—Es César, un compañero de trabajo —dijo sin vacilar—. ¿Quieres hacerme el favor de dejarme escuchar el mensaje entero?

Es curioso que Candela se enoje a veces creyendo que estoy celoso. Aún no me conoce lo suficientemente bien como para darse cuenta de que los celos nunca han estado, ni probablemente estarán, en mi repertorio de emociones. No me importaría que Candela se enamorara de otro hombre que la hiciera más feliz que yo (creo que hay muchos que lo conseguirían sin mucho esfuerzo). A lo mejor se trata de un mal síntoma, de una prueba de lo endeble de mi amor. Yo prefiero pensar que en mi sentimiento hacia Candela, se llame como se llame, no hay afán de posesión. Quiero a Candela con curiosidad y desprendimiento, pero no consigo imaginarla nunca real a mi lado, no la veo nunca conmigo en el futuro, no doy credibilidad a nuestro matrimonio. Siento que se trata de una broma un poco macabra.

Candela no le telefoneó enseguida, como le pedía César. Quizá esperaba que yo me fuera, o temía que la oyera desde otra habitación. Recuerdo que me olvidé enseguida de César, pero no se me hubiera pasado por alto el hecho de que ella le llamara, y sé por tanto que no lo hizo. Han transcurrido dos días desde entonces, y cabe pensar que ya ha hablado con él (a menos que huya de él por alguna razón o le acobarde ese carácter de perentoriedad de su llamada). Puede que el asunto, ese asunto tan importante (¿cuál?) que Candela no ha osado ni mentarme (y puede que le inquiete a ella, como a César) no esté concluido y Candela deba llamarle otra vez, y por eso se apunta su nombre, para recordarlo. Aun así, me cuesta creer que, siendo importante, no se fíe de su estupenda memoria y necesite anotarlo en el dorso de la mano.

Regresé una semana después a mi Auxiliadora. Ahora había tres o cuatro clientes. Uno de ellos se había arrimado a ella. Era un tipo grande y tosco, se inclinaba a decirle algo en su oído y ella apartaba la cabeza cuando intentaba besarla. Bebían juntos. El tipo tenía aspecto patibulario y estaba muy nervioso, la cogía por la cintura y ella le apartaba la mano. Dora apenas le miraba. Sacó él un fajo de billetes de la cartera y se los mostró. Le abrió la mano a la fuerza y

le cerró los dedos sobre el dinero. Ella se los devolvió machacando el fajo contra el mostrador, a la altura de la barriga del hombre. El tipo hizo lo mismo dos o tres veces, cada vez más agresivo. Ahora sí le oía decir «¡déjame!» y «¡no me da la gana!». Al fin, cuando la cosa prometía acabar mal, se acercó otra fulana, se pegó al costado del hombre y empezó a frotarse contra él como una gatita de manos largas y arrumacos suaves. El otro no le hizo caso y siguió insistiendo con sumas de dinero mientras las manos que escarbaban la entrepierna, ronroneando, comenzaban a hacer crecer la planta. Así logró calmarlo. El cliente le arrojó a mi amiga un billete a la cara y luego, para demostrarle a quien le había negado el pan, que él allí era el jefe, tomó a la otra en volandas, muy gallito, y se la llevó al reservado de arriba mientras ella agitaba las piernas y se despepitaba de risa.

Dora se mostró muy contenta de verme de nuevo. Aún le duraba la crispación por lo sucedido y tardó unos minutos en disiparle un temblor en la comisura de sus labios. Creo que estaba muy asustada. La invité a un trago.

Nunca decía «penétrame» o «fóllame» o «me estás poniendo caliente», como se supone que debe decir una puta que se precie. Auxiliadora me llamaba cariño, besaba lento y húmedo, estremeciéndose un poco, mientras sus manos resbalaban por mis flancos, su lengua de pez entraba y salía, devoradora y caliente, sus dedos guiaban mi miembro hacia el lugar donde convergía la oscuridad. Se entregaba al ritual al principio sin hablar, y cuando hablaba lo hacía con letras de bolero, con frases que así, sin música y en frío, caían como piedras estridentes sobre un estanque en calma. Tenía la indecencia de hablarme de las mieles del amor como una mujer que sueña con enamorarse de aquel que la toca.

—Deja de decir cursiladas, Auxiliadora.

—Lo peor de ser puta es que nadie te cree.

Cómo creer su romanticismo trasnochado, lo mismo que aquel empeño en que pretendía demostrarme que había entre nosotros algo más que una mera transacción carnal, donde la misma representación del placer y el erotismo, por su parte, estaba pactada de antemano. Entra en mí, me decía antes de penetrarla, y en ese momento la hubiera mandado a paseo si no fuera porque yo mismo estaba maravillado de lo bien que respondía mi sexo, tirando de mí

hacia adelante, al lugar que ella tenía reservado quién sabe si por duodécima vez a su cliente más especial, que siempre debía de ser el que estaba en ese momento con ella. ¿A todos les decía eso de «entra en mí» o era un repertorio que probaba conmigo, tomando mi turbación por puerilidad?

Después, esas frases que le salían entre suspiros, cuando llevábamos un rato el uno contra el otro y sus uñas empezaban a resultar hirientes, me volvían a la cabeza en el trabajo o cuando yacía en la cama con Candela y sin sexo, las oía de nuevo y me desasosegaban, parecía encontrarles una vaga explicación, teman algo de esas ideas que uno desecha cuando está escribiendo, ideas bumerán, la mayoría de las veces uno ni siquiera escribe cuando llaman por primera, segunda, tercera vez, entre días grises, y algo va fraguando dentro de esa idea, hay como una gestación concéntrica al margen de la conciencia, y después, cuando borra todo lo que escribió y empieza con la idea recalcitrante sabe que ahora tomó la dirección correcta, por eso quizá escribo ahora sobre ella, Auxiliadora, un nombre demasiado casto para una buscona.

El Tambor Alegre es una mala escuela, como debe ser, mala escuela para la mala vida, quién necesita ya de esas escuelas donde te enseñan a hacer lo correcto. Mi maestra, mi Auxiliadora me auxiliaba y me liaba todos los martes, y algún que otro jueves, cuando la curiosidad me aguijoneaba, para seguir conversando piel a piel sobre los asuntos del corazón. Me contó que mi problema era normal, y que a ella le había pasado lo mismo con el hombre que más había querido en su vida, su primer novio. Afirmó que cuanto más se amaban, peor funcionaban en la cama. Quizá era el ansia de estar juntos lo que les insensibilizaba al placer. Me gustó esta anécdota, no así lo que vino después: una disquisición casi metafísica donde Auxiliadora se perdía en sus propias palabras, y hablaba de la superación de la carne por el espíritu.

—Tienes mucha fantasía —le dije.

—La fantasía es buena. En ella se encuentra la pureza.

Pensé irónicamente en las perversiones fantaseadas, en ciertas desviaciones sexuales para cuya práctica un hombre normal suele alquilar una puta, una chica como Auxiliadora, y la vi ejerciendo de sádica, haciendo restallar el típico látigo y clavando el aguijón de sus tacones en las nalgas de un cliente, y ya iba a dejar caer un

comentario mordaz cuando me detuvo su mirada ensoñada, como degustando aquella frase que lo mismo podía ser una idea que ya había pensado otras veces, algo que creía a ratos, a días, que se esforzaba en creer, o simplemente una ocurrencia del momento, un acorde fortuito que sonaba agradable a sus oídos. Me guardé la respuesta y traté de imaginar a qué clase de imaginación se refería, e imaginé a Auxiliadora imaginando algo puro, en ese momento daba un trago a su cerveza —que yo pagaba— y quizá ya no estaba imaginando nada especial, o nada puro, por ejemplo el dinero que podría sacarme en las semanas sucesivas si lograba hacerme adicto a sus marrullerías, o quizá no, quizá imaginaba una vida futura con sus hijitas en un lugar alejado del vicio, es difícil imaginar lo que una puta imagina cuando dice que imagina o fantasea, en ese momento me pareció leer en su rostro un candor desnudo, la imaginé en el catre gimiendo bajo mi cuerpo, como seguramente iba a verla muy pronto, no bien subiéramos esas escaleras de caracol, y me pregunté si mi fantasía estaba de un lado o del otro.

Esa noche breve, alquilada, el interludio entre dos clientes, medida con minutos de reloj, apenas veinte minutos, cuarenta si pagaba tarifa doble, Dora se quitó el reloj y se entregó a mí como si además buscara algo que yo pudiera darle, me lamía y me decía garatusas.

—Me estás iniciando en el sexo, date cuenta —le dije, muy serio. Ella se echó a reír.

—Todos nos iniciamos en el sexo. Todos somos aprendices, cariño.

—Yo acabo de enterarme contigo de que tengo sexo.

Creo que lo interpretó erróneamente, y me miró ese apéndice que se erguía alegremente entre mis piernas como si fuera algo cuya existencia acabara de descubrir en mi tardía edad. Esto la hizo reír.

—A mí me pasa lo mismo —dijo, riendo aún.

—¿También tú estás descubriendo tu sexo?

—Tú me lo haces descubrir de nuevo.

—Vaya por Dios.

Averiguar en primer lugar cómo le gustaba, dónde sentía, cuándo quería, a qué ritmo, con qué vehemencia, qué palabras halagarían sus oídos, en qué momento debía decírselas. Nos pusimos marrulleros, hablamos de nosotros, yo me lo inventé todo,

mis vicios, pensando que ella a su vez hacía lo propio. Finalmente hice un esfuerzo notable de fantasía para pergeñar algo puro, noble, humano. En un momento álgido me dijo que estaba disfrutando como una loca. Cabeceaba a un lado y a otro. Intenté no perder el ritmo. Tan pendiente estaba de su placer que empecé a olvidarme del mío; continuaba enjaretado y estable, respirando acompasadamente como un corredor que ha encontrado el llano y se reserva las fuerzas para el final, pero ella seguía obcecada en hacerme creer que la estaba gozando, y sus gemidos me exasperaban y me distanciaban más de ella, lo cual también me acercaba en un plano más grosero y sexual. Justo cuando me pareció una auténtica golfa y una embustera me llegó el orgasmo.

—Qué bien lo haces, mi amor —suspiró—. Se nota que lo llevas dentro.

Ha pasado una hora, quizá dos, es difícil sentir el transcurso del tiempo cuando algo vampiriza toda nuestra atención. Los monjes budistas lo hacen con un punto del espacio, sobre el cual vacían la mente de ideas y deseos; yo no soy monje, pero soy amante amanuense, y lo hago ahora con la mano de Candela, que aún planea sobre mí como un abejorro en suspendido vuelo. Si giro un poco la cabeza veo que afuera ya luce el sol; los obreros ya están taladrando en la calle de enfrente. Desde que vinimos a esta casa y comenzamos a llenarla de muebles para el casorio, ya estaban taladrando, y eso fue hace casi un año. Entonces estaban cambiando el pavimento de la calle. Bien, la asfaltaron de nuevo. A la semana siguiente se produjo una fuga de gas debajo de la calle, llegaron otra vez los obreros con sus bocadillos y empezaron a cascar suelo. Todo olía a mil diablos. Ahora ya el ruido es parte de la vecindad, y nos hemos acostumbrado a él. El mastuerzodonte de peluche también. La mano de Candela oye y ni se inmuta.

Esta mano que pende sobre mí es mi pantalla del mundo, sé que debo aprender a verlo a su través. Ya no puedo conformarme con mis propios sentidos, con mis solas ventanas para atisbar lo que hay allá afuera y decidir si conviene o no salir a la calle, o enroscarse para adentro. Ahora está Candela, nupcial y plácida, debo contar con ella, pensar por ella, a través de ella, su mano, esta manita suya que cuelga, qué la sostiene, debería buscar cómo una mano así procede de un brazo, de dónde sale el brazo, qué lo sustenta. Pero

eso me exigiría cambiar de posición, y de momento es su mano lo que me ocupa y preocupa. La mano de Candela me obliga, entre otras cosas, a aprender de nuevo, lo elemental, la cuenta con los dedos, los de Candela, mi chispa, la alfarería doméstica, a estar pendiente de lo que coge, interpretarla al tacto, su temperatura interna, si acaricia o aprieta, o araña, o se repliega, o se evade de la mía, o busca, o señala, también es menester dejarme guiar por ella, un poco como un ciego (el amor). Dios mío, cuánta procuración.

Sus dedos pulgar, índice y corazón, así dispuestos, como los veo desde aquí abajo, forman los tres ejes de la tridimensionalidad, son los tres vectores a partir de los cuales cualquier cuerpo puede quedar ubicado en el espacio. El mundo, la representación del mundo, la ventana del mundo, la mano de Candela, sus dedos. Esos dedos que amo y temo, el pulgar que (me) mide, pulga, el índice que señala (acusa) y el corazón que traiciona siempre, por eso es el más largo, el anular para el anillo (la alianza) que no ha perdido, como yo (aún no la he encontrado), y le da el nombre, por eso se llama anular, porque con él me anula; y el meñique, menudo, puede ser incisivo como una púa, no voy a dar por ti ni esto, dice uno al levantarlo.

Este quinteto peligroso, esta mano que, como su propio nombre indica, maneja, manipula, maniata, me seduce. Esta mano que emana el alma de Candela, su chisporroteo de bengala en la oscuridad del silencio, y deslumbra mis ojos de niño, también me mantiene vivo e inquieto. Mano que amansa al amante, mano que amo, mano que me amanece.

Duerme, Candela.

CAPÍTULO VII

Puesto que Candela y yo hemos renunciado a llevar una vida *normal,* hemos preparado en nuestra alcoba un lugar de honor para Pitágoras. No sé si el sabio, que baja una de cada dos noches de su universo de constelaciones sinfónicas para presidir nuestros pasmosos desvelos venéreos, estará muy contento del uso que le estamos dando a su numerología mística. No hay constancia en ningún escrito referente a él que hubiera mostrado alguna vez interés en estos asuntos, si bien me da a mí que, en su juventud, cuando viajó por Asia Menor en busca del saber, debió de recalar alguna vez por la casa de la Gran Ramera de Constantinopla, mujer que acogió entre sus muslos carnívoros, como se sabe, a casi todos los grandes sabios y filósofos de la época.

En fin, quizá nunca se fue de putas como yo y me estoy separando así de su doctrina (lo cual no estaría nada mal), aunque ahora he ganado para él una nueva adepta. Candela y yo hemos escogido los números elementales: el primero es el seis, al que Nicómano llamó «la forma de la forma», el único número adaptado al alma, la visión distintiva de las partes del universo; también lo llamó «Armonía y Venus». Los pitagóricos lo denominaban «la perfección de las partes», porque es dos veces tres, o la multiplicación del primer número impar por el primer par.

El segundo número que adoptamos es el nueve, que es un número pubescente. No hay número elemental que vaya más allá, por tanto es como el horizonte donde están comprendidos todos los números. Además (y esto es de mi cosecha), nueve son los meses óptimos que una criatura humana debe pasar en el vientre de su madre. Por esta razón es *teleios* y perfecto.

Hay cierta simetría en 6 y el 9: juntos forman dos cuerpos invertidos.

Es una forma cualquiera de huir de la desesperación. El problema, en cualquier caso, sigue irresoluto. Pero hay algo descorazonador y tierno en el modo en que ella se abandona a mi imaginería de geómetra. La relación entre nosotros está tocada de muerte. Estoy temiendo que cualquier día me diga Hasta siempre, te quiero (que no es lo mismo que decir Te quiero hasta siempre). Sólo nos queda esa forma de amor que se parece a la compasión o la indulgencia porque se eleva por encima de todas las desgracias en los momentos difíciles. Ya no he vuelto a tener erecciones con Candela; el miedo es mutuo. Así que me he convertido en su amante amanuense, y su cuerpo es el manuscrito, el manual, y mi mano de amante amanuense transcribe el amor y sus signos con el lenguaje del silencio.

Candela, fuego fatuo, se informatiza cada día más, y esto es casi lo peor que puedo decir de nosotros. Me asusta su dedicación al trabajo, pero no me hubiera importado tanto que fuera costurera o ejecutiva. Tantas horas ahí metida, delante de la pantalla, la vuelve blanca y volátil como un cuerpo de luz, como una candela cibernética, pronto para poder entender su pensamiento necesitaré un cursillo de psicología cognitiva. Se ha comprado un nuevo chisme para hacer amigos por Internet, que le avisa de cuándo esos amigotes asoman por la red y puede salir a pescar con ellos.

A veces me pregunto qué será eso de Internet de lo que tanto se habla (y todo el mundo parece estar muy enterado). Con Candela he acabado familiarizándome con su jerga futurista y aeronáutica, que tanto me gusta, como todo lenguaje fantástico o que invita a fabular. Lo imagino como una Gran Casa donde todo el mundo se puede citar y armar su propio fregado, un espacio virtual por donde navegan millones de naves, también fantásticas, de un modo bastante caótico y sin semáforos ni guardias de tráfico, como una avenida principal de El Cairo, explorando ilusorias constelaciones de información. También sé que por Internet puedes charlar con un azerbaiyano e intercambiar dibujos, y me parece un invento prodigioso e inútil, un cacharro que nos vuelve más niños omnipotentes y que aparentemente nos ahorra muchísimo tiempo, cuando lo que hace es chuparnos un montón de horas dedicadas al

husmeo internáutico.

Candela maneja procesadores de textos, traduce documentos de cuyo idioma nunca sé si comprende su equivalente en castellano, y sabe de esas cosas de las que yo jamás tendré remota idea. Es una mujer lo que se dice enterada, vive al día, conoce lo que son las letras del tesoro a vencimiento, distingue una renta fija de una renta variable mixta, es de las que ojea el suplemento dominical de los negocios. ¿Cómo no me di cuenta antes de casarme?

—¿Por qué te extrañas tanto? —me dice—. Deberías familiarizarte con otros lenguajes que no sean exclusivamente de ficción.

En su tono no hay animadversión, aunque no hace falta ser muy listo para deducir que me está acusando de vivir en la luna. Candela tiene una sutileza exquisita cuando prepara sus misiles tierra-tierra.

—¿A qué lenguaje te refieres?

—El lenguaje real.

—El lenguaje real, como tú lo llamas, me parece simplemente otra modalidad del lenguaje de ficción, como tú lo llamas.

—Pero no me negarás que es más práctico. —Se gira a mí en su silla giratoria, y está verdaderamente preciosa.

Me apoyo en una esquina de la mesa, con el flexo a mi espalda, y me imagino que estamos haciendo algo agradable juntos, comiendo un formidable helado en una piscina, o lagarteando en la playa, en cualquier lugar fuera de esta casa, donde podamos tratarnos un poco mejor.

—Tal vez para este mundo ficticio en que vivimos —digo.

—Ya saltó el filósofo.

Otro lenguaje ilusorio, el de los filósofos, puesto que es menos convencional.

—Mira, no tengo ganas de discutir.

—Bien, no discutamos. Será lo mejor.

—El noventa por cierto de las discusiones no conducen a nada.

¿Por qué esa manía de poner porcentajes a todo? ¿Cómo sabe que es noventa por ciento y no sesenta y tres coma dos por ciento, por ejemplo?

En vez de discutir hemos comido, que da mejor provecho. A un lado está Candela comiendo y a otro el león copulando con la leona a la sombra de un baobab, en el Parque Nacional del Serengueti.

Sorteamos el canal a cara o cruz y yo gané.

Creo que le han gustado mis nidos de tomate al roquefort. Ha repetido y rebañado el plato con pan. Aún queda un buen trozo en la fuente y lo mira con sus ojos grandes de niña preguntándose si no serán demasiadas calorías. Seguramente lo consultará después en su sitio web de vegetarianos internautas. El león termina de copular con la leona, se recuesta, todavía jadeante, y parece que el universo descansa tras la hazaña del león, como descansó el gran Dios después de crearlo, el león, la leona, la cópula, el baobab y el universo, al séptimo día.

—He hecho algunos cálculos —dice Candela.

Es un buen tema de conversación. Puede que no dé lugar a una sobremesa especialmente romántica, ni profunda, pero me gusta todo lo que tenga que ver con los cálculos, es un terreno donde me muevo con soltura, y espero poder demostrárselo, hacerle ver que aunque no sé lo que es un *activo mobiliario* (salvo si nos referimos, por ejemplo, al mobiliario de una oficina de gran agitación) puedo ayudarle a echar las cuentas de lo que se tercie.

—He descubierto que gano unas cuatro mil pesetas cada hora, dividiendo lo que me pagan por un encargo entre el tiempo que me cuesta despacharlo —dice, pensativa.

—Será más exacto si lo calculas por páginas. El tiempo es una variable variable, como su propio nombre indica.

—Sí, pero ese cálculo ya lo hice. Ahora me parece más interesante calcular la relación tiempo-sueldo.

—¿Siempre rindes lo mismo en una hora?

—Casi siempre. En los últimos años el trabajo se ha vuelto bastante mecánico, sobre todo desde los últimos programas informáticos de traducción.

—Pero te suelen llamar por teléfono una o dos veces.

—He descontado el tiempo de las llamadas. Hablo de una hora en bruto.

Parece que me ha convencido de que hasta hora las cuentas están en su sitio, y sigue:

—Todo esto, aunque no lo parezca, tiene que ver con lo pesado que se me hace volver en autobús. Tardo una hora y cuarto desde la parada hasta casa. Antes pensaba que ir en autobús era más económico. Pero acabo de descubrir que pierdo dinero. Pierdo unas

tres mil pesetas.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Viaja contigo algún carterista sistemático?

No le ha hecho mucha gracia. Está dispuesta a demostrarme que no dice ninguna incongruencia (y ya me huelo cómo).

—Viniendo en taxi me ahorro cincuenta y cinco minutos, que puedo dedicarlos a trabajar en casa traduciendo; ¿y cuánto dinero gano yo trabajando en cincuenta y cinco minutos? Pues unas tres mil novecientas pesetas. El taxi me cuesta mil pesetas más que el autobús, que si las descuento de las casi cuatro mil que gano en ese tiempo quedan en tres mil. Resultado: vengo más cómoda, me fatigo menos, y gano tres mil pesetas más. Voy a venir en taxi todos los días.

Candela está francamente satisfecha de su laborioso y práctico razonamiento. Me gustaría felicitarla por su astucia, pero mentiría.

—Ese cálculo no me convence en absoluto.

Se le borra la sonrisa de la cara y me lanza una mirada desafiante.

—Estás sumando peras y manzanas —le digo amablemente—, y pones el resultado en melocotones. Cuando tú viajas en autobús no estás perdiendo dinero. Es simplemente tiempo que no cuenta. No ganar no implica necesariamente perder. No ganar es sólo no ganar. Vamos a ver, ¿cuántas horas trabajas al día?

—Unas ocho.

—Pero el día tiene veinticuatro horas. ¿Por qué no trabajas las veinticuatro?

—¿Crees que soy una máquina?

—Exacto: no eres una máquina. Estás pálida y el exceso de ordenador no te sienta bien. Esa hora que aprovecharías al volver del trabajo en taxi es una hora más de esfuerzo. Lo único que haces es acabar antes, acortando el descanso intermedio que te supone el trayecto de vuelta, con lo cual te cansas lo mismo, o más, porque el cuerpo te pasa factura igual que el taxista. Al final trabajas el mismo número de horas al día, pero a las nueve estás tan agotada que te echas en la cama. Y has perdido mil pesetas en el taxi. Mil pesetas cada día de trabajo hacen unas veinticinco mil pesetas al mes. No ganas más en menos tiempo, sino que ganas menos, pierdes más, vives peor, estás más cansada y todo en el mismo tiempo. Ése

es el cálculo correcto.

Candela se queda en silencio, meditando mi réplica. Es aragonesa, contumaz, no se va a dar por vencida. Parece buscarle una fisura, pero no la encuentra.

—Me tiene sin cuidado tu cálculo —dice airada, a mata candelas.

—Entonces por qué me pides opinión.

—Yo no te he pedido opinión. Sólo quería contarte algo y tú me lo acabas de chafar.

Apago el televisor y adopto una actitud de escucha, pero Candela se levanta y sale del comedor. Voy tras ella, como siempre.

—No era mi intención chafarte nada.

—Pues lo has hecho. ¿Cómo puedes ser tan insensible?

—¿Insensible?

—No tienes sentimientos. Eres un ser… frío y calculador.

—Vaya.

—En vez de tener en cuenta mi comodidad, sólo aplicas números, números que es dinero de mierda.

—Eres tú la que empezó hablando de dinero. ¿No estabas buscando sacar mayor rentabilidad a tu tiempo de trabajo?

Ha entrado en su cuarto, se quita el jersey bruscamente y me lo tira a la cabeza.

—¿Es que no te importa mi descanso?

—Claro que me importa. Precisamente…

—Pues podrías apoyarme un poco —me interrumpe—. No es mucho pedir.

—Precisamente lo que quiero es que trabajes menos y dediques un poco más de tiempo a ti y a nosotros.

—¿Qué tiene de malo volver en taxi? No por eso me voy a aburguesar. Tú siempre crees que uno se aburguesa enseguida. Si contratamos una asistenta, nos aburguesamos, si forramos los sillones, nos aburguesamos.

Estaba segura de que no iba a entender a qué me refería cuando le pedía más tiempo para ella y para nosotros, pero ya no tiene remedio, porque parece rabiosamente deseosa de discutir sobre la asistenta y el forro de los sillones. Vagamente nos alejamos del tema de discusión, nos perdemos en palabras que nunca significaron lo que quisimos.

—Bien, si quieres que te apoye en tu idea de volver en taxi, por mí encantado. Si tú eres feliz, yo también.

—No quiero volver en taxi.

Claro que quiere volver en taxi.

—Claro que quieres volver en taxi.

Ella se acerca furiosa y me clava las uñas en la piel, apretando los dientes.

—¡Que no quiero, demonios!

No quiere volver en taxi, ay mi brazo.

—Es un pequeño lujo que te puedes permitir y te mereces.

—¡Déjame en paz! —clama.

—¿Por qué estamos discutiendo sobre esta tontería? Me parece absurdo.

—No me comprendes. Nunca me has comprendido.

—Intento comprenderte, te lo juro. Pero no sé qué esperas de mí. No sé qué esperas que te diga en cada momento.

—Me siento completamente sola a tu lado. Ahora déjame, Fil. Vete. Estoy cansada y aún no he empezado a trabajar.

Hemos ampliado nuestro marco de relaciones (uso la frase de un manual de psicología de la pareja, que estoy leyendo en estos días, y que ha causado furor en USA). Ahora va un poco más allá de la puerta de casa, y abarca el piso de enfrente. Los vecinos son una encantadora pareja recién llegada a Madrid desde Los Ángeles. Él era un padre viudo hasta que conoció allí a la mujer de sus sueños y se vino con ella aquí a causa de un nuevo trabajo. ¿Cómo se conocieron Candela y Roberto? Por Internet, por supuesto. Candela ya no sale apenas si no es por esta puerta de Bill Puertas. Pues coincidieron en alguno de sus fantásticos pasillos y se pusieron a hablar hasta descubrir que vivían en el mismo piso del mismo número de la misma calle de la misma ciudad del mismo país del mismo planeta. Lo lógico es que se hubieran levantado enseguida para conocerse, viviendo tan cerca, pero es cosa conocida que los internautas desprecian las barreras espaciales y hasta se jactan de ello. Yo creo que lo que precisamente hacen es evitar la proximidad. De modo que Candela y nuestro vecino de planta iniciaron una correspondencia de la que yo no me enteré hasta un mes después, cuando al fin se presentó él en nuestra casa para invitarnos a cenar. Son una pareja curiosa, que se han instalado aquí al entrar él a

trabajar en una empresa de *software*. Se nota que no conocen mucha gente. Candela y yo nos quedamos encantados de que alguien nos invitara a cenar. ¡Qué acontecimiento en nuestra anodina vida conyugal! Comenzamos a hacer los preparativos. Yo me embetuné los zapatos y Candela asomó cinco o seis veces con cinco o seis vestidos diferentes, preguntándome mi opinión. Todos me gustaron. Tanta excitación acabó desasosegándome. ¿Acaso iban a recibirnos en La Moncloa? Le dije que el evento no era para tanto. De nada sirvió. Se maquilló largo tiempo ante el espejo, comentó fórmulas de cortesía, temas de conversación que podríamos tener, y habló de cuándo tendríamos que invitarlos nosotros a una cena y qué menú iría bien. Oyéndola hablar casi sola, ante el espejo, me di cuenta de que en esa casa que había heredado de mi abuela nos estábamos volviendo completamente chiflados.

Ha sido una interesante velada. Nos han agasajado con cierta ceremoniosidad que a Candela, que no está acostumbrada a estas cosas, le ha parecido muy bien. Diana no habla una palabra de español, y cocina de muerte. Sacó del horno unos pimientos rellenos de bacalao que alegraban la vista. Se mostraban en todo momento cordiales e inseguros, la inseguridad que da el excesivo respeto, una cualidad no muy común en España, como invitar a cenar a los vecinos sin preámbulos, y que supongo que serán maneras más propias de la gente acomodada de allá. Roberto, el marido, llevaba corbata y se la quitó entre el primer plato y el segundo, quizá temiendo que por ir yo vestido de modo muy informal pudiera sentirme violento. Yo no paso cuidado por estas cosas, casi siempre voy hecho un azacán, pero valoro la atención. A Candela sí le importan. Seguramente la oyeron susurrarme que debía haberme puesto la corbata; en todo caso, si lo hicieron por eso, fue más por ella. Candela llevaba un traje amarillo limón, muy escotado, la verdad es que estaba guapa, cuando uno va acompañado de una señorita tan guapa como ella cuesta mucho que dejen de tratarle de usted, eso no me pasaba antes de casarme. La verdad es que la cena fue más formal de lo que pensábamos. En algún momento pensé que iban a hacernos entrega de algún galardón, a la pareja más extraña del inmueble, al matrimonio más joven. Roberto, el marido, tenía algo indefiniblemente infantil con sus impecables gafas y su sonrisa franciscana. De su mujer poco puedo decir. Ella y yo, frente a

frente, intercambiábamos de vez en cuando embarazosas sonrisas y asentimientos. Ellos hablaban de las ofertas culturales de Madrid, de cine, de algunos actores de moda, Roberto preguntó qué actores le gustaban a ella.

—¿Qué actores me gustan a mí? —me preguntó Candela.

—Pues… Gary Cooper, Henry…

—¡De los modernos! —me interrumpió.

Y le di la lista de sus actores modernos favoritos, sin fallar uno, antes de reparar en lo insólito del hecho de que me lo preguntara a mí por no tener que pensar ella misma. Candela se interesó enseguida en el trabajo de nuestro anfitrión; hablar de informática es en Candela una forma de sintonizar rápidamente, y una manera de llevar el tema a Internet. Mientras sus respectivos consortes disfrutaban de la cena, los internautas se fueron de crucero espacial. Aún meditaba yo sobre la curiosa forma en que Candela me ha hecho depositario de su memoria, y no dejo de verlo como una peculiar chifladura conyugal, síntoma preocupante, la ilusoria creencia de que por el hecho de vivir en pareja, nuestros cerebros son vasos comunicantes (y lo peor es que acaba siendo algo parecido). Uno empieza a ceder cosas suyas al otro y acaba cediendo la propia memoria, que es lo más personal e intransferible. Mi cabeza deja de pertenecerme, piensa por Candela, yo recuerdo a través de Candela, puedo recordar cualquier evento y casi seguro que Candela tiene algo de parte, o puedo no recordar por mí mismo y pedirle a Candela que lo haga por mí. La mente matrimoniada.

Pecosa, con la mitad del pelo blanco y la otra mitad rubio, Diana me propuso una conversación en inglés, adivinando que yo estaba tan perdido como ella, que ambos éramos allí los extranjeros. Estaba muy contenta de lo bien que había conectado Roberto con Candela. Por lo visto, allí, en Los Angeles, tenían muy buena relación con los vecinos y en verano se iban a hacer barbacoas. Animado por el entusiasmo de Candela, y en tono de falsa modestia, Roberto nos reveló que él, en sus ratos libres, ejercía de pirata informático.

—¡Un *hacker*! —se admiró ella.

—No, no, un *cracker*. Un *hacker* busca satisfacer su curiosidad, es básicamente inofensivo, y además está pasado de moda. Ahora lo que se estila entre los listos es el *cracking*, pura piratería de

bandolero. Nos dedicamos a reventar sistemas de seguridad, desproteger programas y saquearlos impunemente, sin pagar licencias ni cuotas.

No me pareció que tuviera pinta de un salteador cibernético. Su presuntuosidad tenía más de zurupeto.

—Pero, ¿por qué lo haces? —se interesó Candela.

—Es una forma de terrorismo de los programas basura, al servicio de la calidad. Hay que purgar mucha morralla indeseable. Sólo respetamos los programas de verdadera utilidad para los navegantes. Detrás de esto hay una filosofía humanista, que es el deseo de tener un Internet libre, anárquico y abierto a todos y sin censuras. Ésa es la gran revolución del tercer milenio.

Siguieron hablando un rato más de sitios web de uso común, interfaces de conectividad, plataformas de acceso de datos, *software* de navegación y cosas por el estilo; yo la miraba a Candela como si fuese una extranjera, atónito de que en su cerebro hubiera urdido semejante red de circuitos y conexiones de las que yo no tenía remota idea. Tantas veces me había parecido que el problema es que la conocía demasiado bien. Siempre debatiéndonos entre el miedo de no comprender al otro y la desesperación de su previsibilidad.

Sin embargo, lo mejor de la velada no llegó hasta que no apareció la cría, en un pijama de orondos elefantes rosas estampados y con unas pantuflas de perro orejón. Había permanecido hasta entonces jugando en su cuarto y ahora venía a que su padre le contara un cuento, como hacía todas las noches.

—Ahora no puedo, corazón, ¿no ves que estoy con invitados?

—Mi marido los cuenta muy bien —intervino Candela un poco maliciosamente, pues no ignora que me suelo entender mejor con los críos que con los *crackers* o sus bellas esposas americanas.

Me senté con la niña en un sillón del salón, bien a la vista, para evitar suspicacias (con Candela, toda precaución es poca). La niña mascaba un chicle y me miraba con cara de lista y escéptica, agitando un poco los peluches de sus zapatillas.

—¿Conoces la fábula de la rana y el escorpión?

—¿Es buena?

—Yo creo que sí.

—¿De qué va?

—Pues érase una vez una rana, un río y un escorpión. Sabes lo que es un escorpión, ¿verdad?

—¿Te crees que me chupo el dedo? Es un bicho que pica y te mata en diez segundos.

—Exacto, es un bicho que pica y vive en la arena seca, donde nadie lo ve, porque es muy desconfiado y solitario. En cambio, la ranita es un animalito muy sociable que vive junto al agua y croa por la noche cuando ve la luna y tiene renacuajitos que luego se convierten…

—Ya sé también lo que es una rana —me interrumpió—. ¿Me cuentas el cuento de una vez?

—De acuerdo. Resulta que un día el solitario escorpión oyó hablar de que al otro lado del río la vida era mucho más agradable, había más comida, más agua y era fácil hacer amigos y casarse. Él no tenía muchos amigos, por no decir ninguno, y tampoco sabía si eso le iba a gustar. Pero no era feliz. Estaba cansado de vivir tan solo y pensó probar suerte al otro lado. «Si me canso del agua y de la gente, volveré a mi arena», se dijo. Como no sabía nadar, le pidió a la rana que le ayudara a pasar al otro lado del río. Le dijo: «Ranita, tú que nadas tan bien, ¿podrías transportarme en tu espalda hasta la orilla opuesta?». «No me atrevo —dijo la rana—, pues tengo miedo de que me claves el aguijón venenoso y me mates». Entonces el escorpión le dijo: «No puedo picarte, ranita, porque si tú te hundieras, yo me hundiría contigo». «Es cierto lo que dices, escorpión —dijo la rana—. Está bien, haré lo que dices». Y la ranita llevó al escorpión en su espalda por la superficie del río, cruzando la corriente, pero antes de llegar al otro lado… ¿sabes qué pasó?

—Le picó el escorpión.

—Muy lista. ¿Y sabes por qué?

—Porque se había enamorado de la ranita.

Me dejó confuso. Ésa no era la versión ortodoxa.

—¿Cómo es eso?

—Claro, la ranita se había portado muy bien con él, era suave y buena nadadora, y el escorpión, que era feo, solitario, y no sabía nadar, nunca había conocido antes a alguien como ella. El escorpión no resistió la tentación de acariciarla, y la rozó con el aguijón, y le metió todo su veneno dentro, pero para el escorpión

fue un beso.

—Entiendo. —Se me puso una cara de pánfilo hasta el suelo.

—Y la rana y el escorpión se ahogaron juntos, pegados por el aguijón hasta el fondo del río, se los llevó la corriente, las piedras los machacaron y sus almas se las llevaron los zombies mutantes para comérselas en el infierno de los monstruos del más allá.

Una de las ventajas de tener una casa donde vivir y de no tener ganas ni razones para salir a la calle es poder escuchar durante horas a Monsieur de Sainte Colombe. Pascal dijo que quedarse en casa le ahorra uno muchos problemas, lo cual en mi caso no es del todo cierto. Pascal y Sainte Colombe eran jansenistas. Llevo tantos años escuchando los 67 *concerts à deux violes égales* que ahora me deleito en comparar versiones y diferentes matices en las interpretaciones de los maestros como Jordi Savall, Wieland Kujiken o Hille Perl. A veces he pensado que a Candela, al igual que a mí, la vibración de la viola (cálida y áspera, perfumada de madera antigua) la reconforta, y que puede percibir la nostalgia mística y austera de sus acordes.

Ni de lejos. A ella le gusta la música clásica, pero desde la invención del violonchelo en adelante.

—¿No podrías poner de vez en cuando otra cosa? —me dice con asombro e incredulidad.

—¿Qué quieres que ponga?

—Déjalo —hace un aspaviento, resignada.

Nos separan unos cuantos tabiques de la casa por medio. El último disco ha dejado de sonar; durante un rato la escucho ir y venir de un lado a otro. Se encierra en el baño y oigo un pequeño estrépito, como de cristales rotos. Me incorporo, asustado. Ella sale.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —le digo desde el pasillo.

—Estoy perfectamente —asoma una media sonrisa desahogada.

Estoy por ir al baño a enterarme de qué diablura. Me retiene, sin embargo, la sospecha de que voy a ver algo que no me va a gustar nada, y Candela ya está preparada para saltar al menor de mis comentarios. Seguramente ella espera que vaya allí y lo vea, así que no pienso moverme. Me gana poco a poco el sopor, la necesidad de atrincherarme en un rincón y no moverme y dejar de pensar, y sentirme invisible.

Ha cogido el teléfono. Tiene un cordón retráctil y tan largo que

es como una tela de araña que va tendiendo de un cuarto a otro, una celada que me arrincona en el comedor. Me acuerdo de esas niñas colegialas que juegan a la goma elástica y crean un recinto al que sólo ellas saben entrar pisando —con una airosa destreza— parte de la cinta, y se saben a salvo de nosotros, que somos torpes y nos enganchamos y enredamos y nunca conseguimos llegar a ellas allí donde están todas reunidas, quizá ese cable o muelle es su trampa o su barrera. Así es como Candela ingresa en la que denomino

R.I.P.

(Red Interactiva Permanente). A ratos se tumba en el sofá, plácida, separando un poco los muslos y sosteniendo el auricular con la mano libre, porque el teléfono, como es sabido, es un instrumento que se maneja con una mano. Mi nombre se oye a ratos, mezclado con las risas o las quejas airadas, pero todo se asimila enseguida al abejorreo intermitente, y ahora ella le pregunta a su amiga si para el desmaquillante del contorno de ojos no será mejor el gel que la crema. En realidad, el cable del teléfono va mucho más allá de esta casa; teje un largo hilo a lo largo de la ciudad, una red de conexiones con las que comunica con otras casas y otras voces, y con las que a su vez ella liga otras casas y voces entre sí. Es un circuito encadenado que se va nutriendo de las llamadas anteriores de sus amigas. Una le dice lo que ha hablado con la otra, ¿y de qué habló con la otra? Supongo que de lo que charló con la anterior.

Estas amigas que parecen multitud son sólo un cuarteto blindado, formado por Paula, Rebeca, Montse y Azucena, mujeres muy emancipadas y modernas, aunque las tres casadas. Son, respectivamente, fisioterapeuta, cocinera, peluquera y sexóloga. Candela y ellas se conocen casi desde niñas. Las cuatro, al terminar sus estudios, decidieron que querían formar juntas un equipo de trabajo, montar un negocio en común. Pero, ¿qué podían hacer juntas una sexóloga, una peluquera, una cocinera y una fisioterapeuta? Algo tenían en común: se habían casado con un merluzo. Paula mandó a su marido a que Rebeca le diera un curso de cocina, Rebeca puso al suyo en manos de Azucena para que recibiera algunos trucos socorridos para la cama (y Azucena ya conocía el problema antes de recibirle), Montse mandó al suyo a tomar algunas lecciones de masaje muy útiles para ella, Azucena

suscribió a su marido al curso que daba Montse de peluquería femenina. Como compensación a Rebeca por haberle enseñado a cocinar a su marido, Paula enseñó al de ésta a librarle de los dolores de cervicales. Rebeca también pagó el favor a Montse enseñándole a su esposo algunos guisos espléndidos y económicos; Montse, contenta de que su marido le masajeara las piernas con varices, consiguió que el marido de Paula le hiciera a ella el teñido y la permanente gratis. Y Azucena, en pago por los favores de Montse, hizo que su marido rindiese mucho mejor en la cama.

Así que montaron un negocio que dieron en llamar *Curso práctico para maridos*. La palabra *maridos* ya lleva implícito el adjetivo. Ellas lo entienden perfectamente. Una mujer será siempre una mujer, pero cuando hablamos de maridos hablamos de zoquetes. Una mujer suscribe a su marido a estos cursos intensivos de perfeccionamiento, o un hombre se suscribe a sí mismo para perfeccionarse como hombre. El lema del centro es: «Si les das gusto, estarás más a gusto».

Candela ya me ha insinuado la posibilidad de inscribirme. Pero yo me he negado en redondo.

De todo esto y de mucho más habla Candela con sus amigas en la línea interactiva permanente. Cada nueva llamada empieza con una especie de comentario de la inmediatamente anterior. Así se mantienen informadas y crean una casi imposible sincronicidad telefónica en la transmisión de las noticias, de las propias noticias y de las que generó el acto de noticiar (reacciones, comentarios, coincidencias…). Mediante el método de la Red Interactiva Permanente o R.I.P. se consigue la transparencia y la igualdad: nadie queda sin saber lo que se ha hablado en otra línea mientras la suya propia ha estado ocupada.

No sé si esto lo he pensado dormido o despierto. Creo que me estaba durmiendo en la última parte de mi conclusión, y de hecho, no vi a Candela venir al comedor, como creí verla (pero tenía ya los ojos cerrados y una sensación de horizontalidad) con el saco de la ropa sucia.

—Hay que lavar esto —me dice lanzándome dulcemente el saco como una pelota playera.

Para complacerla me dirijo de mala gana a la cocina, abro la lavadora y meto dentro la ropa. Esta lavadora tiene una capacidad gástrica de dinosaurio. En su estómago debe de haber espacio para un par de sacos más como éste. Me asomo a examinar su interior cuando una formidable patada en mis cuartos traseros me mete completamente dentro. A través del vidrio ahumado del tambor, que me cierra ante las narices, veo su expresión victoriosa. Pego mi cara al cristal, golpeo, ruego auxilio. Pero ella completa la travesura poniendo en marcha la lavadora y yéndose.

He hecho más de medio programa. El mundo empieza a girar despacio, de vez en cuando se detiene un rato, luego emprende una rotación en sentido contrario. Sale agua y vuelve a entrar. Es difícil respirar dentro de una lavadora, sepultado entre ropa mojada.

Después de muchas revoluciones por minuto he conseguido desfondar la compuerta del tambor de una coz. Me arrastro al suelo como un reptil malherido, sintiendo que todo gira a mi alrededor, y trato de ponerme boca abajo. He tragado mucha agua enjabonada, todo mi tracto digestivo está definitivamente limpio y como corroído por azufre, aún puedo sentir el sabor del detergente que corría alegremente por mis cañerías con un burbujeo desagradable. Eructo una enorme pompa que me envuelve como una escafandra.

Cuando las cosas empiezan a tener una cierta estabilidad, me atrevo a sentarme y a repasar el estado de mi cuerpo. Noto que he perdido la cabeza. ¡Dios! Horrorizado, repaso varias veces la superficie de los hombros y el cuello, todo está en su sitio excepto la testuz. ¿Cómo puedo seguir viendo, respirando y pensando si Candela me ha hecho perder la cabeza? El espacio que antes ocupaba mi cabeza ahora es sólo una descorazonadora oquedad, una ilimitada ausencia. Recorro con la mano la superficie que iba de un hombro a otro y no es que pueda palpar el lugar del corte, sino que no hay nada; en ese lugar mi mano deja de sentir.

Al despertar de la siesta aún tenía la sensación de que mi cabeza no estaba en su sitio. En todo caso, una nueva realidad, un espesor doloroso, un peso inconcebible se añadía a mi existencia. No me atrevía a tocarla, por si acaso descubría lo peor. Me acerqué de puntillas, para evitar que ella, al oírme, saliera y viera a su marido acéfalo, al espejo del baño a mirarla (siempre iba a ser más suave la impresión, o en todo casi diferente a la de la pesadilla), pero en su

lugar sólo estaban los azulejos rosas de la pared. Durante un momento dudé si había habido allí alguna vez un espejo. Me froté la cara con fuerza, temiendo no haber despertado todavía. Me apoyé en el borde de la bañera y abrí los ojos: allí, en el fondo, estaba mi pobre cabeza. Detenida en la lámina quebrada del azogue.

—Ten cuidado con la bañera —oí su voz—. Me he cargado el espejo.

CAPÍTULO VIII

Tiene dos hijas, una de dos años y la otra de cinco, ambas nacidas en Argentina. Sonia y Carolina. Carolina estudia en un colegio de monjas. Me contó Dora cómo un día llegó un niño de seis años diciéndole que si podía chuparle la piruleta. Recuerdo la expresión indignada de Dora, en la barra, cuando me lo contaba, después de espantar al mismo tipo que la había estado rondando la noche anterior, pidiéndole que le besara, a lo que ella se negó una y otra vez (ahora estaba bebido y la insultaba desde la puerta). ¿Qué piruleta? —le preguntó Carolina—, yo no tengo ninguna piruleta. El niño le dijo que sí, que la tenía, y podía enseñársela. Auxiliadora, al oír lo que le contaba su hija, se fue, indignada, a hablar con la monja, hay cosas que no está dispuesta a tolerar, y si ha metido a su hija en ese colegio es para que tenga una educación como es debido. Decente, una educación decente, le repitió a la monja, que puso una cara como de no haber oído bien. Según Dora —la fulana, la madre, la mujer—, la monja no la trataba con respeto. Se sentía herida por la forma en que la miraba.

—Yo sé perfectamente lo que está pensando una persona por la forma de mirarte, y no me gustó nada lo que vi en ella —dijo.

En vez de darle la razón y asegurarle que tomaría medidas enseguida, en vez de escandalizarse por lo ocurrido, ella —la monja, la profesora, la mujer virtuosa— le habló de la virtud y de los peligros que corren los niños al ver ciertas conductas de sus padres y acaban imitándolas. Qué modelo va a tener esta pobre niña, dijo Auxiliadora que acabó diciendo la monja, aferrándose al pequeño crucifijo que sobresalía bajo su escapulario. Parece que en vez de proteger a la cría de esos niños golosos y ladinos pretende

protegerla de su misma madre. Qué se habrá creído ésa.

No le gustaban los colegios mixtos, porque los niños tienen la cabeza llena de guarrerías, y ellas son inocentes y se dejan engañar con cualquier cosa. Auxiliadora era partidaria de escolarizar a su hija en un centro de niñas hasta los dieciséis años, edad en que ya sabría decidir por sí misma.

Su marido desapareció. No me ha explicado más. No parecía querer hablar de ello. Le había hecho notar que se le deslizaban algunos giros y palabras latinoamericanas, como «extrañar», y por eso me habló de Argentina, y yo pregunté qué se le había perdido por allá; pues qué iba a ser, un amor, un futuro improbable, bien lejos había ido a buscarlo, y allí había quemado su juventud y había vuelto con sus hijitas y una oquedad dolorosa que ya no le iba a llenar la vida. Era una época que prefería olvidar, me pidió que le dijera cuándo se le escapaba un deje argentino, para erradicarlo. Y por si pudiera dudar de ella, me enseñó, en un gesto tan precipitado como extemporáneo, su documentación para probar su nacionalidad española, murciana (de dinamita) para más señas, nacida en 1968 (como me habían dicho el primer día). Supongo que solía hacerlo a menudo, demostrar a un cliente desconfiado que de *sudaca no tenía un pelo*. Eso me entristeció, no necesitaba demostrarme nada a mí, además me iba dando cuenta de que Auxiliadora me había dicho la verdad desde el principio con todo lo demás, su sentimentalismo no era una pose, y yo me había reído de ella para mis adentros. Qué hay más desesperado que una romántica que se prostituye todos los días: una romántica que se prostituye con romanticismo.

Conocer a una persona, su interior, es siempre descubrir un mobiliario frágil y baqueteado en mayor o menor medida, al que han arrastrado de aquí para allá, erizado de astillas, y siempre con algún resto de aquel barniz de la ingenuidad, con el tiempo se ha hecho duro, pero es una dureza falsa, taladrada de carcoma; en cualquier caso, cuando empiezo a conocer a alguien y a sentir alguna forma de afecto lo sé porque me pongo un poco triste y me gustaría jugar a reparar ese mobiliario como un restaurador solitario y meticuloso en un taller oculto en un sótano, y no precisamente por ayudar a las personas, sino porque otras de mis muchas vocaciones, además de las ya dichas, es la de restaurador

minimalista, carpintero de minucias, amanuense de la madera y las artes perdidas.

Me fue contando Auxiliadora, de semana en semana, el resto de la historia. El padre de sus hijas desapareció de Buenos Aires un día cualquiera, ella lo buscó durante meses, removió cielo y tierra, y finalmente, sobornando a un amigo, se enteró de que estaba en La Plata, y allí lo encontró, liado con una camarera uruguaya. Lo intentó matar con un pisapapeles, pero sólo le fracturó el cráneo. Antes de largarse le robó un puñado de billetes. Se embarcó con sus hijas en un vuelo a Berlín, donde tenía un primo hermano que trabajaba de operario en una cadena de montaje de vehículos que quebró unos meses después de que quebrara el muro, y compartió con él su subsidio del Estado y su hogar social, un inmueble en muy malas condiciones que fue progresivamente abandonado a medida que se aceleraba el éxodo hacia la tierra prometida del Oeste. Vivieron dos meses sitiados por los roedores y algún que otro okupa que colgó en su balcón una bandera con la enseña comunista de la resistencia. Finalmente ellos también fueron desalojados cuando procedieron a la voladura del inmueble. Después decidieron continuar separados la lucha por la subsistencia. Dora vagabundeó en busca de empleo, sin saber una palabra de alemán. Finalmente, una comunidad de chamarileros le dio hospedaje a cambio de hacer las tareas de la casa, mientras ellos salían a la recogida de muebles o trabajaban en el taller de reparación y reventa. Allí conoció también a una organización benéfica medio secreta llamada Vía láctea, extendida por las principales ciudades de Europa, cuya misión es brindar una acogida al viajero recién llegado y sin hogar. Algunos peregrinos que deambulan por la Vía láctea y se asientan, ofrecen sus hogares a otros peregrinos en sus ciudades. La Vía láctea es una red sensibilizada con la soledad humana, una congregación por la compañía y la hospitalidad en un mundo de extraños. Todo aquel que ofrece sus servicios a esta misión anónima ha vivido el destierro forzoso o voluntario en sus carnes. Dar de comer al hambriento, de beber al sediento y posada al peregrino son algunos de sus bálsamos teologales. Venga de donde venga el peregrino de la urbe, será bien recibido en una casa de la Vía láctea. En cada ciudad extraña hay una casa amiga, y una Osa Mayor que brinda leche caliente de la Vía y el afecto de la Osa grande. Se

reconocen estas casas porque en su fachada hay dibujado un oso de peluche.

Dora hizo el trayecto hasta Madrid a dedo y parando con sus hijas en todas las casas de las Osas. En Madrid encontró trabajo en El Tambor Alegre y se hospedó en casa de una Osa menor, de la que era propietaria la Vía láctea. Puesto que la buena mujer estaba harta de recibir visitantes, le cedió el puesto a Dora, y ésta hizo la ceremonia de iniciación: compró docenas de kilos de arroz, legumbres, pasta, azúcar, leche y café. También aprendió algunas frases de inglés socorrido:

Güelcom to de milki guay. Ay am de big bear. Jaguar yu.

¿Milcofití?

¿Wanta sauer?

Telmi güer yucam from……… ¡Ah! ¡Biutiful pleis!

Había una habitación destinada al visitante, pero en algunos casos, si la Osa lo estimaba oportuno, podía compartir su cama con él o ella.

Suelen durar una o dos noches a lo sumo, y luego se van, cuando desesperan de encontrar un trabajo, o descubren que su vida está en otra parte, les persigue otra vez una vaga añoranza de un lugar desconocido, o, por alguna razón desconocida para ellos mismos, no pueden permanecer más tiempo aquí, no era lo que esperaban encontrar, ya habían visto suficiente, alguien les había hablado de otro lugar.

Abundan en tiempo de vendimia, en la recolección de la fruta, muchos son inmigrantes sin papeles, simples errantes, desahuciados de sus familias, aventureros sin ventura, fugitivos del frío nórdico, desarraigados, nómadas crónicos, supervivientes de la generación *beat.*

—Yo siempre quise ser monja, como mi madre —me dijo un día.

—Bromeas.

—¡Te he dicho que yo no miento! —se ofendió.

—De acuerdo. Explícamelo.

Tomó mi mano y la llevó a uno de sus senos.

—Una vez visité un convento. Me pareció demasiado frío. No encontré a Dios allí.

—¿Has venido a buscarlo aquí?

—Mucha gente viene a este sitio necesitada de amor.

—Pero tú les das sexo.

—No somos máquinas de follar, ¿sabes?

Era la primera vez que pronunciaba la palabra «follar».

—Tú eres una cortesana apócrifa.

—¿Apoqué?

—Una prostituta sin carné. Deberías dedicarte a otra cosa.

—Es posible. Hay gente que no me quiere bien.

—¿Como el tipo ese que te ofreció un fajo de billetes?

Asintió.

—Le tengo un miedo espantoso —susurró.

Me intrigaban sus frases de enamorada advenediza, sus ideas sobre el amor verdadero, sus frases de bolero, Las componía allí mismo, después de abrir su botiquín y desnudarse sin gracia ni garbo, era una musa que necesitaba un poeta, o una poeta que encuentra un oyente, una enamorada del amor vendida al vicio con remordimientos de conciencia. También era proclive a cierta mística del erotismo ya obsoleta, sin llegar a la pedantería orientalista. Pero en una ocasión, llegamos a discutir sobre Dios entre revolcón y revolcón.

Estaba empeñada en conseguir un frasco de esencia de mirra. Había recorrido media ciudad y no lo encontraba por ninguna parte. Lo quería en aceite, no en hierba.

—Es el perfume de los dioses —dijo, para mi espanto.

—Yo te lo traeré.

—¿Lo harás? —me abrazó con fuerza.

—Te lo prometo.

—¿Volverás entonces, mi amor?

Poco a poco voy a ir transcribiendo las historias que me trae la marea del sueño. Tengo la impresión de que alguien me quiere decir algo cuando duermo. Algo importante, en forma de clave alegórica, a lo cual debo prestar oídos. Porque yo sé mucho más de lo que creo saber, pero ese pequeño sabio que me acompaña se me oculta como un duende con indudable talento para la fabulación y la parábola. Candela y yo estábamos en la cama, durmiendo. Había al principio como un repiqueteo extraño junto a la puerta. Desde mi posición en la cama, junto a Candela, columbraba que algo se acercaba a nosotros, pero estaba demasiado cansado para levantar la cabeza y averiguar qué era. Poco después un contacto duro, frío y

delgado como un cable me latigaba la cara. Era una inmensa cucaracha que estaba trepando por el lado de Candela.

Su grito despavorido me erizó la piel tanto o más que la visión del monstruoso insecto. Ella se aferró a mí. La saqué de allí en volandas, la puse sobre el alféizar y corrí a buscar una escoba.

Pronto me vi frente a aquel ser horripilante que traqueteaba deprisa por el suelo, en zigzag. La mantuve a raya con el palo de la escoba. La golpeé varias veces en la coraza negra, sin resultado. Ella mordió el palo con las tenazas de su boca hasta quebrarlo. Aproveché la punta que quedó para alancearla en la cabeza varias veces, hasta que dejó de mover sus espantosas antenas.

Me sentí como un caballero que ha librado a su princesa de las fauces del dragón. Ella se arrojó a mis brazos, como en la más vieja de las fábulas, y sentí que su pequeño cuerpecito temblaba aún. Nos amábamos como antaño.

He despertado con una extraña sensación de alivio y decidido a seguir los consejos del sueño, aunque a medida que me separaban de él los minutos, mi fe iba decreciendo y se iba imponiendo una incredulidad fastidiosa adquirida con los años, y que a pesar de ser el residuo más claro de la experiencia y la veteranía, nunca me ha ayudado a nada.

Cucarachas tan grandes como las de nuestro antiguo piso de Delicias no viera jamás. Creo que se trataba de una familia de cucarachas mutantes. Habían desarrollado unas patas más largas de lo normal, incluso ésas que están junto a la cabeza y pueden parecer dos antenas eran tan largas como las demás, y tenían un caparazón negro con púas en la cabeza. Salían de las junturas de las baldosas de la cocina, de la podredumbre de las cañerías, de la humedad tumefacta e invisible del subsuelo.

Ya mencioné la fobia de Candela a las cucarachas. Era auténtico pavor. Poníamos dosis masivas de veneno por doquier, el Cucal corría como las aspirinas, y aun así, de cuando en cuando, seguían apareciendo. Para Candela la culpa era que el piso no estaba suficientemente limpio, y con esta psicosis nos pasábamos el día con la fregona y el desinfectante, echando chorros de lejía por los desagües, y cuando ya no quedaba una sola baldosa sucia, y seguían apareciendo cucarachas, comenzamos a mover muebles, el frigorífico, por ejemplo, entre los dos, y así limpiábamos ese hueco

que habíamos dejado, regresábamos la nevera a su sitio, mirábamos todo como sospechando que aún había algún resquicio que se escapaba a nuestra mirada (y no a la de ellas); desmontábamos los armarillos, sellábamos la base del bidé y del retrete con silicona, registrábamos hasta el último intersticio, y con todo seguían visitándonos, a nosotros, sus verdugos, a quienes tanto temían, movidas por no sé qué pasión masoquista.

Recuerdo haberme encontrado algunas panza arriba, pataleando su agonía a causa de alguno de los venenos químicos con que habíamos minado la casa. A saber qué estragos les producirían en su organismo esos compuestos letales. El arsénico de los insecticidas las mataba despacio, en una muerte indigna hasta para una cucaracha. Estoy en contra de la tortura de cualquier clase de ser vivo. Por eso yo prefería sencillamente espachurrarlas bajo mis zapatos.

Ignoro de qué se alimentaban. Supongo que del aluvión doméstico y microscópico, residuos de comida, de nuestros propios cuerpos. Tengo entendido que en un solo verano ponen miles de huevos. Nuestro mal se multiplicaba ante nuestra mirada atónita.

Al grito aterrado de Candela acudía yo raudo a aplastar al enemigo. No podía dejarla sola con las cucarachas. Debía defenderla de su acoso. La verdad es que ellas nunca atacaron a Candela: huyen de nosotros, es digno de verse la rapidez con que estos parásitos corren a refugiarse, desperdigándose como soldados que se baten en retirada ante la aparición de un monstruoso enemigo. No hay otro insecto que nos tema más. Uno enciende el interruptor y apenas le da tiempo a ver unas manchas negras cruzando el suelo a toda prisa. Debemos de tener un aspecto bastante amenazador ante sus ojos. Si yo fuera una cucaracha y se irguiera sobre mí una mole humana haría lo propio. Qué dirían las cucarachas si supieran que asustan a estas moles.

Cada vez que mataba una ante ella, cada vez que demostraba que allí el que tenía valor para enfrentarse a ellas era yo, me daba la impresión de que se había afianzado un poco más nuestra relación. Puestos a buscar alguna explicación coherente, diría que a mí me excitaba cuando se volvía una niña asustada que decía «¡cucaraaaacha!». Y por parte de Candela, sospecho que había una secreta morbidez, una mezcla de atracción y repulsión que se

consumaba en el momento en que yo aplastaba el bicho bajo mi zapato. Eso la volvía voluptuosa y tierna por momentos.

Después de darle vueltas, he decidido que es la única solución. Sé que es un despropósito, una prueba de que esta situación me está trastornando, pero la idea, cuando la concebí, me divirtió. Así que pensé que lo que necesitaba era justamente algo así, poner en práctica una resolución descalabrada que me hiciera sentirme yo mismo, como era antes de casarme. Ir a buscar cucarachas a mi viejo piso para intentar así avivar el fuego que se apaga. Porque las cucarachas —me lo dijo el sueño— son nuestra única coartada para unirnos contra algo, para enfrentarnos juntos al horror de la vida cotidiana. Necesitamos una fuerte amenaza tangible, una función con la que llenar el inmenso vacío que se acababa de instalar entre nosotros.

Fui después del trabajo. Había conservado una copia de la antigua llave. Confiaba en hallar el piso vacío. Era difícil creer que la vieja dueña hubiera encontrado inquilinos para un lugar así. Por si acaso, tenía preparada una coartada, un reloj de cuco que nos habíamos dejado olvidado en la mudanza y que ahora venía a recoger. Para ser honestos, lo escondí con la esperanza de que Candela se olvidara de él. El chisme me ponía nervioso. Tengo un problema con los chismes que hacen
tic-tac.
El
tic-tac
rítmico y preciso me absorbe fatalmente la atención. No puedo hacer nada sino oírlo. Intento olvidarlo pero, ya saben, basta con no querer pensar en algo… Luego está el ¡cucu, cucu! cada hora. Me daba unos sustos de órdago. Y es que lo estoy esperando, sé el momento exacto en que ese ridículo pajarraco va a salir disparado por un resorte a escupir su estúpido grito.

Entré. Nadie en la casa. Dios santo, la impresión de ver de nuevo aquello es difícil de describir. No sólo estaba habitada, sino que el nuevo inquilino había respetado la disposición de los muebles de la dueña. Venía yo preparado para encontrarme un lugar distinto, un espacio vagamente reconocible. Y ahí estaba de nuevo solo, de regreso, sin Candela, ahogado por ese salto al pasado. Un tiempo paralizado en cada rincón. No había lugar donde uno pudiera poner

la vista en el que no saltara un fárrago de recuerdos. No hay nada tan melancólico como volver al lugar donde uno se enamoró y que ella ya no ocupa. Me sentí como un doctor Zhivago que, después de despedir a Lara, se da la vuelta y entra en ese hospital de guerra que ahora está absolutamente vacío y quieto, pero donde permanecen sus flores amarillas.

Estuve así un rato, dejándome embriagar por esta sugestión, oyendo la voz de Candela, escudriñando fantasmas, y no me hubiera importado continuar así durante horas si no fuera porque vi aparecer, junto a la puerta, un par de antenas largas y negras describiendo una elipse en movimiento. Allí estaba mi repulsiva amiguita.

Cazar una cucaracha no es fácil. Hacen falta fundamentalmente tres cosas, además de la cucaracha: ser rápido, tener un estómago resistente y un lugar donde meterla (no vale el estómago). Utilicé una caja de cerillas de cocina, previamente vaciada, además de mi jersey. La cucaracha me reconoció enseguida y se dio a la fuga. Por suerte conozco sus escondites, y me adelanté en un par de zancadas a cortarle el paso. Ella tomó la dirección de la cocina en uno de esos virajes tan veloces que parecen impremeditados, pero ya sabía bien la condenada que en la cocina encontraría una fácil huida. Su carrera empezaba a acusar el esfuerzo, y su zigzag tenía algo de confuso y desesperado. Una cucaracha siempre confía en su rapidez de reflejos para burlar al hombre, y un sexto sentido le dice cuándo las cosas empiezan a ponerse mal para ella. También esta vez llegué a la cocina antes. Detenida en una esquina me miraba fijamente, calibrando mi determinación, mientras recobraba fuerzas y estimaba la salida más conveniente. Yo agitaba mi jersey como un gladiador su red. Lo lancé hecho una bola, con fuerza, contra la esquina. Esta vez el repulsivo oróptero quedó fuera de combate, o al menos no tuvo tiempo de escapar antes de que afirmara la prenda. La fui levantando muy despacio, con cuidado de no espachurrarla. Ahí estaba, boca abajo, mostrando su vientre rojizo. Sus antenas tijereteaban frenéticas. Qué pasaría por su cabeza. Casi daba un poco de lástima. La agarré por esa parte donde acaba la cabeza y empieza la espalda, el lugar donde se supone que tendría que haber un engrosamiento o un cuello. Mientras la alzaba conteniendo mi repugnancia, sus múltiples antenas y patas aserradas siguieron

escarbando el aire a la desesperada. Dentro de la cajita aún podía sentir el repulsivo ras ras. Ya me disponía a salir cuando un ruido en la entrada me alertó. Acababa de entrar alguien.

Corrí a ocultarme con mi botín. Di un salto en el sillón y me metí dentro de la habitación del japonés. Había algunas maletas, pero pude hacerme con un espacio aplastándome miserablemente.

Lo primero que noté fue el olor insidioso que emanaba de la trampilla. Deduje que se habría desprendido parte de la silicona con que la sellé. Por si fuera poco, a los pocos segundos de estar emparedado allí empecé a sudar de calor. Entró una joven con un perro. Por la rendija de las compuertas apenas podía verle la cara (era arriesgado asomarme, pero además no podía estirar el cuello). En cambio, al perro pude verlo bien poco después, cuando se sentó a sus pies. Miraba a su ama mientras ella le decía:

—Tú no me vas a abandonar, ¿eh? ¿A que no?

Se ve que la perra no entendía lo que le decía su dueña, pero algo en su expresión le hacía notar que era importante, y agitaba el rabo y alzaba las orejas en busca de nuevas pistas. Poco a poco me iba acomodando a la oscuridad. La chica fue a la cocina por unas galletas para el perro; aproveché para cambiar de posición. El animal alzó la nariz, olisqueó el aire, comenzó a gruñir.

—¡Cállate, Duna! —dijo ella desde otro lado.

El animal reaccionó a su nombre alzando las orejas, pero comenzó a buscarme rastreando la casa.

Mientras tanto yo, allí dentro, estaba descubriendo el horror de la claustrofobia. Apestaba a podredumbre de cañerías. Apenas podía moverme. Me subían calambres nerviosos por todas partes y no respiraba bien. El aire estaba viciado. Cuanto más intentaba acomodar mi cuerpo en la estrechez, viendo que todo esfuerzo era inútil, mayor era mi desasosiego. Me subía por los pies un hormigueo insufrible; no hacía otra cosa que mudar la postura, encajar una rodilla en el vientre, girarme un poco para aplacar un calambre, pero cada posición era una escalada en la asfixia. Para colmo, tenía la cucaracha mutante a mi lado y podía oír perfectamente cómo rascaba con impaciencia la caja. Me estaba sacando de quicio. Ella en su caja y yo en la mía, los dos prisioneros y en un trance parecido.

Aún no iban a acabar ahí mis padecimientos. El bicho había

conseguido sacar las antenas por el intersticio de la caja, en el borde. Ya veía la afanosa pinza de la boca luchando por salir al exterior, es decir, al interior de la segunda caja. Fui a intentar cerrarla pero me temblaba tanto el pulso que, al estrujarla por los lados, formé el pequeño orificio en la esquina que el bicho necesitaba para acabar de salir. Corrió como una condenada por mi brazo y antes de que pudiera sacudirlo ya noté sus patas aserradas en la calva sudorosa de mi frente. Era una cosa fría y punzante. Allí se quedó anteneando medio segundo; luego bajó por la sien hasta quedar colgada de la oreja. Quizá buscaba un orificio para entrar en mi cerebro y volverme loco. Presa del pánico di un cabezazo contra el tabique para desprenderme de ella, acto más reflejo y veloz que el que me hubiera supuesto encoger el brazo para poder llevarme la mano a la oreja. Eso fue lo que hice inmediatamente después, y comprobé que ya no estaba allí la cucaracha mutante y a mí me iba a salir muy pronto un chichón en la sien. Durante unos instantes de indecible zozobra no supe por dónde correteaba la condenada. Miré a un lado y a otro, encogiendo mi cuello, dado que las estrechas dimensiones de la habitación nipona no me permitían más margen de maniobra. Ni rastro del parásito. Mi pavor fue en aumento ante la evidencia de que pudiera hallarse en mi propio cuerpo. ¡Capaz era de haberse metido por un orificio de la camisa o el pantalón! La sola prefiguración de que anduviese por mi carne de gallina me produjo un auténtico ataque de urticaria. Tan pronto la notaba en el ombligo como en la entrepierna. Empecé a revolverme allí dentro como un poseso. Pataleaba, braceaba, sacudía la cabeza, mis propios espasmos desencadenaban los siguientes, ¡argg! No sé cuánto tiempo duró este tormento pero creo que estaba a punto de gritar, saltar de allí de improviso y dar a la inquilina el mayor susto de su vida cuando al fin la vi cruzar rápida ante mis ojos. Debía estar cansada ya y se tambaleaba un poco como una cucaracha falsa a la que hubieran dado cuerda. Quedó en una esquina, mirándome con sus siniestros ojos azabache. Hombre y cucaracha al fin frente a frente. De un zarpazo la agarré y volví a meterla en la cajita, y la aseguré atándola con un cordón del zapato como si fuera un pequeño paquete certificado. Dios, ¡qué alivio!

Todavía me galopaba la sangre en las venas. Acezante, aplasté mi nariz contra la juntura de las portezuelas en parte para buscar

un poco de aire procedente del exterior y en parte para ver, al menos, lo que ocurría fuera de mi confinamiento.

Vi por fin a la chica. Se acababa de quitar la blusa. No llevaba sujetador. Mostró unos pechos respingones y levantiscos. Luego tomó a la perra y se la llevó a un cuarto que sólo podía ser el baño, porque comenzó a oírse el chorro de la ducha. No esperé más. Salté abajo, atravesé el salón, gané el vestíbulo, abrí la puerta muy despacio y salí.

Entré en un bar de la esquina. Mientras tomaba un café consideré mi situación. Con las prisas y el nerviosismo me había olvidado la maldita cucaracha en la habitación del japonés. Aún me duraba la sugestión de sus repugnantes patas en la oreja. Tanto empeño para nada. Me fastidia haber sufrido tanto en balde. Consideré que lo que se empieza hay que acabarlo y me dije —¡qué diablos!— a por ello.

Claro que ya no era lo mismo ser sorprendido como un ladrón en el interior del piso que llamar a la puerta como una persona normal. Ella tenía puesto un albornoz y sostenía un enorme peine cuando me abrió. Su rostro era verdaderamente extraño, de facciones ambiguas, no sé si bellas, una cara en cualquier caso inquietante, morbosa. Me producía una sensación ambigua de agrado y desagrado, que no supe cómo calificar (más tarde la calificaría perfectamente). A ella también debí de parecerle yo un tipo curioso. Me miró como si le hiciera gracia, con el peine en suspenso, como si estuviera preparada para atizarme con él a la menor señal de querer propasarme. Duna asomó entre sus piernas y me gruñó un poco.

—¡Chsss, calla, Duna! —le chistó con dedo admonitorio.

Me presenté como el antiguo inquilino de la casa. Ella me tendió una mano suave y lánguida.

—Soy Susana —sonrió.

Me invitó a pasar y nos sentamos en el sillón. Duna a mis pies mirándome fija y desconfiadamente. Comenzó a gruñir al advertir que era el olor del intruso que había estado antes en la casa. Probé a hacerle un frotado de orejas tras darle a oler mi mano (ese truco no suele fallar). Ella dio un paso atrás y volvió a gruñir.

—Es muy buena y no se atreve a matar una mosca —me tranquilizó Susana posando durante un instante su mano en mi

rodilla.

Se supone que aquél era el sillón de los invitados, cosa que me sorprendió, porque a mí nunca se me había ocurrido esa función tan evidente (quizá porque Candela y yo no solíamos recibir a muchos). Mientras le contaba la razón de mi visita (le describí con precisión el reloj de cuco) no dejaba de peinarse ladeando la cabeza con coquetería, y yo miraba hacia la habitación del japonés conjeturando cómo me las iba a ingeniar para recuperar la caja con la mutante.

—Pues precisamente guardé el reloj porque la dueña me dijo que era de los viejos inquilinos y podían venir a recogerlo. Además, ¿sabe usted?, ese aparato no me gusta mucho.

—A mí tampoco. Es suizo.

Se rió como si fuera un chiste, hecho que me animó a relatarle nuestras desventuras en ese piso. Ella, para mi perplejidad, afirmó que hasta ahora no había tenido ninguno de aquellos problemas. Claro que llevaba sólo un par de semanas allí. Luego añadió:

—¡Espera, espera! Ahora que lo dices, creo que antes de instalarme estuvieron rondando por aquí unos fontaneros.

—Eso no significa nada. Los fontaneros en este piso son un fenómeno tan corriente como la visita del médico a la casa de un paciente desahuciado.

Ella volvió a reír y me miró con más simpatía. Dije:

—¿No te molestan las cucarachas?

—Hay algunas, sí. Duna las persigue y algunas veces las atrapa y las pisa. Le ponen bastante nerviosa. A mí no. He oído decir que al cambiar de piel desprenden una sustancia anticancerígena. En japón son muy preciadas. Se las comen.

—¿En serio?

No sé qué cara puse, que la hice reír.

—Palabra. Las sirven en los restaurantes de lujo, en platos con bastante buena pinta. Algunas se cotizan muy caras.

Parecía disfrutar como una niña observando mis muecas de asco. Recuerdo haber oído hablar de un afrodisíaco consistente en polvo de cucaracha, pero nunca hubiera imaginado que fueran bocado tan exquisito.

—Los japoneses, por tradición —explicó—, siempre han sido muy aficionados a todo tipo de escarabajos. Los niños van a

cazarlos al campo como si fueran mariposas. Tienen escarabajos sagrados, ciervos voladores y qué sé yo. Y a las cucarachas las idolatran. Pero lo más increíble de todo esto es que existen museos de cucarachas, con los especímenes más grandes que te puedas imaginar.

Mi excitada imaginación quiso buscar alguna relación entre aquello que me contaba y la habitación del japonés: cómo una cucaracha caza a un hombre, y viceversa, y siempre hay algo nipón por medio.

—En fin —dije—, no querría molestarte más, supongo que tendrás cosas que hacer.

—Al contrario. Ahora mismo me estás alegrando la tarde. Hoy he tenido un mal día, ¿sabes? Necesitaba hablar con alguien.

—Yo tampoco tuve un buen día.

Lo tomó como un cumplido, un reconocimiento de que ese momento era algo especial para los dos y que de alguna manera estábamos sintiendo algo parecido. Pero yo jamás siento lo mismo que el otro y simultáneamente, ni siquiera con Candela (ése es otro de los problemas que tenemos, quizá el más gordo).

Poco después me invitó a cenar. No quise aceptar al principio. La sugestión de los orópteros me habría producido un repeluzno prolongado e incompatible con el hambre. Ella destapó un viejo Rioja, me puso la copa en la mano, la llenó, brindó (yo no quise, pero cuando una copa choca contra la otra, la mete en el mismo brindis). Después trajo una bandeja con un pastel de carne con cebolla doradita en el horno, champiñones y rodajas de naranja. Hacía tanto tiempo que no probaba la carne que esa visión me despertó un instinto fiero de engañar a mi mujer (la carne es débil). Echamos ese plato a la suerte de los dos, y del Rioja también hicimos buen aprecio. Bebimos hasta achisparnos. Para cuando acabamos la botella —en un pispás— había vuelto a olvidar mi repugnante cucaracha. Me dijo que era un hombre muy atractivo y seguramente estaba casado con una mujer preciosa. Yo no dije nada por puro desconcierto, me limité a cabecear su primera afirmación, y ella debió de entender que negaba la segunda. Puso un compacto con baladas de Sinatra y se empeñó en enseñarme unos pasos de fox. Como viera que me negaba, me tomó casi a la fuerza. Tropezamos, caímos en el sillón. Se desmelenó de risa. En la postura

en que me encontraba, derrumbado sobre ella, no pude evitar oler la juntura de sus pechos por un hueco del albornoz. Me quedé fatalmente adherido a su emanación de mujer; intenté con todas mis fuerzas sustraerme a ella, pero la nariz había quedado enganchada en ese pliegue. Ella hinchó los pechos y los deshinchó con un leve gemido, y otra oleada de olor aturdió aún más mi cabeza. Me había tomado por la nuca y me hundió más dentro de su albornoz. De pronto no vi más que oscuridad, enterrado entre el algodón y su cuerpo mientras recorría, sin apenas espacio para respirar, su piel donde se mezclaba su olor personal y el del gel Avenakinesia. Su vientre comenzó a temblar espasmódicamente. Me apretó aún más contra ella mientras hipaba las cosquillas, y tuve una fulguración de lucidez, un instante de repentina consciencia en que sólo pensé Ya estoy curado, debo volver con mi Candela y dejar este camino sin retorno. Iba a sacar mi cabeza de allí, mal que me pesara, pero noté que su mano me oprimía la nuca y me hacía deslizarme hacia abajo, hacia un lugar boscoso y áspero donde, todavía cubierto en aquella gruta oscura que formaba sobre mi cabeza el faldón del albornoz, noté que me faltaba la respiración, y que quizá esa mujer no me dejaría salir nunca de allí, porque acababa de apresarme la cabeza en la guillotina de sus muslos, y empezaba a colear la cadera de placer. Qué manera más deshonrosa de morir, pegado a un coño, por asfixia. Utilicé ya sin reparo las manos para abrirle las rodillas y cuando por fin pude sacar la cabeza tuve la impresión de que la liberaba de las fauces de un león.

Susana estaba a punto de tener un orgasmo y no iba a dejarme escapar tan fácilmente. Me echó la zarpa al pelo, con la mirada ida, y me obligó a bajar a su entrepierna de nuevo. ¿Qué podía hacer? Le sujeté las rodillas para evitar de nuevo el cepo y lamí sin remedio hasta que cesaron sus espasmos y suspiró estremecida.

El resto fue quedarnos muy juntos y en silencio, largo rato. Duna se recostó entre nosotros, me olió la cara, luego olió el pubis de su ama, para comprobar que seguía en su sitio y no me lo había comido yo, y me dedicó una mirada de infinita comprensión animal y hermanamiento. Susana se quedó dormida. Aproveché para levantarme e irme sin hacer ruido tras recoger de la habitación del japonés la cajita con la cucaracha.

Candela dormía. Me duché para quitarme los olores de Susana. Después examiné mi captura. Estaba muerta. Era casi tan fea como cuando estaba viva. La tiré por el inodoro y volví a la cama. Me juré no volver a aparecer por el viejo piso de Delicias. Y antes de caer dormido, oí, como si estuviera allí mismo, la risa ebria y procaz de Susana mientras su vientre se agitaba por las cosquillas.

CAPÍTULO IX

La última vez que acudí al Tambor Alegre descubrí que no era el lugar que parecía. Doña Mauricia, la mulata que atendía la barra, tampoco era una lumi alegre. Tomaba antidepresivos desde los últimos años y practicaba la magia negra con animales muertos, bebiendo su sangre, según un ritual macabro de su origen dominicano. Pero esto lo supe después, en una sala de espera de urgencias. Estaba muy bebida ya cuando yo entré, y se anunció a todos los clientes gratis, abriendo sus brazos temblones y enseñando sus profundas encías. Cesaron los murmullos y se instauró un breve silencio desdeñoso y tenso. Pocos fueron los clientes que se volvieron siquiera para echarle un vistazo. Las mujeres, sentadas en los muslos de los dientes, hicieron como si se tratara de una broma sin importancia. Nunca me pareció tan escaseada por la edad como cuando dejó caer los brazos rendidos y se le diluyó la sonrisa dentada del rostro. Se le había arrugado la expresión; daba lástima allí, doblada sobre la barra, tan llena de anillos de baratillo y un collar con más cuentas que sus años. Destapó una botella de whisky y brindó:

—¡A la salud de todos los cerdos y todas las putas del mundo!

Dora acudió a quitarle la botella y a reprenderla. Ella se reía como enloquecida. Lo del gato vino después y nos cogió a todos de improviso. Ya habíamos olvidado el lastimoso incidente, y ella le juraba y perjuraba a Dora, en esa contrición etílica que es el último estadio antes de dejarse vencer por el sueño, que sería una buena chica, y que se portaría bien, con tal de que no llamaran a su familia ni la echaran del local.

Me senté junto a Dora, aturullado por el humo y un par de copas

de Larios que me tomé a su salud, y nos pusimos a hacer un poco de teología de salón, que ya empezaba a cogerle el gusto a la cosa. Ya no tenía ganas de hacer el amor con ella ni nada por el estilo. Más bien me apetecía defenderla de todos esos hombres que la merodeaban. Las palabras de mi amiga me adormecían, por momentos me imaginaba a mi madre contándome un cuento en la cama. Me despertó un grito.

Doña Mauricia había empezado a bailar como en trance con una especie de pellejo negro al cuello, al principio pensé que era una piel de marta, luego vi el ojo de gato y percibí el olor a cosa muerta. La sangre salpicó en la moqueta. Los dientes se le volvieron rojos en una sonrisa vesánica. Bebió un trago de sangre y soltó una carcajada. Retrocedimos, horrorizados.

No tenía ni remota idea de lo que estaba haciendo esa mujer. Para ser un espectáculo nocturno resultaba más macabro que otra cosa. Superaba con creces todos los números que había presenciado con serpientes.

Se desnudó y prosiguió con el ritual, silabeando frases inconexas, quizá de una lengua nativa, señalando a las capulinas y clientes a quienes quería condenar, hasta que un hombre le arrebató el animal muerto y la abofeteó. Ella cayó de rodillas, estremeciéndose en algo que podía ser lo mismo una carcajada que un sollozo. Después se desplomó al suelo. Auxiliadora intentó reanimarla, pero seguía inconsciente.

La llevamos al servicio de urgencias más próximo en un taxi.

—Se ha intoxicado con las pastillas y el alcohol —decía Auxiliadora.

Temblaba toda, de pies a cabeza, y eso que la habíamos abrigado como una esquimal. En cambio, Auxiliadora, quizá a causa del susto, se había olvidado de ponerse una ropa apropiada, o sea, que se veía que era una mujer de la calle a un kilómetro de distancia. Le tocaba la frente a su amiga y le tomaba el pulso, y el taxista miraba más por el retrovisor que por el parabrisas.

Así, sosteniéndola entre los dos, llegamos a la sala de espera. Había una luz de neón enceguecedora, y una mujer con aspecto muy tranquilo acompañada de un señor de barba, barrigudo, que se cubría una herida en la cabeza con un pañuelo. También andaba por ahí correteando la que debía de ser su hija, de unos tres años.

Tenía coleta, un mono de tirantes y mocasines. El hombre se había dejado el pañuelo en la cabeza y no paraba de retorcerse las manos y preguntarle cosas a su apacible mujer, que nos miraba alegre y sin pestañear. Pronto me di cuenta de que su marido no era el herido.

Doña Mauricia continuaba temblando y hablando como en delirio.

—¿Ves esa mujer de ahí? —le dijo el tipo a su mujer.

—Pues claro que la veo —dijo ella—. ¿Cómo no había de verla?

—A ver, dime qué ves.

—Una mujer.

—¿Qué clase de mujer?

—Qué pesado te pones.

Dora, enfurruñada, intervino:

—Oiga, un poco de respeto.

—Perdone —dijo el señor, y volviéndose a su mujer—. ¿Dónde está la Pili?

La cría se detuvo.

—Estoy aquí, mami.

—Ahí —señaló ella un lugar unos metros a la derecha de donde estaba su hija. Ella dio un par de saltos y se situó donde señalaba su madre.

Doña Mauricia tuvo una arcada y me echó la papilla en una pierna. Dora la llevó a una esquina, donde había una papelera, y allí acabó de expulsar. Luego se cayó al suelo, de culo. La ayudé a levantarse y a sentarse.

—¿Cuántos dedos hay aquí? —le preguntó a su mujer el tipo de barba y pañuelo en la cabeza, poniéndole delante de la cara cuatro dedos.

—¿Dónde?

—¡En esta mano!

—¡Cinco! —dijo ella alegremente.

—Dios mío, te has quedado ciega.

—Veo perfectamente.

—Mamá, esa señora ha vomitado.

—Siéntate aquí y no molestes, hija.

—¿Dónde estamos? —dijo doña Mauricia.

—En un hospital.

—Me voy.

Y como lo dijo lo hizo. Se escapó corriendo, tambaleándose, por el pasillo, hasta tropezar con una camilla que transportaba un viejo y derribar el gotero. Causó un fenomenal estropicio. El viejo se incorporó y dijo:

—¡Señora! ¿Le importa mirar por dónde va?

—Calla, viejo verde.

La volvimos a la sala de espera. Mientras Dora la reprendía por sexta o séptima vez en la noche yo aproveché para meterme en un aseo y limpiarme la pota con servilletas de papel. Me miré en el espejo y me pregunté qué rayos estaba haciendo yo allí.

De nuevo en la sala, doña Mauricia se había tranquilizado un poco. La niña, detenida ante Dora, la miraba como si fuese un marciano. Enseguida se olvidó de ella y continuó brincando por la habitación y diciendo cosas más o menos incongruentes:

—Vamos a ver, vuestros ojitos, ¿están bien? Si te portas bien yo te voy a cerrar los ojitos, a la una, a las dos y a las tres, ¡pamba! Y si no, te vas a meter en la cama, ¡cuidado!, te quedarás en el hospital toda la noche, para que te cures del accidente, ¿entendido? Y así se te pondrán buenos los ojitos.

La niña le recordó a Dora que sus pequeñas estaban solas en casa. Y empezó la lamentación de Auxiliadora. El señor de la barba comenzó a aporrear la puerta diciendo que su mujer estaba ciega, y cómo era posible que en urgencias les hicieran esperar tanto. Aquello era verdaderamente deprimente. Por fin les atendieron, y se quedó la sala en silencio, porque estábamos los dos pensando en esa pobre mujer a la que su marido había tenido que conducir como una ciega. Ciega de su ceguera.

Me quedé solo con doña Mauricia hasta que Auxi regresó de llamar por teléfono.

—Tengo que irme —dijo, muy pálida—. Esta noche…

—¿Qué ocurre?

—Problemas en casa. La cría está muerta de miedo y no para de llorar. ¿No te importa hacerte cargo de ella? Luego la llevas a casa en taxi. —Le sacó del monedero del bolso, como si fuera el suyo propio, un par de verdes y me los puso en la mano. Doña Mauricia ni se dio cuenta de la operación.

—Está bien, haré lo que pueda —dije.

—¿Me prometes que la acompañarás hasta su casa? Mira que no

haga ninguna tontería.

—Prometido.

—Eres un sol. Menos mal que has venido.

Me besó y salió deprisa.

No habían pasado ni dos minutos cuando doña Mauricia se dio cuenta de que Dora ya no estaba allí para vigilarla. Se levantó de nuevo y salió. Entonces me di cuenta de que Dora se había olvidado el bolso junto a ella.

Anduvimos un trecho por Reina Victoria; ella me golpeó con su bolso y me gritó que la dejara en paz. Paré un taxi. Me sentía tan mal como ella o peor. Tuve que subirme al asiento delantero y dejarla a ella atrás porque intentó clavarme su zapato en la entrepierna. El taxista me tomó por su chulo.

Y el chulo llevó a su puta a casa. Introdujo su cuerpo desmadejado en el ascensor, la ayudó a encontrar la llave, conectó la luz, la llevó a la cama, le quitó los zapatos.

Tenía en su alcoba una especie de santuario indígena, sobre una alfombra de piel de leopardo un reclinatorio flanqueado por altas velas y ante él un pequeño mueble altar con estampas de la Virgen, máscaras truculentas, una imagen de san Benito el Moro, patrón de los negros, plumas de pavo real, cuentas de collar y detrás, contra la pared, una cabeza de serpiente disecada y extraños ídolos de animales antropomórficos tallados en madera y pintados con pésimo gusto.

Por el resto de la casa también encontré objetos que recordaban vudú y sincretismo criollo, pero he de decir que pasé por ellos tan aturdido que ni me fijé.

Doña Mauricia había empezado a llorar en la cama, con un leve balanceo nervioso. Su ropa estaba tirada por el suelo de moqueta, y creo que vi como una docena de medias. Estar allí, en ese sitio extraño, tan ajeno, era tan impúdico como verla gimotear, medio desnuda. La dejé ahí, yo también me sentía triste y entiendo que cuando uno tiene ganas de llorar y de morir se busca un lugar solitario y apartado. Así que lo mejor era largarme. Cuando alcancé la puerta me llamó.

—¿Crees que estoy para que me echen a los lobos?

Pensé en alguna frase amable.

—No, está para que los lobos se echen sobre usted.

Se frotó los ojos en un gesto infantil. Lo mismo podía ser que le picaban.

—No me dejes ahora.

—¿Qué quiere?

—¿Tú qué crees?

Me encogí de hombros.

—¿Qué es lo que soy?

Ante mi silencio, ella misma se respondió:

—¡Soy una puta!

—De acuerdo. Cálmese.

—¡Hazme sentirme como una puta!

—Yo no sé hacer eso, señora.

—¡Mentira! ¡Lo haces con las otras y les pagas!

Sacó, moqueando, los pocos billetes que le quedaban en el monedero y me los enseñó, insistiendo una y otra vez en que ella era una viciosa, una ramera de vocación, y me abrió sus piernas arrugadas y así, oferente y obscena, en escorzo sobre la cama, era como uno de esos desnudos desgarrados de Schiele.

Esa mujer era capaz de hacer una tontería y arrojarse por la ventana, o tomarse veinte pastillas, ese tipo de cosas que uno oye de vez en cuando, o lee en un diario, y le parece que nunca va a estar en el lugar y en el momento en que algo así ocurra. Podía leer la violenta desesperación en la mirada de doña Mauricia, y su dolor era estridente e indecoroso, y cierto.

Y pensé que si uno ofrece su esfuerzo, su tiempo, su sueño, su sangre, su dinero a otro para ayudarle, por qué no va a dedicarle su sexo también, llegados a uno de esos despeñaderos de la vida, aunque sea el dudoso sexo de un autista y la sola palabra sexo le repugne. No era tan difícil aliviarla.

Si me viera mi mujer en este momento, pensé mientras me bajaba los pantalones, y ya le brillaban los ojos de deseo a la infeliz. Me exigió que la pegara un poco, le di unos cuantos correazos en la espalda, en las nalgas, sin mucha convicción.

—¡Más fuerte!

Así seguí un rato hasta que las carnes se le volvieron cárdenas de tanto martirio. Con la voz ronca y ahogada por la emoción me pidió que la escupiera, yo me negué tres o cuatro veces, y su insistencia acabó irritándome. Le escupí en la pierna. Ella me

abofeteó. La escupí en la cara.

Ella tiró de mí hasta obligarme a olisquear su piel achocolatada.

—¡Muérdeme! ¡Muérdeme fuerte!

En algún momento, en tanto la mordía aquí y allá, como una hiena sin hambre que no se decide a despachar un resto de venado algo descompuesto, me vi a mí mismo allí, vendiendo mi pudor a la caridad, pero poco a poco fui encontrando algo suculento en la carne vieja y salada, en el lametazo sucio, en el gemido de dolor.

Para complacerla le mordí los pezones hasta sangrárselos; no pensaba llegar tan lejos, pero está visto que es una piel demasiado delicada para estos juegos. Sorbí su sangre.

—Méate en mí —me suplicó.

Me puse encima de ella, de pie, y no me salía la orina. Ella abrió la boca, podía contarle todos los empastes y las muelas que le faltaban, y verle la campanilla y parte de la tráquea. Tenía una boca de caballo, con su quijada prominente, y esos dos orificios negros de su nariz eran el hocico. El desprecio me exaltaba. Estaba a punto de perder los nervios, notaba que el pulso me latía fuerte e iba a reventar un dique interior, un muro de infinitas contenciones. Lo que saliera de mí una vez roto el dique era algo que ni remotamente imaginaba. Puede que un loco, un asesino, un histérico, o incluso un hombre cabal. Todo esto pasaba por mi cabeza mientras me esforzaba en soltar el chorro de orina, contra todos mis principios, y si salía podía suponer que escaparía lo demás. La erección lo lanzó arriba, en un arco que cayó fuera. No intenté rectificar. No quería lamer después mi propia orina en su cara y ya empezaba a disfrutar del ritual. En cuanto acabé, ella embocó mi pene y sorbió las últimas gotas. Se lo metió todo dentro, hasta la garganta, hasta tocar con el labio inferior mis testículos. Y mientras succionaba, con las manos me separaba las nalgas y hurgaba en el orificio. Yo aún estaba de pie, y ella arrodillada. La agarré del pelo, la zarandeé un poco. Me zafé de ella empujándola con el pie. Cayó violentamente en la cama, todo su cuerpo era la petición de una paliza. Ya no me sentía yo mismo. El odio es una forma de licantropía. La penetré hincándole las uñas en las mamas fláccidas, ella cabalgó los pies en mis hombros, gritaba como una histérica, cabeceaba, babeaba, y cuando sentí que podía hacer con ella lo que quisiera, matarla incluso, mi saliva se espesó como el esperma caliente que le

bombeaba poco después, mala simiente que pide salir, en su vagina descosida.

CAPÍTULO X

Era ya avanzada la madrugada, quizá las cuatro, cuando salí de allí, a ruar un Madrid frío e inhóspito. Doña Mauricia y yo habíamos agotado casi todas las formas aberrantes del sexo, habíamos chapoteado juntos en un tonel de mierda, nos habíamos insultado y humillado. Después de vaciarme, repté por la cama y por el suelo. El agua fría de la ducha me despejó por completo. Sentía una infinita repugnancia de mí mismo. Ella quedó allí, cubierta de sangre, saliva y semen, entregada al sueño, mientras yo me iba.

Por primera vez en mi vida necesitaba desesperadamente hablar con alguien y no había nadie alrededor. Ya no me preocupaba lo que había hecho con la puta, sino cómo todo eso me separaba más y más de Candela y de mí mismo. Un vagabundo zangoloteaba por allí buscando un portal para extender sus cartones. Me acerqué a él dispuesto a contarle cualquier cosa. El hombre no quiso escuchar mis problemas, porque ya tenía los suyos propios, más graves que los míos, dijo mirando mi aspecto, pero para no parecer descortés me ofreció su garrafón de bencina.

Me llené el buche de brebaje. Noté que el tipo no hacía más que mirar el bolso de Dora.

—¿Me lo regala? —se decidió.

—No es mío, es de una señorita.

—¡Ah!

No bien se me subió el benzol a la cabeza anduve zigzagueando hasta la acera de enfrente y me metí de cabeza dentro de un enorme contenedor de basura. El mendigo abandonó un momento sus cartones y asomó su huesuda cabeza por el pozo.

—¿Está usted cómodo ahí?

—Perfectamente. Es como regresar al útero materno.

—Me sobran un par de cartones, por si quiere.

Su hospitalidad era conmovedora.

—No se preocupe, pero gracias de todos modos.

Esperaba la llegada del camión para que me triturase entre un montón de detritus. Así se daría cumplido mi destino final. Allí pasé un buen rato hasta que mi mente se despejó un poco y reparé en que el contenedor ya había sido descargado, y no pasaría más veces el camión esa noche. Nadie me recolectaría para devolverme a mi lugar de origen. Desde mi cubil podía ver la luna. Me venció una desesperación súbita.

Salí del contenedor al inhóspito mundo. El mendigo roncaba felizmente. Apreté fuerte el bolso de Ana y comencé a andanear calle abajo.

Todos los taxis pasaban de largo. Cuando me vi reflejado en un escaparate iluminado con un neón lo comprendí.

No sé cuánto rato anduve ni por dónde, pero sé que finalmente llegué a un callejón por la zona de Estrecho, y vi la figura de la Osa Grande pintada a tiza en los ladrillos, y la puerta franca.

Dora tardó bastante en abrir, estaba casi dormida cuando miró por la puerta entornada, pestañeó varias veces, hasta reconocerme.

—¿Tú otra vez?

—Busco asilo y calor.

Alcé su bolso, como la excusa de un lunático. Ella se tapó la nariz y me metió dentro.

Dora andaba medio desnuda con su camisón doblado. Dijo:

—¿Llevaste a doña Mauricia a su casa?

—Todo arreglado.

—No hacía falta que vinieras a traerme el bolso esta misma noche. ¿Qué te pasa? Te encuentro extraño. ¿Dónde te has metido?

—¿Crees que soy poco comunicativo?

—Anda, acuéstate, estás hecho una pena.

Me preparó una cama plegable en un cuarto del fondo de la casa. La sacó de un armario trastero diciendo que no sabía si aún funcionaba. Entre los dos logramos estirarla. Me besó en la frente como una madre que da las buenas noches y se volvió. También ella estaba muy cansada, y ni yo ni ella sabíamos qué hacía yo allí.

Pronto descubrí que era una

cama-cepo.

Con razón había dicho que llevaba años sin ser usada. Estaba un rato estirada y de pronto, al apoyar el peso sobre el centro, se cerraba y te convertía en un sándwich. Dora ya se había ido a dormir. La desplegué de nuevo, pero siempre acababa tragándome. Al final me quedé dormido allí dentro.

Unas horas después oí unos gritos provenientes de otra habitación que me desvelaron un poco, pero mi dormir era demasiado profundo y los asimilé a un extraño sueño donde unas bacantes desnudas me perseguían por la Gran Vía, y nadie hacía nada por impedir que me devorasen. Cuando los gritos se hicieron demasiado fuertes, y se unieron otros ruidos desaforados, como un retumbar de las paredes, y cosas que se caían, y el llanto de las niñas en otra habitación, me desperté de golpe y aterrado ante la idea de que algo muy gordo estaba pasando. Me senté en el borde de la cama y traté de pensar; imaginé por un momento que quizá ella estaba representando una sesión sadicomasoquista con algún cliente, pero esta hipótesis se caía por su propio peso ante la magnitud del escándalo que se estaba oyendo.

Me acerqué, tambaleándome, aturullado aún por el breve sueño, a ver lo que estaba ocurriendo allí, entre el salón y el vestíbulo. Entonces presencié algo espeluznante. Un hombre estaba matándola con un cuchillo de cocina. Dora, desnuda, se revolvía ya sin fuerzas y recibía las cuchilladas con un hondo gemido y un temblor, abandonada a su fin. Sólo presencié directamente una estocada en apenas una fracción de segundo y tuve ya la visión de cosa irreversible y funesta, la sangre, el espasmo agónico, la voz sin fuerzas contra la brutalidad del otro, la vida que se extingue, entre el miedo y la incomprensión. El impacto me nubló la mente de modo que creí desmayarme. Me sobrepuse apoyándome contra la jamba. Retrocedí antes de que el tipo pudiera verme. No tenía valor ni entereza para intervenir. En ese momento oí el llanto de una de las niñas. Me deslicé hacia su cuarto, temiendo que una de ellas saliera, o que el asesino fuese a su encuentro. Corrí el pestillo nada más entrar. Carolina, la mayor comenzó a gritar al verme en la oscuridad, y la más pequeña la secundó enseguida. Le tapé la boca a aquélla, que estaba muerta de miedo, y pese a todo mordía,

pataleaba. Incapaz de contenerla mucho tiempo la solté y encendí la luz. En ese momento se giró el pomo de la puerta. Me pegué a ella, por si acaso. El hombre desistió enseguida y se largó. Ellas estuvieron gritando «¡mamá, mamá!» con una tronante desesperación durante un rato, replegadas en una esquina, abrazadas, arañando la pared, como buscando alguna oquedad protectora, hasta que se les agotó la voz y entonces sólo temblaban y jadeaban sin quitarme los ojos de encima. En sus pupilas dilatadas se concentraba la materia misma del pavor. Un miedo desvalido y animal. Y yo me reflejaba en ellas.

Estaba casi seguro de que el criminal se había ido de la casa, temiendo que los gritos hubieran alertado a algún vecino. Meditaba cómo salir de allí e impedir que las crías vieran a su madre.

—No os mováis y no os pasará nada —les dije.

Visión de la muerte sobre el suelo frío, el espectáculo impúdico y horripilante de un cuerpo desangrado, vaciado, fláccido, la piel que se va tornando azul, la mirada que se convierte en vidrio, la desnudez sin mujer y sin calor, el tiempo que pasa y no late, el rostro desprovisto de pensamiento, los órganos que se han parado, una simultaneidad de lo inmóvil y yacente, un segundo de honor y sin transcurso, un cuerpo rígido e inmutable, ajeno a las miradas, que está ahí, anclado en la muerte. Ha huido de ella el beso, la caricia, la fuerza de la pelvis, la saliva mezclada con alcohol, la palabra cierta o fingida. No le queda ni maldita su sombra. Hay un grito que reverbera en la casa y luego nada, silencio. Sólo quedo yo allí, esperando a que algo al fin se mueva, aunque sea por una leve corriente de viento, esperando un signo de continuidad. Pienso Dora y hasta parece difunto su nombre. Qué sola está ahí y se queda abierta toda pero ya sin nadie a quien entregar su carne, salvajemente extendida como una gran incongruencia, indiferente a la luz que va pasando, al hombre que la mira, y es ese ser que quisimos pero ya no podemos querer: queremos su recuerdo. Nadie puede amar esa persona tan muerta que parece imposible que haya vivido antes, pensamos sin querer que no puede ser el ser que conocimos, porque ya no está, no se le reconoce ni aunque sea el retrato del vivo, el vivo retrato del muerto.

Alargando el cable del teléfono puedo vigilar la puerta del cuarto de las niñas. Casi no me sale la voz.

—Ha… ha habido un asesinato —digo, muy bajo para que no lo oigan ellas. Suena a confidencia de bromista. El operador me pasa con otra voz, femenina. Repito el mismo mensaje, me hace hablar un poco más, para calibrar mi tono de voz. Me pide los datos personales y me pasa con un tercero.

—Está aquí, vengan.

—¿El asesino?

—La víctima.

—¿Qué ha ocurrido?

—Vengan, no puedo describírselo. Vengan rápido, por el amor de Dios.

Se presentan dos patrulleros. No pasan apenas de la puerta. En cuanto ven el cadáver se les corta el aliento. Desenfundan los dos la pistola. Permanezco yo junto al teléfono, vigilando la puerta, sin moverme, ni ganas, y me gritan, como si fuera a esgrimir un arma:

—¡Quieto! ¡No se mueva de donde está! ¡No toque nada!

—Les digo que tienen sacar de ahí a las niñas, las hijas de la mujer.

—¿Dónde están?

Señalo la habitación.

Uno de ellos lo cubre desde la puerta, apuntándome, mientras el otro va a buscarlas.

—Sobre todo que no la vean.

Salieron las dos criaturas tapadas por una manta y pegadas al oficial. Se me partía el corazón de verlas.

Mientras uno bajaba al coche, el otro se quedó allí, vigilándome y dando el aviso a Jefatura. Calificó lo que estaba viendo de «espeluznante». Enseguida se presentó una brigada de agentes que precintaron el piso, inspeccionaron las dependencias, tomaron fotografías de absolutamente todo, midieron, anotaron cosas en una libreta y recogieron muestras: sangre, pelos, qué sé yo. No me hicieron ninguna pregunta, pero no dejaban de observarme. Llegó el forense y poco después dos inspectores del grupo de homicidios, éstos sí tuvieron más en cuenta mi presencia, por desgracia. Uno era bajito y con el pelo algo rapado, y el otro no mucho más alto, entrecano y con gafas. Examinaron el cadáver, la trayectoria de las cuchilladas, casi todas en órganos vitales. El forense ordenó el levantamiento del cuerpo después de que limpiaran el charco de

sangre para trazar con tiza la silueta del cuerpo yacente.

Los inspectores se presentaron amables y graves. Me preguntaron si no me importaría responder a algunas preguntas, como principal testigo, aunque más tarde tuviera que hacer una declaración formal en comisaría. Les dije que sí. Me tomaron todos los datos en una libreta.

Les conté qué hacía yo allí, cómo y cuándo vine, pasando por alto mi patética actuación en casa de doña Mauricia. Especifiqué que mi relación con Dora era de amistad. Los tipos se intercambiaron una mirada escéptica. La diferencia entre ser un mero sospechoso y ser el sospechoso que además denunció el crimen radica, creo yo, en la amabilidad con que el lanzador de puñales te avisa de dónde va a clavar el siguiente.

—¿Qué quiere decir con una relación de amistad?

—Que no vine aquí a acostarme con ella.

—¿Para qué vino entonces?

—Para devolverle un bolso que se había dejado en el hospital, cuando fuimos a urgencias.

—¿A las cinco de la mañana?

—Exacto.

—Ya.

—Y esta misma mañana me despertaron unos ruidos, los del hombre forcejeando con ella.

—¿A qué hora exactamente?

—Serían como las seis y media o las siete. No miré el reloj.

—¿Está seguro de no haber oído a alguien llamando a la puerta, o a la víctima abriendo?

—Lo primero que escuché fue el grito de mi amiga, que fue lo que me desveló. Y provenía de su dormitorio, de eso estoy seguro, porque me llegó a través del tabique. Estaba medio dormido y supuse que ella tenía alguna pesadilla y volví a dormirme, pero luego me despertaron otros ruidos más fuertes, gruñidos, y nuevos gritos, golpes por ahí, contra una puerta, contra la pared.

Les indiqué los lugares donde nos encontrábamos cada uno, ella, el hombre que la agredía y yo, mi ángulo de visión, los desplazamientos, y cómo me encerré con las niñas. Antes de proseguir con el interrogatorio estuvieron inspeccionando mejor algunas partes de la casa para averiguar por dónde accedió el

asesino. La puerta no estaba forzada ni había indicios de que el bombillo de la cerradura hubiese sido violentado.

—¿Está usted seguro de que ese hombre no estaba en el piso cuando usted llegó?

—Prácticamente, sí.

—Descríbanos con la mayor exactitud posible al hombre.

—Más bien calvo, un poco gordo, ancho de espaldas, fuerte, llevaba pantalones oscuros y camisa de tela vaquera, tirando a bajo. No pude fijarme en su cara. Sólo vi cómo la apuñalaba una vez y cerré los ojos porque empecé a marearme.

—¿Color de pelo?

—No lo sé.

—¿Algún otro rasgo? Intente recordar.

Negué sacudiendo la cabeza.

—¿Recuerda cómo sonaba su voz?

Volví a negar.

—¿Por qué lado estaba calvo?

—Creo que sólo tenía pelo por detrás.

—¿Vio si llevaba guantes?

—No.

—¿No lo vio o no los llevaba?

—Lo primero.

—¿Lo reconocería si lo viera?

—Quizá. No estoy seguro.

Estudiaron la parte que daba a la calle, por si hubiera saltado desde un piso de alrededor. Había un patio de luces al que se accedía por la ventana de entreplantas. Barruntaron enseguida que, por el exterior, el asesino accedió saltando desde la ventana de la escalera a la palomilla del tendedor del piso, y de allí entró por la ventana de la cocina. Aplicaron al alféizar unos reactivos y se dibujó la huella de su calzado, que era como una de las que habían encontrado por el suelo.

Después estuvieron echando un vistazo al vestuario de Dora. Mientras uno de ellos examinaba una liga negra, llegó un agente del grupo de establecimientos. Conocía a Dora, conocía a todas las chicas del Tambor Alegre. Parecía un poco apenado por la suerte de mi amiga y la de sus dos hijas.

Me dejaron irme a mediodía, tras avisarme de que me

mandarían una citación para declarar.

Candela no había ido a la oficina. Me estaba esperando. Pasé ante ella musitando un saludo abochornado, intentando dominar el temblor de mis rodillas. Debí de darle tanta pena por mi lamentable aspecto que no me preguntó nada, cosa que agradecí infinitamente. Sé que apestaba. Había previsto darme una ducha, pero desde que entré en casa se materializó en mi cuerpo la verdadera medida del cansancio. Me desplomé en la cama. Dormí más de veinticuatro horas de un tirón.

Los días siguientes han sido tensos. Ella espera una explicación. Es tan obvio que preguntármelo hubiera resultado un poco estúpido, aunque necesario. El primer problema que tuvimos desde el principio de nuestra relación fue omitir las preguntas delicadas. El segundo, no adelantar las respuestas. Candela espera después de llegar de la oficina, preparando la mesa para la cena, espera ojeando la programación de la noche, nerviosa, en el sillón, con las piernas cruzadas, balanceando un zueco en vilo. Creo que si no me viera tan abatido y pesaroso me estrangularía.

Esta mañana ha sonado el teléfono mientras Candela se vestía para ir a la oficina. Ella fue a contestar. Volvió a la cama y me dijo, con una falsa naturalidad que acostumbra a adoptar cuando se pone sarcástica:

—Es un inspector de policía. Debe de ser para ti. ¿Le pregunto qué ocurre o prefieres atenderle tú?

Sencillamente me niego a dar explicaciones. No sabría ni por dónde empezar. Todo se vuelve repentinamente abstruso y enrevesado. Ella me haría multitud de preguntas que no sabría cómo contestar, ni cómo justificarme ante sus acusaciones.

Le irrita mi forma de dar vueltas por la casa, ordenando los libros de la estantería. Oculto mi delito en los libros. Los dispongo primero de mayor a menor, luego por la saliencia de los tomos, y al fin aunándolos por grosores. Candela me observa exasperada porque nunca entendió mi incapacidad para ordenar los libros por autores o por temas. Ahora mi zozobra me lleva a ordenar y desordenar, y ella sabe que eso es un síntoma de que algo he hecho mal.

Nos buscamos y no nos encontramos. Nos hemos perdido en este enorme espacio recién pintado y amueblado. A veces nos cruzamos

en el pasillo del comedor a la cocina, ella va con platos y yo vuelvo sin platos, yo voy con platos y ella vuelve sin platos. Surgen pequeños enojos por tonterías (quién fue el último que usó las tijeras antes de que desaparecieran): en la sobremesa no me dejó ver a mis amigas las nutrias de la segunda cadena; ella quería culebrón lacrimógeno. Al final, apagamos el televisor. Ni siquiera lo discutimos. Ahora, a las puertas del siglo XXI, las guerras se zanjan apretando un botón, los amores empiezan con un módem.

—Estás paranoico e insoportable —dice.

Mi autismo se agudiza. Ahora cuando suena el teléfono me deslizo subrepticiamente a mi cuarto, y así Candela sabe que no estoy. Si suena el timbre, corro a esconderme. Dentro de poco alcanzaré la invisibilidad total, y al fin seré libre.

Quisiera atarle un hilo a Candela para saber qué ha seguido en nuestro laberinto, qué pensamientos habitan en su cabecilla de Ariadna.

Me arrepiento de haberla engañado, pero a veces pienso que ella tampoco me lo pone nada fácil (lo cual tampoco es una justificación). Se queja siempre de que no hablo mucho, ella, que ha hecho de su ciberdespacho su oficina, su barricada. De regreso del trabajo, estos últimos meses la he encontrado enfrascada en sus traducciones ante un par de ordenadores. No cesa de trabajar. Parece un piloto de avión en su cabina, frente a un sofisticado entramado de pantallas cuya función sólo ella conoce. A veces me asomo un rato a mirar con mudo asombro cómo con sus dos ratones viaja de un compartimiento a otro, adentrándose por sucesivos laberintos iniciáticos, y sé que ella sabe que de ese modo ostenta una cierta ventaja sobre mí. En cierta ocasión, antes de que ocurriera todo esto, le pedí que me hablara un poco de su oscurantismo informático, de sus conexiones con Internet, y por toda respuesta se rió de mí. Le han encargado traducir un montón de manuales de instrucciones de nuevos programas de ordenador. Creo que aprende sobre lo que va traduciendo y luego se compra esos nuevos programas que traduce para seguir traduciendo más y de ese modo arrinconarme a la servidumbre de la ignorancia. Sus dudas las debe consultar con el vecino. Data Circuit Terminating Equipment, Coupled Transistor Logic, Digital Differential Analyzer, ella es feliz así, por un rato parece que no necesita nada

más en el mundo.

Pero la conozco lo suficiente para saber que me está retando. Esto es un pulso de silencio, encono y obcecación. Quiere combatirme con una fría indiferencia, hacerme sentir que yo tampoco existo para ella, por orgullo, y así pagarme con la misma moneda, a ver si estallo, confieso, lo suelto todo. Ha encontrado en el trabajo retrasado una excusa para justificar que puede prescindir de mí. Yo le preparo la cena y antes de sentarse conecta el televisor para que alguna serie española nos amenice la cena.

Los peores miedos son, en el fondo, aquellos que se sabe que se van a cumplir. Y yo he hecho del matrimonio mi profecía autocumplida. No tengo derecho a lamentarme de lo que yo mismo he procurado en destruir, aun temiendo que así fuera. Dicho de otro modo, nos hundimos porque está en la naturaleza del escorpión el picar a la rana. Volveré a donde me merezco: mi jodida y prehistórica soledad de iguana en su atalaya de roca. He dejado que se desespere sola, sin estridencias, y de un día para otro se dé cuenta de que nunca llegamos a estar juntos.

No volveré al calor fatigoso de sus hechuras imperfectas, a besar esa boca que me hablaba boleros, a su cuerpo que bailaba boleros, dulce mentirosa, puta romántica, monja frustrada en el lupanar de la alegría, mujer a quien en verdad nunca poseí, porque ella depositó sus propios sueños imposibles sobre mí, igual que Candela, y los míos eran distintos, yo fui allí a hacerme un simple chequeo médico prematrimonial y acabé encontrando un cadáver, once puñaladas, murió allí sola y desangrada, y dónde estarán ahora sus dos hijas nacidas en la Argentina, una de cuatro y otra de dos, la mayor que estudiaba en un colegio de monjas, porque su madre quería darles una educación ejemplar. Toda persona es un recuerdo para un triste autista. El amor es un recuerdo, por eso no nos podemos casar.

Necesitamos de una puta que nos mienta dulcemente, igual que aceptamos como benéficas las demás mentiras, la de la señora de la tienda de ultramarinos cuando le preguntamos si son buenos esos pimientos de lata del mostrador.

Me refugio en mi cuarto e intento ordenar mi mente con una ocupación. Me resulta muy relajante pasar horas con el *Gran libro del mundo*, el atlas de todos los atlas, y llenar mi mente de cabos y

de golfos, de accidentes que sólo pueden ser montañosos y ríos que sólo son de agua, y brazos de mar y gargantas de piedra, me sumo en una geografía de lo inerte durante horas y horas, hasta que mi mente recupera su cadencia autística, su fijación detallista y reconcentrada en imágenes complejas, en formas geológicas aparentemente arbitrarias y sin significado.

Las más de mil páginas del *Gran libro del mundo* contienen cada rincón de nuestro planeta en toda su latitud y longitud. Me tranquiliza el gigantismo del atlas, su exactitud y su prolijidad. Dejar el mundo real para adentrarse en el mundo virtual de las coordenadas y las abscisas, de las escalas y los grados, donde cada lugar tiene su localización exacta. Situar, enlazar una página con otra, recomponer mentalmente el rompecabezas del planeta Tierra, jugar a montar y desmontar el globo terráqueo, averiguar sus formas y relieves, trazar puntos, calcular distancias, demarcar territorios. Viajo a los lagos helados de Groenlandia, sus caminos de hielo; me detengo a escudriñar el lecho anfractuoso de los océanos, sus piélagos abigarrados, sus hoyas y volcanes. Y cada lengua de tierra que recorta la silueta de un continente, y de un golpe de vista pasar de la árida vastedad del desierto del Sáhara a la feracidad amazónica y seguir con el dedo índice, como un niño que aprende a leer, el laberíntico cedazo de afluentes que se ramifican en afluentes que se ramifican. Volver a las grandes ciudades del mundo, examinar sus planos, imaginar itinerarios, visitar museos, parques, memorizarlos poco a poco, retener trazados urbanos sin utilidad, solapadamente, Ámsterdam, París, Buenos Aires, México, Nueva York; algunas ciudades, como Los Ángeles, han sido concebidas con escuadra y cartabón, pero yo prefiero las caóticas, las concéntricas, las fragmentarias. Comparar los planos con las fotos aéreas, salir de la ciudad a un fiordo noruego, sentir el frío de lo blanco, con sus pequeñas sombras azuladas, imaginar el rincón más helado e inhóspito del mundo y luego mirar al techo blanco e imaginar que uno ya está confortablemente congelado y no siente nada.

Durante un tiempo creí que el cuerpo de Candela era un mapa físico, que uno podía transitar por él peligrosamente, aun creyendo conocer el terreno que pisa; un mapa ancheado en las caderas y los hombros, variable, con zonas cálidas y frías. Voy descubriendo, además, un mapa político. El mapamundi Candela posee una

jurisdicción ardua y políglota. Ahora no se deja habitar libremente, ya no es un páramo fresco que invita a descansar al viajero libremente, no es la naturaleza que te ofrece hospedaje gratuito. Hay aduanas, preguntas, registros, hay trámites para pasar de un sitio a otro, hay diferentes lenguas (casi todas extrañas), leyes distintas, condenas variables, hay tiranías (la casa), partitocracias (la mesa, la cama), anarquías, monarquías y menarquías, despotismos y nepotismos, existen diferentes parlamentos, todos extenuantes, y en cada país una memoria de guerras perdidas.

Me conviene, como visitante, saber dónde están sus embajadas, hace falta mucha diplomacia, una nación aparentemente pacífica esconde arsenales de armas nucleares. Candela es un pandemonio de países, y yo, ingenuo, he pretendido viajar sin pasaporte, hablar el esperanto y pagar en Ecus.

Para colmo de males, El Tambor Alegre salió en la tele, en uno de esos programas donde los coches se estrellan de verdad y los paracaídas no se abren. Estábamos Candela y yo, en casa, tomando un café y comentando la programación de la noche cuando doña Mauricia surgió ante nosotros en la pantalla. Tuve una impresión paranoica de que mi propio fantasma se me aparecía en ese territorio a medias real y ficticio del televisor, para delatarme ante ella. Y me dije «esto no puede ocurrirme a mí». En cuanto vi a la prostituta tras la barra, junto a su colmena de periquitos, se me atragantó el café, lo escupí tosiendo.

—¿Qué te ocurre?

—Está demasiado amargo el café.

—Pues le he puesto dos cucharadas.

Me puse otras dos y me lo bebí con ese nerviosismo delator de quien intenta borrar las huellas de su mentira. No quería ver aquello, pero tampoco quería que Candela se quedara viéndolo y no saber yo lo que había visto u oído. A doña Mauricia se la veía muy locuaz ante la cámara. Estaba maquillada hasta la raíz del pelo. Se había puesto un vestido de noche con lentejuelas, de exagerado escote, y enderezado los pechos con algún artificio particular, de suerte que parecían mucho más que lo que eran. El emplasto de maquillaje no absorbía bien la luz del foco, y con el calor se le derretía en goterones que mostraban al mundo sus tristes arrugas. Habló del hombre que han detenido, que solía recalar por ahí

porque estaba encelado con Dora, la pobre, quién iba a decir que acabaría así, tan llenita de puñaladas. Todo había pasado porque allí —mencionó la calle y el número— sólo se relacionan con gente honrada, y a ése le vieron enseguida la cara de psicópata, y ya le dijeron que con viento fresco, que allí no lo querían, que una cosa es ser del oficio y otra subirse con un cualquiera, oye. Ellas son muy buenas chicas todas, chicas de primera, también les gusta recibir cariño, muchos clientes tienen atenciones especiales con ellas. En la casa se quiere ver a la gente contenta, para eso están las chicas, ¿pero cómo van a impedir que entre allí gente de mala calaña? ¿Quién las protege a ellas de los criminales y la gentuza? Los chulos son todos iguales, unos sinvergüenzas y unos saca plata, y muy poco de fiar, hay que gestionarse ellas mismas el negocio. En fin, la pobre mujer deja dos criaturitas solas, qué tragedia para todas, ahora con el susto ya no pueden ni trabajar estos días, el susto no se lo quita nadie, fíjese que voy a subir yo ahora con cualquier hombre limpio que parece honrado y ya estoy pensando que puede tener un cuchillo, o una pistola.

Durante el reportaje, Candela estuvo casi más pendiente de mí que de la pantalla. Observó cómo empezó a subirme un ligero temblor por el cuerpo, acompañado de un repiqueteo de los pies contra el suelo. No perdía detalle. Me tendió una trampa en que sólo un perfecto torpe como yo podía caer. Dejó el mando —que hasta entonces lo manejaba ella— a mi alcance. Me apresuré a cambiar de canal, por un temor supersticioso a salir nombrado o qué sé yo (estaba demasiado nervioso para pensar con frialdad). Ella me arrebató el mando y regresó al canal.

—¿Qué te ocurre? —me espetó.

—No me gustan estos programas.

Me levanté y me fui.

CAPÍTULO XI

Mi vida parece llegar a un punto decisivo, o al menos a un viraje.

Me veo de nuevo en clase, ante una treintena de caras que me miran fijamente, cuántos de ellos habrán visto en la pantalla a la prostituta que pudo delatarme, con que uno averigüe algo dejaré de ser el profesor más aburrido e insulso del instituto, me convertiré en un sospechoso criminal mezclado con el hampa y la prostitución, quizá entonces empezara a existir para ellos, no como mera entidad, boca que habla de cosas ininteligibles, mano que escribe una calificación, sino como una persona real, con una enigmática personalidad de delincuente, acaso me escucharan entonces con intriga, cuchichearan, vinieran puntuales y tomaran nota de lo que explico en la pizarra.

A veces me siento incapaz de dar la clase. Nada más entrar, el griterío me aturde. Carezco de la entereza necesaria para imprimir a mi tono de voz (callaos de una vez) la justa medida de furor y amenaza, así que estoy poniendo ceros a diestro y siniestro, y al fin se tranquilizan. Atravieso los pasillos cabizbajo, acudo a encerrarme en mi departamento, y cojo cualquier libro para esconderme un rato. Algunos colegas cabecean al verme pasar, y comentan que tengo los síntomas de esa enfermedad endémica de los centros públicos de enseñanza por la que tantos docentes piden la baja.

Me persigue el cuerpo grande y blanco de Dora cosido a cuchilladas, su piel ya casi flotante sobre un largo charco de sangre ramificado en diferentes lenguas por las junturas de las baldosas, qué oculto vocabulario de signos. Desde el rincón de la casa en que comenzó a arrastrarse, a vaciarse hacia la entrada, arañar una

puerta que pesa infinitamente y no deja escapar a la escalera un suspiro de auxilio. Porque en ese tramo del fondo el charco es más disperso y hay como un hueco limpio en medio, la horma de sus brazos braceando en el horror, y no puedo evitar imaginar cómo fue desde ese momento en que cayó o la tiraron. Ahora es la boca abierta con la lengua posada en los dientes, los labios azulados, los ojos mirando al techo con una liquidez oscura y quieta. Toda esa humanidad de mujer que antes oscilaba, se expandía en el amor, ahora se ha licuado a través de las grietas. Estoy haciendo el primer cálculo de la sordidez mientras oigo el vocerío de los chavales saliendo al recreo, aunque para mí apenas existe ahora otra cosa que Dora yacente, desnuda, ella que nunca hizo daño a nadie, las manos crispadas cerca de la cara, las uñas ingenuas tintadas de azul.

Un colega del departamento me ha pillado *in fraganti*. El otro día me dijo:

—No hace falta que te tomes la Logse tan al pie de la letra.

—¿Cómo dices?

—¿Qué haces con un manual del primer ciclo de la ESO? ¿No impartes tú a los bachilleratos?

No voy a pedir la baja. Sé que puedo afrontarlo en cosa de unos días. Necesito ordenar mi mente. Tengo que hablar con Candela, sacudirme toda esta culpa estúpida e improcedente. Voy a tomarme en serio mis clases y a ser mejor profesor.

No será fácil. A estas alturas parece claro que a mis alumnos, salvo algunos casos no del todo averiguados, no les interesan las matemáticas. En mis tiempos esto no ocurría, quiero decir que si una asignatura nos era ardua o aburrida, nos esforzábamos en sacarla adelante como fuese. Muchos de estos chicos, no todos, me escuchan adormecidos tras los pupitres, siguen mis trazos en la pizarra como si vieran moscas, no sé qué inmensa losa ha aplastado sus encefalogramas. Recuerdo la primera vez que hablé de Pitágoras en un aula. Empecé lleno de ilusión, pero al llegar a los catetos hubo tal desparrame que perdí por completo las riendas de la clase.

He hablado con el orientador psicopedagógico del Instituto, un tipo expansivo y convincente que trabajó antes en una empresa privada y en el primer año que lleva en este Centro ha sabido meterse al equipo docente en el bolsillo, lo mismo a los ugetistas

que a los conservadores, a los interinos que a los catedráticos, con una paradójica mezcla de filosofía de autosuperación y Logse.

—Dales algo de lirismo, hombre —me ha dicho—. Ponle un poco de poesía a las matemáticas. Que no sean sólo números. Y alegra esa cara. Se te ve un poco pachucho.

—Yo veo mucha poesía en los números.

Se ha reído, el muy imbécil, tomándolo por un chascarrillo.

—Hay que motivar a los chavales, háblales con su lenguaje, acércate a su mentalidad.

He estado dando algunas vueltas al consejo del orientador y decidido que es hora de poner más poesía y motivación a las matemáticas. Hoy tocaba explicar los logaritmos. Rebusqué en mi biblioteca y encontré algo poético. He acudido a dar mi clase decidido a venderles la magia de los logaritmos. Les he anunciado a los chicos que iba a recitarles un poema que se escribió en el prólogo a la clásica obra de John Napier, el inventor de los logaritmos, titulada *Una descripción de la maravillosa regla de logaritmos*. La obra está fechada en 1614. Dice así:

Su uso es magnífico en toda medida verdadera

de tierras, planos, edificios y fortificaciones,

así como en Astronomía y Gnomónica,

geografía y navegación.

En estas materias los jóvenes estudiantes

obtendrán muchas ventajas

y los más hábiles, además,

pueden ahorrarse tiempo y trabajo.

—¿Qué os parece? —cierro el libro con entusiasmo.

Algunos me miran como si acabaran de despertar.

—Bueno, ¿es que no tenéis nada que decir?

—¿Qué es la Gnomónica? —inquiere el más aventajado.

—¡La ciencia de los gnomos, juá! —aúlla el payaso de turno.

He vuelto a ver si me orienta el orientador psicopedagógico. Estaba muy ocupado haciendo no sé qué Adaptaciones Curriculares, me ha mirado por encima de su archivador antes de avisarme:

—He estado revisando tu programación de Matemáticas. Demasiados contenidos conceptuales, y muy pocos procedimentales y actitudinales. La metodología está desfasada. Hay que recauchutarse.

—¿Qué puedo hacer para recauchutarme?

El orientador suspira hondo.

—Tú sabes mucho de números, ¿verdad?

No respondo.

—Bien, a ver si eres capaz de decirme qué número, si se le quita la mitad, da cero.

—Me rindo.

—El ocho, quitándole la mitad de arriba, o la de abajo.

Soy tan zoquete para estas cosas que me cuesta entenderlo. El orientador se ríe ante mi ostensible desconcierto. Añade, riendo su propio chiste:

—¿Y cuál da cero si se le quitan los dos tercios?

Me encojo de hombros.

—¡El UNO! ¡Como tiene tres letras, si le quitamos las dos primeras, da cero!

El caso es que cuando he salido al pasillo ya no sabía ni dónde estaba la salida. Eché a andar al azar y al fin di con la sala de profesores. Al lado, una madre estaba hablando con un tutor. Se trataba de su hija Nadia, una de mis alumnas que, por cierto, se había perdido el maravilloso poema sobre los logaritmos. No bien mencionó la palabra *matemáticas*, instintivamente giré sobre mis talones y huí de allí. Pero el tutor me vio y le dijo:

—Mire, ahí está su profesor.

Aceleré el paso. La madre se apresuró a alcanzarme, casi corriendo.

—¡Oiga! ¡Espere!

Me dejé abordar por ella fingiendo sorpresa, diciendo «¿es a mí?» (y me salió un tono agresivo, como el de Robert de Niro en *Taxi driver*). Evidentemente ya se había dado cuenta de que la rehuía, y estábamos los dos (ella por perseguirme y yo por escurrir

el bulto) bastante azorados. Nos metimos —me metió— en la primera sala vacía que encontramos, un poco perentoriamente, como dos amantes que se refugian en la habitación de un hotel.

Yo me encomendé a Nuestra Señora de las Candelas.

—Siento molestarle —dijo bloqueando con la espalda, como distraídamente, el acceso a la puerta—, pero es que tenemos un problema serio con nuestra hija, y usted le da clase. Ya hemos hablado muchas veces con el tutor y no sabemos qué hacer.

—¿Ha hablado con el orientador?

—También. Y me ha dicho que me dirija a usted.

Le pregunté quién era su hija, aunque ya estaba perfectamente al tanto de Nadia —también llamada *la perla de Oriente* por sus profesores—: me había tocado a mí ser su Instructor de un expediente disciplinario abierto por robar un extintor y rociar el baño de los chicos. Es una criatura hermosa y díscola, a la que la naturaleza, irónicamente, ha dotado además de unos atributos sexuales más vistosos de lo normal, por lo que pasea su orondo trasero como una diosa por las filas de mirones. Su madre, en cambio, es una mujer garrida, con aspecto de sirvienta o limpiadora municipal y un recuelo de olor a desinfectante, avejentada por el trabajo y acostumbrada a bajar un poco la cabeza ante quienes considera de rango superior, como yo. Calculé el grado de desesperación que le habría llevado a tenderme tal encerrona.

La pobre mujer no me ocultó nada: que les robaba dinero para gastárselo en copas con los chicos, que volvía los fines de semana a las siete de la mañana y le vomitaba en el sofá… en fin, el repertorio de siempre. No podía imaginarme qué quería de mí la mujer, aparte de desahogarse. Intenté llevar el asunto hacia las matemáticas, por ver si sacábamos algo en claro.

—El caso es que las matemáticas le gustan —dijo—. Es su asignatura favorita. Por eso las ha cogido.

—Vaya, eso sí que no me lo imaginaba.

—Hace unas operaciones mentales con una rapidez que no se imagina. La chica vale para esto. La tengo dicho que estudie una buena carrera, para que no desperdicie este talento natural, que no acabe como yo, pero ya ve, se está desperdiciando de mala manera, todo el santo día en la calle, como una fulana, con esos vaqueros que llevan rajados justo por lo bajo del culo, que parece que se han

enganchado saltando una valla. Yo quería hablar con usted, a ver si por lo menos con las matemáticas podemos encauzarla un poco, y que haga algo de provecho en la vida —se le aguó la voz, creo que iba a ponerse a llorar allí mismo—. Si no, qué vamos a hacer con ella. Dice que el año que viene, si tiene que repetir curso, se va.

En ese momento llamaron a la puerta, ella se apartó con un respingo. Era nada menos que su hija, acompañada del Jefe de Estudios. Al ver a su madre retrocedió.

—¿Qué ha hecho, qué ha hecho ahora mi hija? —se dirigió al Jefe de Estudios.

El Jefe tardó unos segundos en comprender la situación, y qué hacíamos nosotros allí.

—No se preocupe —le dijo—. Es sólo que la hemos pillado por ahí, fuera de clase, pegando chicle en las cerraduras.

Nadia masticaba un chicle con la boca abierta y llevaba la blusa desabrochada hasta el canalillo.

—El de matracas está loco —dijo Nadia.

Se fueron los tres por el pasillo, discutiendo sobre lo que hizo o dejó de hacer, y yo aproveché para hacer mutis.

Encontré mi agenda de teléfonos encima de una mesa donde yo no la había puesto. Candela.

Llamé enseguida a doña Mauricia.

—He hablado con tu mujer —me dijo.

—¿Te dijo que era mi mujer?

—Lo adiviné enseguida.

Me explicó que no debía preocuparme, mi lindo, que me había dejado muy bien. Yo era un amigo de la víctima, muy querido en la casa, aunque bastante rarillo, eso sí. Uno de esos clientes que se gastan la plata en invitar a las chicas a beber, para que le den plática, ¿ves?, y luego se va sin pasar por el reservado, se ve que les da vergüenza, o simplemente no quieren, en fin, cada uno es como es, y allí no van a echar a nadie porque sólo quiera hablar, o un poco de compañía, eso está muy bien mientras invite, y para lo que haga falta, tan amigos, y a todo esto ella preguntándome por qué, por qué entonces iba a allí, qué buscaba, y yo, pues nada más que eso, pasar un rato platicando con Dora, ¿qué hay de malo en ello?, y ella, ¿de malo? Y yo, claro, como si se la jalaba, uno más, total, y ella, ¿hacía eso?, y yo, que no, señora, le digo que ese señor era sólo

de los que vienen a soltar, se tiraba un rato largo hablando con Dora, no me pregunte de qué hablaban, no lo sé, de cosas normales, pendejadas, supongo, porque él, le digo yo que es de toda confianza, ¿me entiende?, se ve que se conocieron en otro lado, no en el local, porque cuando vino, ella ya le recibió como un colega, hasta le trajo un día no sé qué hierbas aromáticas, que las estuvimos quemando aquí, con los periquitos, un detalle, y todo amistoso, ya le digo, la verdad es que lo agradecíamos todas, porque nos animaba un poco el ambiente, algunas noches entre semana, cuando hay pocos clientes y esto se enfría, pues a ver, ¿te das cuenta?, para que veas que yo también sé hacer favores, mi lindo, que no se me olvida lo bien que me lo hiciste el otro día, vaya polvo, ¿dónde aprendiste todos esos trucos?, quién lo iba a decir, con la pinta que tienes de mosquita muerta, lo que engañan las caras, pues ya ves, no sé cuánto estuvimos hablando por teléfono, tiene una voz dulcita, no me extraña que se haya puesto celosa, debe de estar encantada contigo, si le haces todo lo que me hiciste a mí, servida andará, ya me la presentarás, no, es broma, pues eso, que le dije le voy a decir lo que pasó, fue una simple coincidencia, señora, porque imagino que usted se teme que estuvo metido en el lío, ya le digo que no, la poli lo descartó enseguida, él fue quien los llamó, y también se tragó el lío, la noche que ocurrió todo yo me había puesto muy maluchita, el señor y Dora me llevaron al hospital, a urgencias, y luego a mi casa, era muy tarde, pero aún él la acompañó, porque es un caballero, y en su casa le vino el sueño y se quedó a dormir, como es normal, y en otro cuarto. Por eso él estaba allí cuando pasó, ya ve cómo le han declarado inocente, pues sólo faltaría.

Dudo que Candela creyera una sola palabra.

CAPÍTULO XII

Creo entenderlo ahora. Es algo retorcido, pero definitivamente cierto. La razón por la que Candela está soportando todo esto con mucha más calma de la que imaginaba, ahora que conoce la verdad, y sabe que la he engañado con una prostituta y todo lo demás, especialmente las circunstancias que rodearon el crimen, la razón, digo, es que ha encontrado al fin un argumento de tragedia que dignifica su vida, la arroja fuera de la rutina y la convierte en mártir y heroína. Ha visto una lírica en la forma en que los dos nos hundimos en este mismo barco. Ha visto cómo me he ido degradando paulatinamente hasta quedar expuesto a la verdad. Su desgracia la eleva. El turbio asunto de Dora ha desplazado hábilmente el problema. Ya no es ella la culpable de nuestro fracaso sexual y comunicativo, pero al mismo tiempo comprende mi flaqueza y me perdona. Ha vivido unos días amargos de incertidumbre; con todo, se ha impuesto mi delito. Los dos lo sabemos y no es necesario señalar culpables. La suya es una causa perdida. Nunca como hasta ahora tuvo tantos motivos para dejarme, y no es que sienta pena por mí, sino que sus aspiraciones nunca colmadas, su idea del amor como razón por la que compartir un proyecto juntos, que ha sido apaleada con toda contundencia por mi apatía y mi individualismo, encuentra un asidero y un alivio en esta desgracia en la que me he visto involucrado. Ahora las aguas se aquietan. Candela, con celo de amantísima, extiende por mis heridas un bálsamo de reconciliación, ya ha dejado de esperar nada de mí, ya no me reprocha lo que no hay o no hubo, está junto a mí ahora que la necesito, procura gastar todo el humor de las reservas, sin importarle qué nos quedará mañana, como quien abre los

mejores vinos de la bodega. Me pregunta por el trabajo, me cuenta sus incidentes diarios, hablamos mucho rato de tantas naderías que a veces me viene un triste y tierno recuerdo de nuestro periodo de noviazgo, cuando las citas salteadas, los paseos nocturnos, las visitas al podólogo, las salidas a restaurantes vegetarianos y la ausencia de expectativas. Sé que de algún modo todo eso es falso como revivir una época pasada e irrecuperable, pero Candela logra añadirle pinceladas de verosimilitud cuando introduce elementos nuevos e inquietantes, o habla de lo que entonces calló, como su ilusión por tener un hijo. Por mi parte, me siento terriblemente nostálgico no sé de qué, en este juego a no haber estado casados nunca, ni haber pasado por ciertos momentos que he ido registrando en mi diario; hemos retrocedido en el tiempo pero estamos un poco más viejos, escépticos y cansados. Ayer le pedí que volviera a fumar y se estuvo un buen rato riendo, ese tipo de bromas que sólo podemos comprender nosotros dos porque las hemos padecido en otra versión anterior. Ella me dijo que sólo dejaría de fumar si yo volvía a la carne. A la carne de comer, añadió, con una irónica sonrisa. Hasta esto lo estamos saneando. No dejo de ver todo esto como un preludio de la separación. Hoy hemos comido juntos, ella una de sus enormes ensaladas con patata y arroz integral, y yo unas costillas de cordero que han dejado su aroma por todos los rincones de la casa. Después, hemos preparado carajillo con coñac quemado y Candela se ha puesto en la boca un pitillo y ha anunciado que la semana que viene se va a presentar al examen teórico de conducir. Me ha parecido una idea espléndida. Me han entrado unas terribles ganas de llorar por haberla decepcionado tanto, y le he pedido perdón de corazón, perdón por no haber sabido hacerla feliz.

—¿Por qué te obstinas en hacerme creer que eres peor de lo que eres? —me ha dicho—. ¿Por qué intentas en todo momento demostrar que cualquier elección que hagamos tú y yo es mala, casi la peor que podemos hacer?

—¿A qué te refieres?

—Es gracioso que la mayor parte de las parejas que se quieren muestren sólo lo bueno, y lo peor de sí mismos lo adecenten, y si no pueden adecentarlo lo disculpan y lo convierten en un argumento que demuestra que su amor es como un seguro a todo riesgo, y pasa

por alto las pequeñas miserias. Tu estrategia, en cambio, es engrandecer tus miserias y tu cobardía. ¿Y todo para qué? ¿Para darme lo que crees una versión más realista de ti mismo? Estás tan empeñado en llevarme a un rápido desengaño que ya no puedo dejar de ver tus razones para el desengaño como el primer engaño. ¿Me permites que saque mis propias conclusiones sin que seas tú quien me las impongas? Si te vas a sentir más tranquilo, podemos hacernos con uno de esos flagelos de castigo. Basta de autocompasión.

—¿Me vas a dejar?

—¿Es eso lo que quieres?

—No. Quiero decir… no lo sé.

—Podemos dejarlo ahora mismo, nada ni nadie nos obliga a seguir, a ver cuándo te das cuenta de este hecho.

—Lo pienso constantemente.

—Lo piensas, pero no lo crees. O al menos no lo crees como si te dijera «podemos encargar una pizza y podemos no hacerlo y también podemos comernos el puré de zanahoria que nos sobró ayer».

—No es lo mismo.

—¿Ves? Crees que vas a condenarte o algo así. Seguiremos siendo nosotros igual, juntos que separados, aunque a ti no te lo parezca. No hay por qué darle tanta importancia al hecho de ser libres para decidir. La puerta está siempre abierta. Sal de una vez, pero no te culpes por no querer salir, ni tampoco me empujes a mí a hacerlo, porque creas que la buena educación exige aquello de *ladies first*. Con tu permiso, saldré cuando me dé la gana. Tengo aún cosas que hacer aquí. Y tú no me das tanta lástima como crees.

—Está bien, comprendo lo que quieres decir.

—Tú eres mi dolencia y mi cura. No puede ser sano así, que la misma droga sea veneno y antídoto, pero ya ves, esto debe de ser el amor, y nosotros tan estúpidos que nos aferramos a él. A veces, de tanto pensar, me agoto, me duele el fondo de los ojos, caigo en la cama sin quitarme siquiera los zapatos. ¿Por qué me querré tan poco? ¿Por qué me trato tan mal, pensando y pensando? Si me respetara más, haría las maletas y me iría, creyendo que me doy la razón a mí misma cuando te la doy a ti. A veces vienes a casa y me ves dormida sobre el tresillo, y te acercas a descalzarme

sigilosamente.

—Es para que estés cómoda.

—¡Ya lo sé que lo haces por eso! Precisamente te lo digo porque me encanta. Es enternecedor, deberíamos amar sólo a los hombres que nos quitan delicadamente los zapatos al quedarnos dormidas. Pero, ¿no te has fijado en algo más? Sacrifico un pedazo de sueño para mover los pies, para llamarte. Al fin me los tocas como para asegurarte de que no estamos demasiado lejos. Mis pies brincan de contento y yo me doy cuenta de lo que ocurre allá atrás, al final, porque al calentarme los pies me vas calentando el corazón y entonces, cuando ardo en deseos de que te tiendas a mi lado, me dejas.

—Temo despertarte.

—Despiértame.

—Lo haré.

—Mis amigas me felicitan porque sus maridos no les barren ni les sacuden las alfombras, lo que nos ahorramos en discusiones sexistas, en chicas de la limpieza, pero no saben cuánto echo en falta una de esas discusiones típicas de pareja, que luego se pueden ventilar entre amigas, tomando una copa, sin que nadie se extrañe. Estoy en esta isla incomunicada, pero diviso un barco en el horizonte, la salvación, un barco que me mantiene a la espera, un día y otro; da vueltas a la isla y no se decide a atracar. ¿Por qué no viene de una vez? Si pudiera ver el barco comprendería que hay un solo hombre, mirando por un catalejo. Le preguntaría qué le impide acercarse a la isla, y él me diría que está buscando una isla desierta.

Me puso las manos en los hombros y me miró con sus ojos maliciosos y tiernos.

—Pero en fin, ¿dónde voy a encontrar un hombre que cocine para mí tan bien como tú y que luego friegue los cacharros y que doble maniáticamente el mantel en cinco mitades? ¿Quién me arreglará las cañerías utilizando un teorema matemático?

—Entonces, ¿me perdonas por todo?

—En absoluto.

He regresado a nuestro antiguo piso. Echaba de menos a Susana. Ella no sabe nada de lo ocurrido y he pensado que acaso pueda conservar mi relación como antes. Necesito la libertad de poder ser el mismo sin el miedo a ser juzgado.

La excusa es que Candela se acordó del maldito reloj de cuco y se empeñó en que tenía que volver por él.

Susana se sorprendió al verme de nuevo. Seguramente me había esperado los primeros días, pero ya no contaba con mi regreso. Ni siquiera nos habíamos intercambiado los teléfonos, esas cosas que hacen los que suponen un nuevo encuentro. Nos quedamos mirándonos con sorpresa y desconcierto, y con deseo también, supongo, y yo, como si me encogiera de hombros, dije:

—El reloj de cuco.

—Claro —sonrió—. Pasa.

Duna me dio la bienvenida mordisqueándome los cordones de los zapatos. Me explicó ella que la pobre estaba malita, con una infección de oídos. Tenía que echarle unas gotas cada ocho horas y cada vez que la perra veía el cuentagotas arrancaba a correr como una loca, muerta de miedo. Había intentado engañarla con sus galletas favoritas, acariciándola sobre su regazo mientras comía, y cuando dejara de estar alerta, ¡zas! meterle su dosis. Tampoco funcionaba este método: no bien notaba que le cogía su oreja, daba un brinco y se escabullía.

—A ver si puedes ayudarme —dijo. Y dirigiéndose a la perra con tono edulcorado—: Dunita, ven, ven aquí.

Desconfiada por el tono demasiado amistoso, se olió que algo iba mal; retrocedió y gruñó.

—Ven aquí, bonita, toma tu galleta.

Duna se acercó un poco, hasta comprobar que no había ninguna galleta en su mano. Entonces echó a correr en dirección contraria.

Perseguimos al animal por toda la casa, rodeando las mesas, botando por las camas. Corría como una condenada. Se emboscó finalmente tras el tresillo. Ella entró por un lado y yo por el otro. Al verse acorralada empezó a ladrar de angustia. Susana la levantó por el pellejo del cuello; pataleaba.

—¡Si no te vamos a hacer nada, bonita! ¡Tranquilízate! —Y dirigiéndose a mí—. Sácame del bolsillo el frasco, rápido.

En cuanto metí mi mano ahí, junto al pubis, tuve un ligero escalofrío. Pero ahí estaba la medicina. Era cosa digna de ver la cara que se le puso a la pobre perra al verla. Daba auténtica pena. Susana la abrazaba como un niño.

—Tranquila, Duna, tranquila, no pasa nada.

Cargué el dosificador con unas gotas y lo acerqué a una oreja, con tal fortuna que, en un movimiento rapidísimo, ella me clavó sus colmillos en la mano, la perra.

—¡Oh! ¿Te ha hecho daño?

—No es nada. —Me empezó a sangrar un dedo—. Espero que esté vacunada hasta de la viruela.

—Por supuesto. ¡Duna! —tono imperativo—. ¡Estáte quieta ya! —Le propinó un cachete que la hizo gimotear aún más.

La tarea fue ardua, aunque simple. Susana le sujetó la cabeza, asegurándose de que ya no podría moverla, y yo le metí dos gotas en cada oído, no sin cierto temblor.

—Ya está. ¿Has visto cómo no te ha dolido nada, tonta?

—Será mejor que para la próxima toma la lleves al veterinario.

—No sé qué hubiera hecho sin ti. Vamos a ver esa mano.

La dentellada había quedado impresa en mis carnes, pero no era profunda. Me aplicó un algodón con alcohol yodado y una tirita. Era una situación un poco estúpida. Con la excusa de que me cogía la mano, me la apretó y me sonrió traviesamente. A sus espaldas, Duna aprovechó para rascarse las orejas con saña, adoptando esa contorsión canina de cuando se rascan las orejas. Susana la vio en el espejo y se volvió. Veloz, Duna regresó a su posición normal, como si no hubiera hecho nada.

—¿Qué has hecho, Duna?

Ella bajó la cabeza y puso cara de buena.

En eso, llamaron al timbre. Susana fue a abrir. Al oír la voz de mi mujer se me heló el aliento. ¿Qué diablos hacía allí Candela? Corrí a encerrarme en la primera habitación que encontré. Era el dormitorio. Desde allí pude escuchar toda la conversación. Se presentó igual que yo, como la antigua inquilina. Susana replicó con un tonillo de rechifla irónica:

—¡Vaya, qué sorpresa! ¡Encantada!

—No querría molestarte. Venía a recoger algo que olvidé con las prisas.

Susana dijo que de ninguna manera le molestaba y la invitó a pasar y a tomar un café.

Me estremecí ante la temeridad de Susana. En lugar de despacharla allí en la puerta y evitarnos un disgusto a los dos, parecía complacerse en tentar el peligro. O bien, sospechando que

se trataba de mi mujer (Candela no se había quitado la alianza) y creyéndose engañada, vio una buena ocasión de venganza. En tal caso, preferí no cuestionarme hasta dónde iba a ser capaz de llegar por despecho.

A Candela nunca le gustó el café, pero estaba visto que todo se confabulaba en mi contra, pues dijo:

—Bueno, un cafecico me sentará bien.

—¿Eres maña?

—¿Se me nota el acento? Pues eso que lo he perdido bastante.

—El acento maño lo pesco enseguida. Tengo unos primos en un pueblo de por allá, La Muela. Regentan un mesón famoso por sus chuletas a la parrilla.

—Yo paso mucho por allí. ¿Cómo se llaman?

—Los Barraca.

—¡Anda, pues sí los conozco! Vaya, conocerlos, lo que es conocerlos…, no, pero recuerdo que me los presentaron en una cena. Una señora un poco rellenita y un señor muy elegante.

—¿Rellenita? —rió—. Es el calificativo más inapropiado que he oído para designar una auténtica foca.

Rieron las dos. Ya está, ya se habían hecho amigas.

Oí cómo Susana se asomaba un momento al pasillo, quizá para asegurarse de que yo estaba encerrado en su dormitorio, y entró en la cocina con mi mujer.

—La tienes igual que la dejamos —dijo Candela.

—Ya ves. Me gustó así tal cual.

(En el silencio de Candela pude advertir su tristeza).

—Me trae un montón de recuerdos.

—Espero que buenos.

—Sí, muy buenos. Vivía con el que ahora es mi marido. Luego nos casamos y nos mudamos de piso. La idea no resultó muy buena.

—¿Mudaros de piso?

—Casarnos.

—Vaya.

—No sé quién dijo que el matrimonio es el fin de la esperanza. Bonito perro. ¿Es macho o hembra?

Duna gruñía y daba la paliza.

—Hembra. ¡Hale, Duna, fuera!

Gimió y fue al cuarto donde yo estaba. Metió la nariz por la

ranura y me olfateó. Arañó la puerta un rato y luego desistió.

—Es una cuestión puramente hormonal —decía Susana—. Ellos tienen otras hormonas. Eso afecta a su psicología. Nosotras, de todos modos, somos mucho más complicadas. Tenemos más vueltas y revueltas. Ellos son más simples.

—Es la típica tontería que se suele decir en estos casos, ¿verdad?

Las dos se echaron a reír. Candela aprovechó para preguntarle dónde estaba el cuarto de baño. Susana la acompañó. Era el cuarto anexo al dormitorio donde me hallaba. Durante un instante temí que fueran a entrar.

Se encerró en el baño, pero no un momento ni dos. Permaneció encerrada allí cosa de diez minutos. Y yo tenía la oreja pegada al tabique con la esperanza de recoger algunos sonidos que me diesen una pista de lo que hacía. La oí sollozar, oí el chorro del grifo, pero ella no estaba donde se oía el agua, y quizá lo había abierto para enmascarar su propio llanto. Luego me pareció que estaba en el suelo, arrodillada. Puede que al ir a limpiarse las lentillas se le cayese una al suelo, puede que llorase arrodillada. Nunca había visto llorar a Candela de rodillas, y menos aún sola, sin un testigo de su representación. Pensé que llorar de rodillas en un cuarto de baño es el colmo de la desolación. Estaba destrozado. Mi vida se me representó como un gran fracaso y sólo deseaba poder reparar el daño hecho a Candela, aunque aún no sabía con certeza ni cómo le había hecho el daño, ni mucho menos cómo repararlo.

Al fin tiró de la cadena y volvió a la cocina. Tomaron juntas el café y hablaron de cosas intrascendentes. Ya no era como antes. Susana estaría inquieta por el tiempo que había permanecido Candela en el baño, pero no se atrevía a preguntarle. Mi mujer tampoco parecía muy motivada en alargar la conversación.

—En realidad sólo he venido a buscar…

—Un reloj de cuco —se adelantó Susana.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vi… lo vi en un armario. No quise tirarlo porque es muy bonito.

—¿Bonito? Es un trasto horripilante, pero en fin.

Susana debió de quedar bastante desconcertada, por su breve silencio.

—Entonces, ¿para qué lo quieres?

—¡Para joder a mi marido!

Se echaron de nuevo a reír. Luego se metieron en la cocina a tomar el café y ya no pude oír nada más, hasta un rato después, cuando se despedían en la puerta.

De regreso a casa me encontraba abrumado y conmovido por la actitud de Candela. Di un largo paseo alrededor del barrio antes de decidirme a entrar en el portal. El contenedor de basura yacía abierto en el patio y no pude evitar mirar su interior al pasar. Me detuve alarmado ante la idea de que había visto asomar, entre las bolsas, un trozo del reloj de cuco. Y en efecto, allí estaba, sepultado bajo la basura. Ahora sí que no entendía absolutamente nada, o en todo caso acertaba a columbrar que algo muy malo estaba pasando y que aquella acción disparatada daba idea de la gravedad del problema, de su desesperación.

Nada más entrar Candela me saludó con una tierna sonrisa. Ella nunca sonríe por fingir, o por mejor hacerse la víctima. Me pareció que estaba nuevamente alegre. Busqué alguna razón. El televisor estaba apagado. Quizá le había telefoneado su hermano desde Berna (y le había dicho que le traía un reloj de cuco mucho más bonito que el anterior). En fin, no sabía ya qué pensar. Por mi parte, me encontraba tan triste y arrepentido que simplemente musité un «hola». Me metí en el cuarto de baño a lavarme las manos y desde allí pude oír el grito horrorizado de Candela:

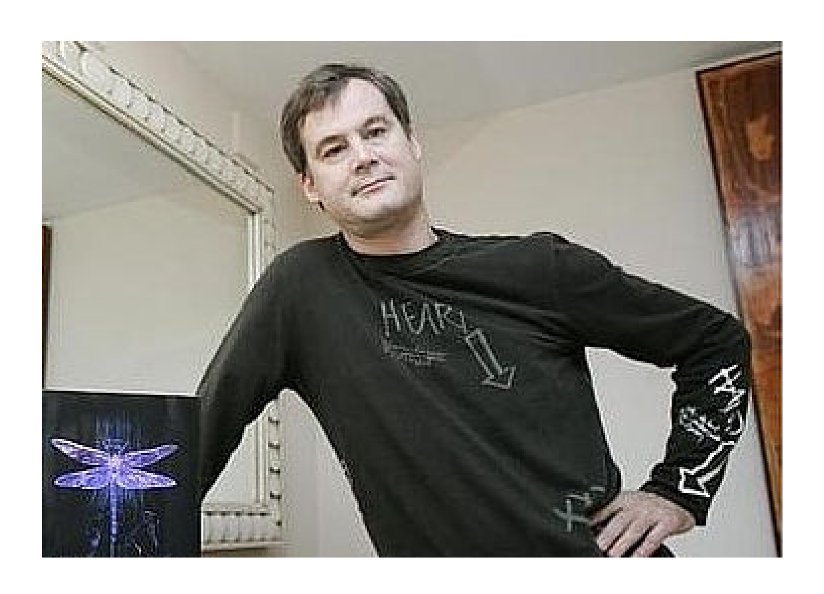
—¡CUCARACHAS! ¡CUCARACHAAAAAAAS!

Salí corriendo. Candela se aferró a mi brazo y señaló el insecto. No había lugar a dudas. Era una de ellas: enorme, hipertrofiada, mutante. Las piernas me flaquearon un momento al comprender la magnitud del amor de Candela para haber tenido la misma ocurrencia que yo y haberla puesto en práctica superando su terror. No podía imaginarse una prueba más difícil para probar el temple, la forja de su corazón. Sabe Dios lo que habría sufrido encerrada en el baño del antiguo piso para hacerse con aquella ruin porción de nuestra felicidad.

Di un gran salto y aterricé sobre aquella aberración natural. La aplasté con furia hasta dejarla hecha añicos. Luego Candela me abraza y me aplasta un beso en la boca. Y un beso de Candela, es hora ya de que lo diga de una vez, es un beso redondo, una unidad completa. Si pudiera medir el peso específico de ese beso, diría que

contiene un mol exacto, un beso mol/molde Candela, y su número también es hermoso y avogadro: 6,023 × 10 elevado a 23 moléculas candelarias; entran por mi boca y me revitalizan como una píldora mágica, cambian males por moles, con un solo beso y un solo mol mi cuerpo está alegre y sinfónico, interpreta una epifanía sinfónica en mi bemol mayor. Es maravilloso sentirla de nuevo contra mí, rumorosa, Candela.

Hasta que una pregunta letal cruzó mi mente: ¿a quién le tocaría ir a buscar la próxima?



IGNACIO GARCÍA-VALIÑO ABÓS (Zaragoza, España, 1968 - Marbella, Málaga, España, 5 de julio de 2014). Escritor, guionista y psicólogo español. Licenciado en psicología, trabajó como orientador psicopedagógico. Además de su trabajo literario, destacó por escribir guiones cinematográficos. Escribió novela, relato, ensayo y literatura infantil y juvenil, y pronunció conferencias como «Así se escribe una novela… a la manera clásica». Ganó el Concurso de Experiencias Educativas de Santillana en la sección Memoria del Profesorado. Enrique Bueres escribió un artículo sobre él en la revista *Clarín*. Su obra se tradujo a numerosos idiomas, como el francés, inglés, alemán, italiano, griego, portugués, rumano, ruso, entre otros. Compaginó su labor literaria con colaboraciones habituales en prensa y en publicaciones de psicología, además de ejercer su profesión de psicólogo.

Residió en Marbella (provincia de Málaga) la última década de su vida. Falleció el 5 de julio de 2014 en el hospital de esta localidad víctima de un cáncer cerebral que padecía desde hacía años.